

Christian Jacq

El egiptólogo

**Traducción de
Cristina Rodríguez**

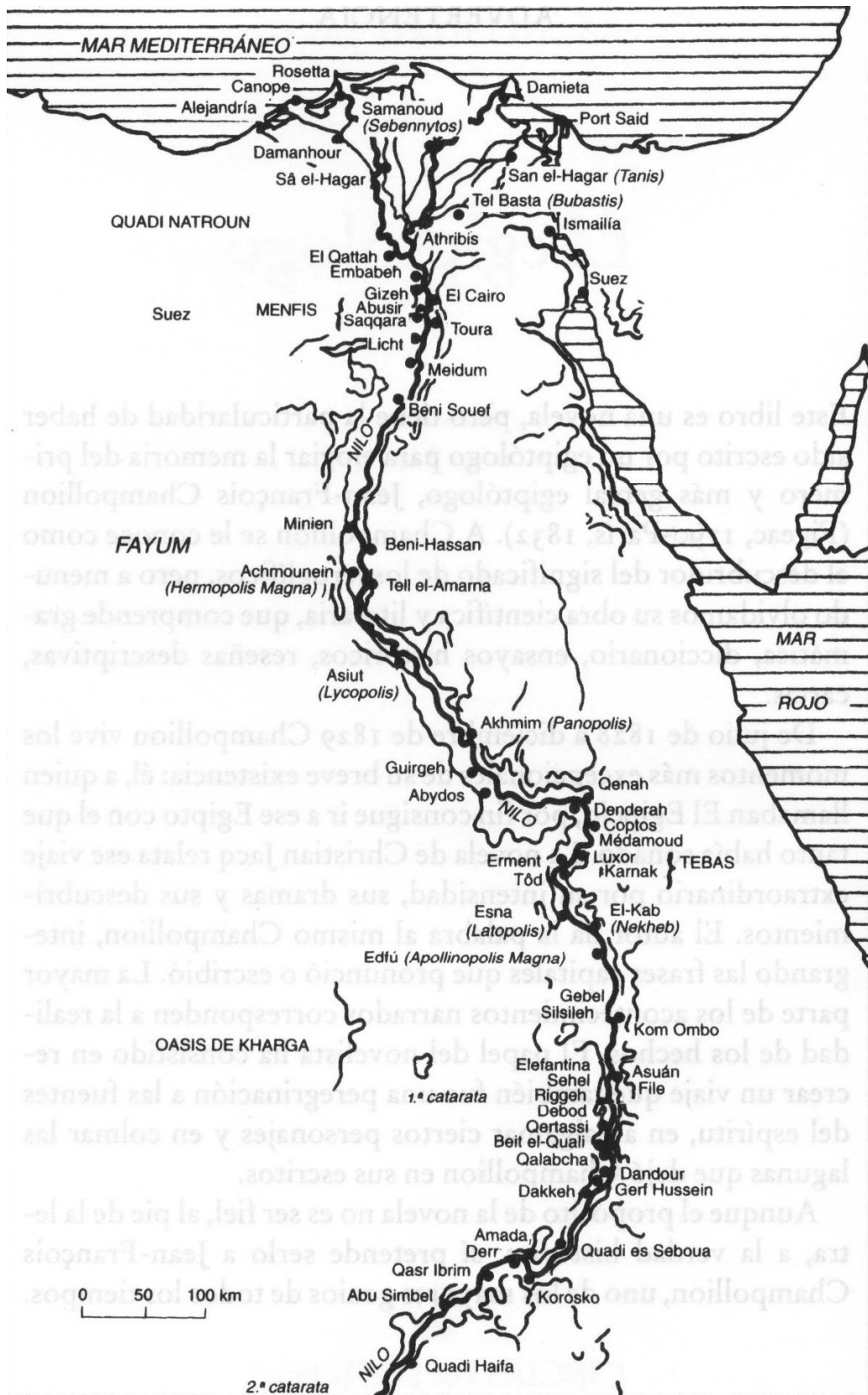
Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

ADVERTENCIA

Este libro es una novela, pero tiene la particularidad de haber sido escrito por un egiptólogo para elogiar la memoria del primero y más genial egiptólogo, Jean-François Champollion (Figeac, 1790-París, 1832). A Champollion se le conoce como el descubridor del significado de los jeroglíficos, pero a menudo olvidamos su obra científica y literaria, que comprende gramática, diccionario, ensayos históricos, reseñas descriptivas, cartas.

De julio de 1828 a diciembre de 1829 Champollion vive los momentos más excepcionales de su breve existencia: él, a quien llamaban El Egipcio, por fin consigue ir a ese Egipto con el que tanto había soñado. La novela de Christian Jacq relata ese viaje extraordinario por su intensidad, sus dramas y sus descubrimientos. El autor da la palabra al mismo Champollion, integrando las frases capitales que pronunció o escribió. La mayor parte de los acontecimientos narrados corresponden a la realidad de los hechos. El papel del novelista ha consistido en recrear un viaje que también fue una peregrinación a las fuentes del espíritu, en amalgamar ciertos personajes y en colmar las lagunas que dejó Champollion en sus escritos.

Aunque el propósito de la novela no es ser fiel, al pie de la letra, a la verdad histórica, sí pretende serlo a Jean-François Champollion, uno de los mayores genios de todos los tiempos.



Cartografía C.A.R.T

PRÓLOGO

El doctor Brousset apuró un vaso de ron. Su cara ensombrecida tenía las facciones descompuestas.

-¿Cuál es su diagnóstico, querido colega?

El doctor Robert se secó la frente con su pañuelo.

-Ataque de gota originado en el estómago, tisis, indicios de apoplejía, parálisis de la médula espinal, enfermedad hepática debida a la absorción de aguas del Nilo... Champollion va a morir. Esta vez el potro brioso que siempre pedía ración triple ha gastado demasiada energía.

-Un análisis excelente. El organismo está agotado. Su fatigoso viaje, el arte funesto de las tumbas de los faraones, el ardor de su cerebro, las continuas preocupaciones de su espíritu le han calcinado la sangre y están cavando su tumba. Yo añadiría una hipertrofia miocárdica. No creo que pase de esta noche.

Champollion va a morir.

Zoraida, la niña de ocho años, escondida detrás de una cortina había oído la terrible predicción. Sabía que su padre iba a abandonarla para siempre. Ya se había marchado lejos muchas veces. Sobre todo cuando dejó Francia por ese Oriente misterioso que tanto le gustaba y cuya huella llevaba ella en su nombre.

Desde su vuelta de Egipto, Champollion estaba doliente. Ya no podía soportar París. Sólo pudo dar unos pocos cursos en el Collège de France donde ocupaba la primera cátedra de egiptología creada en el mundo. Repetidos malestares le habían obligado a interrumpir su enseñanza, a ahogar la voz clara y apasionada que hacía resurgir la luz del Antiguo Egipto.

Zoraida no necesitaba la ciencia de los dos médicos que, desde hacía varias semanas, intentaban inútilmente curar a Jean-François Champollion. Zoraida era vidente. Sabía que aquella noche del 4 de marzo de 1832 iba a ser la última.

Desoyendo las órdenes de los doctores, entró en la habitación del moribundo.

-Papá... ¿estás dormido?

Jean-François Champollion abrió los ojos y musitó:

-Ven... ¡Rápido!

Zoraida corrió hasta la cama y se abrazó al cuello de su padre. Lloró un largo rato, con la cara sobre su pecho.

-Tráeme mi traje egipcio -pidió él con voz muy débil.

Zoraida obedeció. Abrió el armario donde su padre guardaba sus recuerdos de Oriente, largos vestidos abigarrados, turbantes, sandalias. En su apresuramiento, hizo que se derrumbara una pila de cuadernos de apuntes cuyas páginas estaban cubiertas de una letra fina y viva.

-Papá, ¡he encontrado esto!

Champollion, con mano temblorosa, cogió el cuaderno que le tendió su hija. Allí estaban los primeros apuntes que había tomado en Egipto durante aquel viaje en el que había alcanzado el apogeo de su vida.

-Papá, ¿por qué nunca me has contado...?

-Contado... ¿quieres decir de allí?

-Sí, de allí, tu verdadero hogar. Quiero que me lo digas todo. Todo lo que nunca me has dicho.

Champollion se estremeció de dolor. Zoraida le besó las manos.

-A ti no podría negarte nada... Apoya tu cabeza sobre mi hombro.

La niña lo hizo. Daba gusto obedecer a aquel padre cuya suave voz empezaba a contar el más famoso de sus viajes.

-¿El señor Jean-François Champollion, supongo?

-El mismo. Encantado de conocerle, capitán.

Cosmao Dumanoir, un hombre de mediana estatura y sonrisa amable, era el capitán de la corbeta *L'Églé*. Con un rostro terso e impecablemente afeitado, y unos botones de uniforme cuidadosamente lustrados, me recibió calurosamente a bordo de su embarcación.

Aquel 24 de julio de 1828, en Toulon, cuando los últimos rayos del sol poniente iluminaban el Mediterráneo, la ruta tan esperada por fin se abría ante mí. La ruta de Egipto.

Tal vez hablaría de nuevo. Tal vez volvería a ser transmitida la sabiduría de los antiguos egipcios. Yo iba camino de sus misterios, había empezado a descifrar los jeroglíficos, esas palabras de los dioses cargadas de magia. Pero todavía me faltaba una clave esencial. Una clave que sólo podría encontrar en Egipto. Iba a tener que verificar paso a paso mis intuiciones, pedir a la tierra de los faraones las respuestas que me faltaban.

Después de meses y meses de engorros administrativos, por fin había logrado formar una expedición en la que participarían varios científicos que, bajo mi dirección, llegarían a Alejandría a bordo de *L'Eglé*.

-¿Tendría usted la amabilidad de seguirme, señor Champollion?

Al subir por la pasarela de la corbeta, tuve la sensación de cruzar un punto sin retorno. Heme aquí obligado a ir hasta el fin de mí mismo, a arriesgar mi vida en ese Oriente desconocido.

Hasta ahora mi vida ha sido una batalla continua. Para obtener la mínima cosa he tenido que luchar, defenderme palmo a palmo, desbaratar intrigas, afrontar la calumnia. Sin querer, alrededor de mí provoqué la envidia de ineptos e incompetentes que me acusan de ir demasiado lejos y demasiado deprisa. Nada me ha protegido nunca de las lenguas virulentas. Soy como una trucha echada viva en la sartén. ¡Pero me alegro tanto de estar lejos de París! El aire de esa ciudad me está matando. Allí escupo como un rabioso y pierdo mi vigor. París es horrible. Por las calles corren ríos de barro.

Con la elegancia algo rígida propia de los hombres que han envejecido de uniforme, el capitán Cosmao Dumanoir me condujo a su camarote donde me ofreció champán.

El gozo fugaz que burbujeaba en aquel líquido no logró disipar las angustias que me habían estado abrumando durante todo el viaje de Aix a Toulon.

¿Cómo no pensar en las dos cartas tan dispares que recibí misteriosamente y que había ocultado entre mis apuntes científicos?

La primera profería amenazas muy serias: «Olvide sus proyectos, quédese en casa; de lo contrario, la muerte le estará esperando en Egipto». La segunda parecía más alentadora, aunque muy enigmática: «Le esperamos. Si realmente ha descifrado la lengua de los dioses, sabremos recibirle».

¿Locos? ¿Visionarios? He conocido tantos, desde aquella mañana de invierno en Figeac, cuando mis ojos de niño se posaron por primera vez en unos jeroglíficos egipcios, en ese mundo lleno de símbolos y de signos portadores de una vida eterna.

Supe al instante que allí se encontraba la patria de mi alma, y que algún día tendría que leer mi propio destino descifrando esos enigmas, esa palabra perdida desde hace tantos siglos. El antiguo Egipto es mi sangre, mi corazón. Lo exige todo de mí.

Lo esencial de mis descubrimientos se encuentra en una maletita negra que me servirá de viático. Por un momento sentí ganas de huir. Tocar este modesto objeto, palpar los legajos de papeles donde se ha inscrito lo mejor de mí mismo me ha disuadido de ello. Egipto ha triunfado. Siempre triunfará.

En cuanto llegue, iré a los locales del Instituto Egipcio. Hay allí un sabio anciano que se hace llamar «el Profeta» y conserva documentos esenciales para mis investigaciones. Nunca ha querido enseñarlos a nadie. Cuando supo que se estaba organizando mi expedición, me hizo saber que me esperaba y que me proporcionaría la piedra fáltame de mi edificio.

Una mujer de altiva nobleza, con un cabello rubio veneciano casi irreal, entró en el camarote del capitán. Llevaba un vestido gris perla con reflejos que realzaban su tez pálida. Unos grandes ojos verdes animaban un rostro de una belleza que me atrevería a calificar de egipcia. Unas manos largas y finas me recordaban ciertos dibujos de reina que había salvaguardado creando la sección faraónica del museo del Lo ubre, de la cual habían tenido a bien nombrarme conservador... sin sueldo. Aquella mujer de unos treinta años poseía una inusual elegancia innata.

-Le presento a lady Redgrave -dijo el comandante Dumanoir-. Viajará con nosotros hasta Alejandría.

Siento un rechazo instintivo hacia las cosas mundanas.

Nadie me ha obligado nunca a participar en ellas. Sin embargo, movido por un impulso que me sorprendió, me incliné y besé la mano de aquella aristócrata británica que recibió mi cortesía con una sonrisa enigmática.

-Me han hablado mucho de usted, señor Champollion -dijo con una voz suave, cálida, sazónada con un ligero acento-. Mi compatriota Thomas Young pretende haber descifrado los jeroglíficos antes que usted, y asegura que su sistema es erróneo.

Molesto, el capitán Dumanoir miró la mar. Se me subió la sangre a la cabeza.

Thomas Young... ese hipócrita, además de presuntuoso. Un inglés tan lego en egipcio antiguo como en malayo o en manchú, del cual es profesor. Sus descubrimientos anunciados con tanto fasto sólo son una fanfarronada ridícula. Su clave de los jeroglíficos es patética. ¡Compadezco a los desafortunados viajeros que, en Egipto, tengan que traducir las inscripciones con la llave maestra del doctor Young!

-Aprecio mucho al señor Young, señora. No me gusta criticar a un colega, sea cual sea su actitud hacia mí. Si le conoce bien, déle un consejo: que cambie de oficio.

-Le conozco bien -respondió animadamente-. Thomas Young es mi tío. Bien, nos veremos más tarde.

Sofocado, la miré salir del camarote sin saber qué contestarle. Es así desde siempre: mi sensibilidad está tan exacerbada que me tomo demasiado en seno el mínimo suceso que ponga obstáculos a mi búsqueda.

-Es... es una trampa -pude por fin articular, tomando por testigo al capitán Cosmao Dumanoir.

-Cálmese -recomendó el buen hombre, tan desconcertado como yo-. Pronto olvidará este incidente.

-Thomas Young es mi peor enemigo -expliqué, recuperando el aliento-. Hace años que me acosa, que trafica con comunicaciones científicas, que intenta por cualquier medio poner fin a mis trabajos. Esa mujer es una espía de la peor especie.

El capitán Dumanoir reflexionaba. Intentó animarme.

-Está sola, señor Champollion, y sólo es una mujer. Usted está rodeado de varios

colaboradores que seguramente le serán muy leales. Estoy convencido de que no tiene nada que temer. Sólo es una maniobra de intimidación.

Colaboradores muy leales... Me sentía menos optimista que el capitán.

-¿Han llegado ya estos señores?

-Aún no -respondió Cosmao Dumanoir-. Espero su llegada esta noche.

Tenía un nudo en la garganta, me dolía el vientre, mis piernas temblaban ligeramente. La aparición de esa arpía en el interior mismo del barco que me llevaba hacia la última meta de mi existencia, ¿no era un presagio siniestro? ¿No sería más prudente renunciar al viaje, posponerlo, tomar más precauciones?

Estaba aterrado. Del entusiasmo que había sentido al llegar a Toulon, pasé a una especie de desesperación que hizo acudir lágrimas a mis ojos. Mi empresa parecía condenada antes de empezar.

-Tengo que llevarle a Egipto y lo haré, cualesquiera sean los obstáculos -afirmó el capitán Dumanoir-. Puede contar conmigo.

-¿Qué obstáculos? -pregunté alarmado.

-Nuestra corbeta -respondió- está destinada a proteger los buques mercantes. No escoltará a nadie durante su viaje. La gente ya no se atreve a hacerse a la mar, no porque peligren vidas y bienes, sino porque el comercio con Egipto se encuentra en decadencia; incluso Egipto ha dejado de enviar algodón. Pero le repito -afirmó poniendo su mano en mi hombro izquierdo- que puede usted contar conmigo.

Pocas veces había encontrado semejante expresión de bondad. Cosmao Dumanoir compartía realmente mi angustia. Pero su ayuda no me servía de nada. No suprimía la presencia de aquella intrigante, espía por añadidura.

-Debería descansar -sugirió.

Apenas pronunció esas palabras, llamaron a la puerta del camarote. Era un marinero.

-Hay un médico que quiere ver al señor Champollion -anunció.

-¿Un médico? ¿Qué desea? -pregunté extrañado.

El marinero, con los brazos separados, me indicó que lo ignoraba. Irritado por aquel nuevo misterio, decidí seguirle.

Al pie de la pasarela me esperaba un hombre vestido con una levita negra. Bajo, mal afeitado, de nariz puntiaguda y mirada malvada, parecía una caricatura de maledicencia o la discordia. Me desagradó de entrada.

-¿El señor Champollion?

-Yo mismo.

Su voz era agrídulce como la de una muchacha nerviosa. Me miraba de soslayo.

-He de comunicarle una importante noticia. -Adelante.

Se tomó su tiempo, como para saborear mejor su revelación. -Señor Champollion, su expedición ha sido anulada.

Contemplé al hombrecito de negro con asombro y furor.

-¿Qué quiere decir?

-La peste, señor Champollion. La epidemia se está propagando por todas las ciudades del sur. Hay que declarar la cuarentena en todas partes. Si se marchara hoy, se vería obligado a permanecer en la mar. Ningún puerto le recibirá.

Una repentina carcajada sacudió todo mi cuerpo. El hombre de negro que al principio consideré como un demonio ya sólo me parecía un diablillo ridículo.

-¡Lee demasiados periódicos, doctor! -exclamé-. Tratan a sus lectores como si fueran imbéciles. Por supuesto, morimos a centenares, tanto en Marsella como aquí. Creo que la peste física y la peste moral que asola nuestro país han embrollado un poco su mente.

Ya le estaba volviendo la espalda cuando se lanzó hacia mí como una araña por su tela y me retuvo por el brazo.

-¡Un momento, Champollion! Usted está esperando a unos sabios que vienen de Toscana, pero he dispuesto un cordón sanitario alrededor de Toulon. Han salido regimientos para ocupar todas las bocas de los Alpes. Las cartas y los periódicos procedentes de Francia están siendo desinfectados con vinagre. Sus amigos no pasarán la barrera. Si el capitán de esta corbeta está lo bastante loco como para hacerse a la mar, usted será su único pasajero.

-Señor -le dije hecho una furia-, es usted un mentiroso.

Esta epidemia es una invención de médicos ávidos de fama. Le ordeno que deje subir a este barco a los miembros italianos de mi expedición, Rosellini y el profesor Raddi.

Aquel demonio hizo una mueca, sacando un fajo de papeles.

-¡Estos informes le denuncian como agitador político, Champollion! No se equivocan. Nadie está por encima de las leyes. El cordón sanitario no será retirado mientras dure la epidemia. Unos dos o tres meses, supongo...

Le habría estrangulado si no fuera por el insólito espectáculo que estaba teniendo lugar en el muelle y captó mi atención. Un cura vestido con un sotana digna de un vestigio arqueológico hostigaba, a bastonazo limpio, a una muía cargada de equipajes. Reconocí al padre Bidant, un religioso barrigón, casi calvo, enamorado de Oriente. Su apatía natural ocultaba una mente vivaz y astuta. Su presencia no me hacía mucha gracia. Le enviaban las autoridades eclesiásticas para asegurarse de que mi expedición no transpondría los límites de la religión. Esta última, efectivamente, temía mucho que la cronología bíblica fuera puesta en duda por descubrimientos molestos en tierra egipcia. Detrás del padre Bidant, jadeando y resoplando, se perfiló la alta figura de Néstor l'Hote, un dibujante de talento que se había acostumbrado al trazado de los jeroglíficos. Ese hombretón tenía carácter fuerte e impetuoso, pero le necesitaba para copiar las inscripciones con la destreza precisa.

-¡Ya estamos aquí! -gritó el padre Bidant, apartando al diablo negro para saludarme-. ¿Sabe que nos han tratado como a apestados? He ahuyentado a una banda de faquines con mi bastón y una carta del arzobispo.

-¿Quién es éste? -preguntó Néstor L'Hote con su impresionante voz de bajo,

mirando al diminuto doctor de hito en hito.

-Un médico que quiere retenernos en el muelle -contesté.

-¡Lárguese! -rugió L'Hote levantando un puño.

El diablillo negro no se hizo de rogar. Mascullando algunas amenazas ininteligibles, retrocedió y acabó por irse con el rabo entre las piernas.

-Le noto algo triste, Champollion -observó Néstor, plantado sobre sus piernas con los puños en jarras.

-Tengo motivos. Ese cordón sanitario puede privar a nuestra expedición de sus miembros toscanos, Rosellini y Raddi. Sin ellos no podremos cumplir nuestro programa de trabajo.

-Confíe en Dios -susurró el padre Bidant-. Si nuestra causa es justa, nos ayudará.

El religioso me desafiaba. Seguramente había escuchado confidencias acerca de la tibieza de mi devoción por el dios de los cristianos. Mis allegados, algunos sabios y unos cuantos periodistas habían acabado poniéndome el apodo de El Egipcio, pensando que mi verdadera patria era la de los faraones, y que profesaba una fe entusiasta y sincera a los dioses de Tebas.

Contemplando la mar, más allá de la cual se encontraba el país de los faraones, tuve que admitir que tenían razón.

El capitán Cosmao Dumanoir volvió a leer, una vez más, la carta de Drovetti, cónsul general de Francia en Egipto, que le había sido entregada dos días antes por un correo procedente de París. Drovetti se mostraba extremadamente reservado respecto a la oportunidad de la expedición organizada por Champollion. Incluso sugería un regreso inmediato a París, viéndose incapaz de garantizar la seguridad del sabio en territorio egipcio. Mehmet-Alí, el pacha todopoderoso instalado en El Cairo, estaba fuertemente influenciado por consejeros que aborrecían a los europeos. Probablemente vería con malos ojos la llegada del descifrador de jeroglíficos.

¿Debía o no avisar a Champollion de los peligros que le acechaban? La lectura de aquella carta transformaría su desaliento en desesperación. Lo más seguro es que renunciara al viaje para no arriesgar la vida de los miembros de su expedición.

Pero a Cosmao Dumanoir le importaba tanto el pacha como los faraones. Renunciar a esa travesía era superior a sus fuerzas. A sus últimas fuerzas, pues aquél iba a ser el último viaje del capitán de corbeta, cuyo organismo estaba consumido por una enfermedad que ya sólo le concedía unos meses de vida. Su único deseo era morir a bordo de su barco, en altamar o en algún puerto oriental, lejos de Europa donde ya nada le retenía. El Oriente, fuente de luz... Cosmao Dumanoir tenía la esperanza de encontrar allí un más allá al final de su vida.

El destino decidiría. Ciertamente, el cónsul general Drovetti anunciaba una carta oficial anulando la expedición por razones de seguridad y prohibiendo terminantemente embarcar. Por suerte, las comunicaciones entre París y Toulon eran muy lentas. Seguramente el ministro del Interior utilizaría el correo reservado al gobierno para llegar hasta Champollion antes de la partida eventual de la corbeta *L'Églé*. El viaje dependía ahora de la rapidez del correo, de la fuerza de los vientos y de la llegada de los colaboradores italianos de Champollion.

En su carta, Drovetti señalaba que había graves disturbios en Alejandría y El Cairo. El pacha se encontraba amenazado por los miembros virulentos del partido de la oposición. Si hubiera sublevación y sedición en las grandes ciudades de Egipto, la sangre de los europeos sería la primera en derramarse. Pero ¿no estaba exagerando el cónsul general, ocultando la gravedad real de la situación para impedir que Champollion llegara a Egipto y descubriera su verdadero papel? Unos marineros habían comunicado

a Dumanoir que Drovetti era un temible traficante de antigüedades, que no dudaba en abusar de su autoridad para añadir, a las cargas de los buques mercantes, estatuas, estelas y papiros robados en las excavaciones. Aquellos tesoros eran llevados a Europa donde el cónsul general volvería a encontrarlos algún día. Pero Champollion pasaba por un hombre íntegro, inaccesible a las manipulaciones financieras y muy deseoso de preservar el patrimonio artístico del Antiguo Egipto. Si los rumores sobre Drovetti eran ciertos, Champollion podría resultar molesto.

Ya hace varios días que estoy prisionero en Toulon. Esta ciudad me está resultando insoportable. La corbeta está amarrada al muelle como un pájaro enjaulado. Han reforzado el cordón sanitario, pero no se ha identificado con certeza ni un solo caso de peste. He caminado durante horas, consultado mis apuntes, jugado al ajedrez con el padre Bidant, que maneja los alfiles con una habilidad extraordinaria. Néstor l'Hôte ya ha frecuentado todas las tabernas del puerto, no porque sea dado a la bebida sino porque le gusta conocer gente. Siente curiosidad por todo. No he vuelto a ver a la bella espía inglesa que se aísla en su camarote, donde se hace servir las comidas.

Desde el amanecer del 31 de julio el cielo está nublado. El viento levanta algunas olas. No puedo escribir. Normalmente constituye un gozo profundo, un momento de plenitud suspendido entre el tiempo y la eternidad. Pero la angustia me oprime el corazón. Si no salgo para Egipto, creo que mi vida ya no tendrá sentido, y que seré un hombre perdido para mí y para los demás.

Cosmao Dumanoir ha entrado en el pequeño comedor donde saboreo un café bien caliente. Tiene el semblante descompuesto.

-Si no soltamos amarras esta mañana, señor Champollion, me temo que nuestro viaje se vea definitivamente comprometido.

El capitán del *L'Eglé* tenía razón. No queriendo rendirme a la evidencia, me había negado a creer que el cordón sanitario pudiera impedir que los toscanos llegasen hasta la corbeta. Pero sólo eran sabios, desarmados ante las medidas administrativas.

Un marinero irrumpió.

-Un hombre pregunta por el señor Champollion.

Me disponía a seguir al marinero hasta la pasarela, pero éste señaló la mar. Me incliné por encima del empalmetado y vi una barca llena de cajas. En la parte delantera, manejando torpemente los remos, estaba el profesor Raddi, con el rostro curtido como un pergamino de herbario viejo, la barba descuidada como un jardín de otoño, una lupa en el bolsillo de su chaqueta y dos pares de gafas en la nariz.

-¡Champollion! -gritó cuando me vio-. ¡Estamos aquí!

-¿Dónde está Rosellini?

-Escondido detrás de mis cajas de minerales. Hemos tenido que venir por mar para evitar a una banda de locos que nos trataba de apestados.

Nos llevó dos horas embarcar el material científico que el profesor Raddi creía indispensable para sus experimentos. Era tan bajo y gordo como Rosellini alto y delgado. Raddi supervisó personalmente la instalación de sus preciadas cajas, mientras que mi discípulo Rosellini, a quien había enseñado los principios del descifrado, avanzó hacia mí, profundamente conmovido.

-Maestro... hay que levar anclas ahora mismo.

Mi discípulo italiano no era un hombre que se emocionara fácilmente. Frío, distante, reflexivo, pronto sería un gran sabio que honraría a la egiptología naciente. De momento, parecía trastornado.

-He recibido una carta del cónsul general Drovetti anunciando que nuestra expedición sería anulada. Tras haber fracasado en su intento de conquistar Grecia,

Turquía está decidida a declarar la guerra a los rusos y a arrastrar a Egipto en el conflicto. Ya no podrán responder de nuestra seguridad.

-Pamplinas -decidí con aplomo, como si ejerciera alguna influencia sobre esa política de dementes que odiaba-. ¿Está decidido a seguirme, a correr todos los riesgos?

La alegría que iluminó el rostro de Rosellini fue la respuesta más tranquilizadora que pudo darme. Pero mi discípulo se ensombreció inmediatamente.

-¿No le ha llegado de París una orden escrita?

-¡Marchémonos cuanto antes!

Me acaloré tanto que ayudé a los marineros a terminar de subir a bordo las cajas del mineralogista. Rosellini, perplejo, acabó imitándome. Néstor l'Hote, encantado de hacer ejercicio físico, se unió a nosotros.

Los campanarios de Toulon estaban dando las doce del mediodía cuando la corbeta *L'Églé*, aprovechando vientos favorables, largó amarras hacia Oriente. La brisa del oeste, que refrescaba el aire, nos empujaría hasta altamar en menos de una hora. Me estaba dejando invadir por las sensaciones de la brisa que llegaba desde mar adentro cuando avisté un correo a caballo que llegaba galopando al muelle. La silueta minúscula nos interpeló, blandiendo un documento.

La carta del ministro Martignac avisaba al prefecto de Toulon que nuestra expedición no podría llevarse a cabo, dada la situación internacional.

Me despedí de él agitando la mano.

Lo sentía mucho por el gobierno de Francia, pero El Egipto acababa de emprender viaje hacia otro mundo. El de su verdadera patria.

Debido a la presencia de la espía, el capitán Cosmao Dumanoir había tenido que cambiar la distribución de los camarotes. Me había instalado a la fuerza en el suyo. A mis pies, sobre unos colchones, dormían mi discípulo Rosellini, el profesor Raddi y el padre Bidant. Este último, muy dormilón, tenía gran dificultad para salir de su apatía natural. Raddi se pasaba los días y buena parte de las noches escudriñando con su lupa esquistos, basaltos, granitos, preparando su encuentro con los minerales del desierto, que esperaba cosechar en abundancia.

Habitualmente, reinaba una gran tranquilidad en el barco. Yo trabajaba en los jeroglíficos con L'Hote y Rosellini, que progresaban rápidamente. Su dibujo iba adquiriendo una firmeza de trazo indispensable para el registro de las inscripciones. Reproducían cabalmente cabezas, vasijas, lechuzas, leones, puertas... La antigua lengua revivía gracias a ellos. El padre Bidant lograba muy pocas veces rescatar al profesor Raddi de su universo mineral para jugar una partida de ajedrez.

A veces me sentía embargado por la emoción cuando me daba cuenta de que nos acercábamos a Egipto. Me acodaba en la batayola, para no ver más que el cielo y la mar. Aquel cuadro sólo cambió con algunas evoluciones de marsopas y la aparición de dos grandes cachalotes.

Entre nosotros reinaba una verdadera armonía.

Formábamos un auténtico cuerpo expedicionario, dotado de un indispensable espíritu de clan necesario para afrontar las pruebas que nos esperaban. Néstor l'Hote me había apodado El General, afirmando que él y sus compañeros no recibirían más órdenes que las mías.

Cuando estábamos dejando atrás la costa sarda, empujados por un fuerte viento, el profesor Raddi montó en una fuerte cólera.

-¡Inadmisible! ¡No lo soportaré por más tiempo! ¡Quiero volver a Florencia inmediatamente!

El esforzado mineralogista parecía estar poseído por el demonio, hasta tal punto que el padre Bidant, inquieto, trazó en el aire una señal de la cruz. Rosellini se agazapó en un rincón del camarote. Néstor l'Hote intentó acercarse a Raddi, que le rechazó con una violencia insospechada en un hombre como él. Comprendí que El General debía intervenir para restablecer la paz entre sus tropas.

-¿Qué ocurre, profesor?

-Ah, Champollion... debo confesar el peor de los crímenes...

La furia de Raddi se transformó de pronto en desesperación. Aceptó sentarse. El padre Bidant, L'Hote y Rosellini, comunicándose mediante gestos y guiños, salieron del camarote. Llegaba la hora de la confesión.

-Mi pobre despacho, mi pobre Museo -se lamentó, sacando una llave de su bolsillo-. Mi despacho... cerré la puerta con siete llaves, ¡pero olvidé cerrar las ventanas! ¿Se da usted cuenta, señor Champollion? ¡Mi mujer va a penetrar en ese santuario que siempre le ha estado vedado! Lo profanará, estoy seguro... Sólo sueña con el plumero y la escoba. Tengo que volver a mi casa para evitar ese desastre. ¿Y ha pensado en el robo, Champollion? ¡Me despojarán de mis colecciones!

-¿Y ha pensado usted en Egipto, profesor?

Mi pregunta sorprendió a Raddi.

-Egipto... sí, quiero ver sus desiertos... ¡Allí hay tesoros inapreciables! Pero no tengo derecho... tengo que volver para cerrar yo mismo las ventanas.

Tranquilité al profesor. Un Raddi desesperado y quejumbroso enseguida habría exasperado a los demás, convirtiendo en un infierno nuestra vida cotidiana.

-Créame, profesor: los dioses egipcios nos protegen. Su museo y sus colecciones no corren ningún riesgo.

Un atisbo de esperanza iluminó su mirada.

-Dígame, profesor, además de las cajas que contienen material científico, ¿ha traído algo de ropa?

-¿Ropa? Claro. La llevo puesta. Este traje de mahón y unos zapatos bien sólidos para la marcha. Añada un sombrero de paja de ala ancha y ya conoce mi ajuar. ¿No le parece perfecto?

Aquel 19 de agosto, al amanecer, me encontraba solo en el puente de la corbeta, con un catalejo en la mano. A lo lejos podía distinguir la columna de Pompeyo.

Alejaría, por fin.

Veía el Puerto Viejo, la ciudad volviéndose cada vez más imponente, un inmenso bosque de edificios entre los cuales asomaban unas casas blancas.

Ya no pensaba en la violenta tormenta que había sembrado el pánico entre mis colaboradores. El viento soplaba tan fuerte que ni siquiera conseguíamos oírnos. No sentí miedo. Morir en la mar me parecía tan inapropiado como imposible.

Egipto... Egipto, después de tantos años de sueños y esperanzas. Jacquou el brujo, que había sido mi comadrón un 23 de diciembre, había augurado a mis padres el más grandioso de los destinos para su hijo. Sin embargo, mi infancia no había sido muy feliz: las locuras de la Revolución en Figeac, la violencia, las armas, la sangre, bandas berreando la carmañola, fugitivos temblando de miedo y refugiándose en la librería de mi padre, en aquella cueva de tesoros cuya entrada me estaba prohibida.

Los libros se convirtieron en amigos, confidentes. Aprendí a leer solo, letra a letra, palabra a palabra. El mejor recuerdo que tengo de mi infancia es el calor de la gran chimenea de la cocina. Me acurrucaba junto al fogón con un libro en la mano y me dejaba invadir por una maravillosa sensación de bienestar, tan lejos del frío y del cielo gris. El sol de Egipto estaba oculto en aquel fuego.

¡Qué frío pasé en el liceo de Grenoble! Por la noche, mientras mis camaradas dormían, leía las biografías de hombres ilustres escritas por Plutarco. Quería conocer mejor a los emperadores, los jefes, los que habían llevado el mundo a cuestas. Recorté unos medallones de cartón y dibujé sus retratos, añadiendo la fecha de su nacimiento y de su muerte. Así, tenía junto a mí mi galería de personajes famosos. Aquella colección era mi mayor orgullo de colegial.

El de estudiante fue el poder presentar un estudio sobre la geografía de Egipto a la Sociedad de Artes y Ciencias de Grenoble a la edad de diecisiete años. Cuando fui nombrado profesor en la facultad de letras de Grenoble, a los veintiún años, por un momento creí que el porvenir sería favorable. Pero hubo que ir a París, chocar con la ciencia en boga, buscar en vano un puesto y volver a Grenoble para ser profesor de historia, con un sueldo que era la cuarta parte de lo que cobraban mis colegas. Más tarde, mi hermano y yo fuimos proscritos y nuestra residencia asignada en Figeac por haber apoyado a Napoleón. Yo tenía veintiséis años y estaba perdiendo la esperanza de conocer mi Egipto algún día.

No obstante seguí luchando, buscando, intentando convencer de que iba por buen camino, de que tenía que emprender aquel viaje...

Llegábamos a Alejandría al amanecer tras diecinueve días de travesía. No había dormido de lo nervioso que estaba pensando que por fin estábamos arribando a Egipto. Mi buenaventura había vencido la mala suerte. Como un niño, saludé con la mano la torre de los Árabes, que marca el emplazamiento de la antigua Taposiris, la ciudad que había ocupado tantas horas de búsqueda cuando escribía mi primer libro, *Egipto bajo los faraones*.

-¿Satisfecho, señor Champollion?

El capitán Cosmao Dumanoir se había acercado silenciosamente. Recién afeitado, impecable. Poseía un humor inalterable. Con su media sonrisa en los labios, aquel hombre parecía inaccesible a los asaltos del mundo exterior.

-Más allá de toda esperanza, capitán.

-Todavía necesitará un poco de paciencia antes de pisar el suelo egipcio.

-¿Porqué?

- Los europeos han impuesto un bloqueo en Alejandría. Entraremos en el viejo puerto, al oeste. La maniobra no será fácil, ya que hay muchos buques de guerra franceses e ingleses que entorpecen el acceso.

Unas profundas arrugas surcaron mi frente. El aire vivo de la mañana me pareció de pronto glacial.

-¿Qué verdad me está usted ocultando, capitán? ¿Ha recibido malas noticias?

Cosmao Dumanoir titubeó un momento.

-Las tropas egipcias van a volver pronto de Grecia -explicó-. Están incluso autorizadas a repatriar material y botines de guerra.

-Pero ¡eso es maravilloso! ¡Significa que las tropas francesas y egipcias ya no se enfrentan en el Peloponeso! Es la paz, capitán... El pacha nos recibirá con los brazos abiertos.

-Eso espero, señor Champollion. No todo el mundo aprueba esta situación. El partido de la oposición reprocha al pacha sus decisiones. El bloqueo asegura el mantenimiento del orden en Alejandría. Pero no será eterno. En cuanto a El Cairo, ignoro lo que está sucediendo allí.

-Tengo confianza, capitán.

-Le envidio.

Una expresión de infinita tristeza hizo que de pronto el rostro de Cosmao Dumanoir envejeciera varios años. Sentí ganas de suscitar sus confidencias, pero se alejó alegando que su presencia era indispensable para dirigir la maniobra.

En la entrada del paso, un cañonazo de la corbeta saludó la subida a bordo de un piloto árabe. Nos guió en medio de los rompientes y nos puso a salvo en el Puerto Viejo. Allí nos encontramos rodeados de buques franceses, ingleses, egipcios, turcos y argelinos, y el último plano de aquel cuadro, auténtica mezcla de pueblos, estaba ocupado por los cascos de naves orientales rescatadas del desastre de Navarino. Todo estaba tranquilo. No echamos anclas hasta las cinco de la tarde.

Mis compañeros de aventura, acodados en el empañetado, observaban con curiosidad la ciudad de Alejandro Magno que iba a recibirnos. *Alexandria ad Aegyptum*, decían los antiguos, lo cual significa que la ciudad, de origen griego, ocupaba el límite de Egipto, su linde, sin formar realmente parte de él.

Tenía un nudo en la garganta y apenas podía respirar. Para mí, Alejandría era la frontera del paraíso. Vivía mi segundo nacimiento. Sentía que por fin estaba volviendo a mi verdadera patria, después de un largo exilio empleado con provecho para descifrar lo que me sería ofrecido.

-Una barca se dirige hacia nosotros -advirtió L'Hote.

Unos momentos después, un hombrecillo vestido de negro subía a bordo. Creí que se trataba del médico de Toulon que había intentado retener la corbeta en el muelle.

-Me envía el cónsul general Drovetti -anunció-, para entregar un sobre al señor Champollion.

El sobre contenía una autorización excepcional para desembarcar a pesar del bloqueo y de la cuarentena impuesta a causa de una epidemia de tifus. No creí necesario transmitir estas informaciones a mis compañeros, pues se habrían alarmado inútilmente.

-Le seguiremos con mucho gusto -dije con voz poco firme.

Mis compañeros se dispusieron a bajar conmigo a la barca. Cosmao Dumanoir se interpuso.

-Creo que el señor Champollion merece ser el primero en desembarcar, y que desea estar solo.

-Tiene razón, capitán -admitió Rosellini.

-Que El General afronte Egipto como explorador -chanceó Néstor l'Hote.

-Ciertamente, El Egipcio se merece ese honor -reconoció a su vez el padre Bidant.

El profesor Raddi se mantenía apartado, examinando una roca procedente del Vesubio.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Me palpitaba el corazón. No encontraba palabras para expresarme.

-Se lo agradezco... Yo...

-Vamos, general -exigió Néstor l'Hote-. Nosotros también estamos impacientes por conocer esta tierra.

Cosmao Dumanoir me miraba de un modo extraño. Sentí que quería comunicarme un último pensamiento antes de que nuestros caminos se separaran para siempre. Aquel hombre, a quien debía el haber recorrido sin tropiezo la enorme distancia que separa Toulon de Alejandría, se había convertido en un amigo. Pero ¿no empezaba a asomarse la muerte en su rostro consumido?

-Adiós, señor Champollion -me dijo dándome un caluroso apretón de manos.

De pie en la barca que avanzaba lentamente hacia el muelle, confieso haber olvidado a Cosmao Dumanoir, a mis compañeros y a la corbeta *L'Eglé*. Hacía tantos años que ansiaba aquel momento.

La barca atracó. Un marinero me ayudó a subir al muelle cogiéndome del brazo. No pude contenerme y me arrodillé, besé y bendije aquel suelo donde habían vivido los mayores sabios de la historia, donde había nacido la civilización que nosotros, los europeos, hemos heredado.

Las descripciones que se pueden leer de esta ciudad no sabrían dar una idea completa de ella; para nosotros fue como una aparición de las antípodas, un mundo nuevo: estrechos pasadizos bordeados de puestos, llenos de hombres morenos y de perros dormidos; gritos roncós por todos lados, mezclándose con la voz chillona de las mujeres, un polvo sofocante, y de cuando en cuando algunos señores magníficamente vestidos, montando unos caballos preciosos y espléndidamente enjaezados.

Nos abríamos camino con dificultad en medio de una multitud bulliciosa, hacia el palacio del cónsul general. Yo caminaba detrás del guía árabe encargado de hacernos calle en aquel enjambre poblado de hombres con turbantes, niños medio desnudos pegados a nosotros, mujeres con velo y largos vestidos negros. Unos camellos cargados de cuévanos llenos de alimentos empujaban a los paseantes. Pasamos delante de un quiosco con un enmaderado dentellado donde tres músicos tocaban una canción pegadiza como los perfumes empalagosos de rosa y jazmín que se impregnaban en

nuestras ropas, tapando otros olores menos gratos que subían de los conductos cavados en la tierra. Aquí y allá, a la vuelta de una callejuela, aparecían minaretes. Avanzábamos bajo unas arquerías que nos protegían de los rayos del sol. El calor era moderado gracias a la brisa procedente del Mediterráneo. Néstor l'Hote estaba a mi lado. Rosellini, el padre Bidant y el profesor Raddi apenas podían seguir el ritmo impuesto por nuestro guía que parecía estar deseando librarse de nosotros. Era evidente que no le convenía ser visto en compañía de extranjeros.

Se oyó un galope. Delante de mí, la muchedumbre se apartó con una rapidez asombrosa. Vi aparecer un personaje barbudo, con un turbante que le tapaba casi toda la frente y montando un mulo que avanzaba hacia mí. Me quedé plantado como un estúpido, viendo acercarse a toda velocidad el hocico del cuadrúpedo.

Néstor me agarró por la cintura y me apartó de la trayectoria del mulo que siguió hendiendo el populacho y desapareció en medio de un coro de indignación.

-De buena se ha librado, general.

-No exagere -contesté, fingiendo una serenidad que no sentía-. Le agradezco su intervención. ¿Y nuestros compañeros?

El religioso francés y los dos sabios italianos habían tenido mejores reflejos que yo, pegándose a las fachadas de las casas para evitar ser atropellados por aquel mulo desbocado. El guía árabe se acercó a mí. Hablaba un francés deficiente.

-¿No herido?

-Sigamos. Estoy impaciente por ver al cónsul general.

Llevaba encima las dos cartas misteriosas que había recibido antes de salir hacia Egipto.

¿No era aquel incidente una agresión encubierta? ¿Me hacía divagar mi imaginación?

El palacio del cónsul general era una construcción fastuosa edificada en medio de un jardín lleno de palmeras. Su fachada, con una puerta coronada por un elaborado arco iris, estaba adornada con una enorme viga que soportaba una loggia con las contraventanas cerradas. En el umbral, dos jardineros en cuclillas.

Entré. Un intendente que vestía una galabieh blanca me invitó a seguirle y rogó a mis compañeros que esperaran en la entrada provista de banquillos de piedra. Me llevé al espacioso despacho de Bernardino Drovetti, cónsul general de Francia.

Tenía cincuenta y tres años, era originario de Liorna y naturalizado francés, y había participado en la expedición de Bonaparte a Egipto. Abogado, militar de alto rango, diplomático, pasaba por uno de los personajes más influyentes del país. Tejiendo su tela en la sombra, reinaba, según decían, sobre un gigantesco tráfico de antigüedades. Algunos aseguraban que se disponía a retirarse una vez hecha su fortuna. Yo no tenía por costumbre formarme una opinión sobre alguien basándome en las habladurías. Yo mismo he padecido demasiado del rumor público para agobiar con él a los demás.

Bernardino Drovetti estaba sentado ante su escritorio con las manos cruzadas, como un juez dispuesto a dictar su sentencia. Aquel hombre tenía lo necesario para impresionar a sus interlocutores: la frente alta, una espesa cabellera morena y rizada, las cejas tupidas, los ojos negros, los pómulos salientes, una nariz recta y puntiaguda, un bigote acabado en volutas.

-Siéntese, Champollion, y escúcheme bien -ordenó con la voz seca del hombre acostumbrado a dar órdenes y ser obedecido.

Me quedé de pie, desafiando con la mirada al cónsul general de quien podía temerle todo. Sólo él podía concederme el permiso necesario para visitar los emplazamientos arqueológicos y comprar objetos destinados a enriquecer la colección del museo del Louvre. Drovetti podía limitar mi expedición a un corto paseo.

-Su llegada no es muy oportuna, Champollion. La situación política se ha complicado. He pedido a París que expidan una orden a Toulon para anular su viaje. Supongo que aún no la ha recibido...

La frase era mordaz, incisiva, contrastando con el aspecto lujoso y afieltrado de aquella amplia habitación amueblada al estilo oriental, con alfombras recargadas y asientos bajos.

-Su suposición es exacta, señor cónsul. Estaba escrito que este año vería a mi Egipto.

El rostro de Bernardino Drovetti enrojeció de ira, que reprimió a duras penas.

-Ya que la suerte está echada, no se puede volver atrás, ¿verdad? Si estalla la guerra entre los rusos y los turcos, Egipto se verá arrastrado en el conflicto y ya no podré garantizar su seguridad. Usted y los miembros de su expedición estarán expuestos a los mayores peligros.

Agaché la cabeza. Drovetti creyó en mi sumisión.

-Veo que es usted razonable, Champollion. Permanecerá en Alejandría hasta que se levante el bloqueo, y después regresará a Francia. Puede estar seguro de que me ocuparé personalmente de su bienestar.

Se levantó, dando por acabada la conversación.

-Alejandría es sólo una etapa para mí, señor cónsul. La meta de mi vida es explorar Egipto. Ninguna guerra podrá impedir que se cumpla mi destino, aunque tenga que pagarlo con mi vida.

Drovetti no era ningún tonto. Reparó en la fuerza de mi determinación. Volvió a sentarse en su sillón.

No le faltaban motivos para crearme los peores problemas. Yo había conseguido exponer en el museo del Louvre parte de la colección de Salt, cónsul general de Inglaterra y gran enemigo de Drovetti. Jomard y el conde de Forbin, director general de los museos, lo habían intentado todo para impedir que yo fuera conservador. Pero el 15 de diciembre de 1827, sin contar más que conmigo mismo, había inaugurado la galería egipcia del museo Carlos X.

-¿Es usted amigo personal de Henry Salt, Champollion?

-Ni siquiera le conozco.

-Mejor para usted. Ya no será útil a nadie. Está muerto. El conocimiento riguroso de las antigüedades es un arte difícil. Un aficionado podría estropear el oficio.

-Precisamente por eso mi expedición sólo comprende profesionales, señor cónsul.

-¿Qué desea ver en Egipto?

-Los monumentos del Delta...

-Muy bien, Champollion. Haré que le preparen las autorizaciones necesarias.

-Me harán falta otras para Tebaida y Nubia -añadí tranquilamente.

Mis nervios estaban en tensión. Estaba jugando fuerte frente a un adversario tan poderoso. Si hubiera podido leer en mí habría comprobado hasta qué punto me sentía frágil y alterado. Pero una fuerza inalterable me empujaba a afrontar el obstáculo. ¿No contaba con el mejor de los aliados, mi Egipto?

-¿Porqué Tebas?

-Es el corazón de Egipto. Espero dirigir allí el más importante programa de excavaciones jamás emprendido.

-¿Con qué dinero?

-Con el que usted me procurará, señor cónsul. Estando en misión oficial, cuento con la ayuda financiera que tiene el deber de atribuirme.

-Por supuesto, pero requerirá algún tiempo. Ese dinero le será enviado a Tebas, cuando esté dispuesto a excavar. ¿Qué más espera obtener?

-Su confianza. Soy un investigador, y he venido aquí para verificar mis teorías sobre el terreno y satisfacer un sueño de niño. Hacer revivir la civilización de los faraones será para mí la más hermosa de las recompensas.

Esta vez fue Drovetti quien agachó la cabeza. Esperé con ansiedad el resultado de sus meditaciones.

-Dormiré aquí esta noche, Champollion, en la habitación donde durmió Kléber, el vencedor de Heliópolis. Mi palacio sirvió de cuartel general al ejército de Napoleón. Tiene usted mi protección. Me gustan los idealistas.

-Un último detalle. Me gustaría ir inmediatamente al Instituto Egipcio para ver allí a un viejo sabio...

-¿El Profeta?

-El mismo.

-Ahórrese ese desplazamiento, Champollion. El despacho donde trabajaba acaba de arder. Todos los papelotes que apilaba allí han sido destruidos y él mismo ha muerto en el incendio.

El cónsul general me dio un salvoconducto redactado en árabe.

-Tenga cuidado. Egipto es un país peligroso.

Bernardino Drovetti miró salir de su despacho a aquel curioso señor Champollion cuya determinación le había sorprendido e inquietado. ¿Un simple sabio? ¿Un iluminado? ¿Un espía enviado por el gobierno francés para descubrir la naturaleza del negocio al cual el cónsul general se dedicaba estos últimos años? Era difícil apreciar la amenaza que representaba aquel Champollion. No procedía correr el menor riesgo estando tan cerca de la meta.

Drovetti agitó una campanilla.

El intendente de la galabieh blanca apareció casi de inmediato.

-Quiero que sigas de cerca al hombre que acabo de recibir. Hazme saber todos y cada uno de sus movimientos. Que no se te escape nada. Y le dirás a nuestro amigo que aumente la vigilancia.

Me había puesto mis mejores galas después de una noche agitada en la habitación antaño ocupada por el gran Kléber. Durante la cena a la que Drovetti me había invitado, hablamos de Francia, de Napoleón, del arte egipcio. Después el cónsul general me había anunciado que era indispensable que me entrevistara con el pacha para confirmar mi libertad de circulación por el territorio egipcio.

El cónsul general dijo estar demasiado ocupado para llevarme en persona a presencia del pacha y virrey, Mehmet-Alí. Confió esta carga a su intendente, un tal Moktar. Aquel domingo 24 de agosto, a las siete de la mañana, sentado en la antesala del palacio del pacha, situado en la antigua isla de Faros, esperaba ser recibido.

Hacía deliciosamente fresco en aquel inmenso edificio. El techo era tan alto que la mirada se perdía en los artesonados esculpidos formando un cielo de marquetería del mejor efecto.

Estaba casi desesperado. El Profeta, con quien contaba para guiarme, había desaparecido. Me encontraba solo en aquella tierra desconocida, como un niño abandonado. Tenía que apelar a mis propios recursos, y sólo a ellos. ¿Serían suficientes para llevarme al término de mi búsqueda? ¿Se dignaría Egipto responder a las preguntas que me consumían?

Un hombre de cabello gris se sentó a mi lado. Elegante, con clase, habló en voz baja, como si temiera que nos sorprendieran. Moktar, mi mentor, acababa de ausentarse.

-No dispongo de mucho tiempo para hablarle, señor Champollion. Mi nombre es Anastasy.

-Usted...

Mi sorpresa no era fingida. De origen armenio, el diplomático Anastasy representaba a Suecia en Egipto. Era un auténtico Creso que poseía una buena mitad de la flota comercial alejandrina. Pasaba sobre todo por un gran coleccionista a quien los Países Bajos habían comprado muchas piezas magníficas.

-Conozco sus proyectos, señor Champollion. Siendo amigo personal de Mehmet-Alí, que no desdeña recurrir a mis competencias financieras, he intercedido personalmente por usted. Pero es imposible saber si el pacha está bien dispuesto hacia usted.

Anastasy se mostraba muy modesto. En realidad, tenía a varios ministros en su poder y sacaba regularmente de apuros las arcas del pacha a cambio de organizar excavaciones en lugares privilegiados que había sabido localizar con un olfato infalible.

-Cómo expresarle mi gratitud, excelencia, pero por qué...

-Compartimos la misma pasión, señor Champollion, pero usted está más cualificado que yo para descifrar los misterios de Egipto. No desestime los peligros que le acechan. Sepa que mi mayor enemigo es el cónsul general Drovetti, y de él depende su suerte administrativa. Su modo de despojar a este país de sus tesoros me escandaliza. Desconfíe de él, aunque parezca ceder a sus exigencias de sabio. Drovetti sólo se interesa por el dinero y el poder. Estoy convencido de que está a punto de llevar a buen término un enorme negocio cuya naturaleza exacta desconozco. Su llegada puede trastornar los planes que ha trazado sabiamente desde hace varios meses.

Aquel hombre me inspiró una confianza instintiva, inmediata. Su sola presencia me reconfortaba. Poseía esa maravillosa serenidad de los seres íntegros cuya memoria no está recargada de prevaricaciones. Me vino a la boca una pregunta.

-Excelencia... ¿me ha enviado usted una carta antes de que yo saliera para Egipto?

-¿Yo? No. En absoluto. Drovetti había proclamado que su viaje estaba anulado y que jamás pisaría el suelo egipcio.

La larga silueta de Moktar apareció al extremo de un pasillo que daba a la enorme entrada. Anastasy se levantó.

-Tenga cuidado, Champollion -murmuró.

Se alejó con pasos menudos, dándome la espalda. Un momento después, mi mentor se inclinó ante mí.

-Mehmet-Alí le espera.

El pacha me recibió en un saloncito repleto de divanes y cojines. La luz sólo se filtraba por una pequeña ventana enrejada. En una mesa baja, de mármol con vetas rojas, había una tetera y tazas de porcelana. De pie, enmarcando al amo del Egipto moderno, dos impresionantes guardias de corps armados con un sable.

-Sea bienvenido, señor Champollion -dijo Mehmet-Alí, recalcando las sílabas.

El pacha era una especie de coloso de aspecto bonachón. Pobre del que se fiara de esa apariencia. Huérfano, nacido en Macedonia, Mehmet-Alí había puesto sus miras en Egipto, abandonando a los turcos por los ingleses. Había barrido la autoridad mediocre de los pequeños potentados locales para imponer la suya, férrea, sobre un pueblo acostumbrado a numerosas ocupaciones desde el final del imperio faraónico. Había echado a los mamelucos y a los vahabitas, erigiéndose en interlocutor respetado de las potencias europeas. En París, los diplomáticos le describían como un tirano y un hombre cruel. Ponderaban su aguda inteligencia y su empeño en conservar su omnipotencia.

Mehmet-Alí sostenía una pipa adornada con diamantes. Delante de él, un narguile cubierto con piedras preciosas.

Sus ojos tenían una expresión muy viva y penetrante. Una magnífica barba blanca le cubría el pecho. Su fisonomía era sombría, casi taciturna.

-Me calumnian en Europa -prosiguió, como si hubiera leído mis pensamientos-. Me acusan de ser impaciente, demasiado ansioso, de explotar al pueblo, de imponerle impuestos excesivos, de colocar un policía detrás de cada aldeano egipcio. ¿Y cómo voy a mantener el orden si no? Me veo obligado a ser el único propietario de bienes raíces, a tener el monopolio del arroz, del trigo, de los dátiles y del excremento de ganado que sirve de combustible. Así puedo regir la economía y enderezarla. Hasta las mujeres públicas, los farsantes y los estafadores me pagan un tributo para la felicidad de mi pueblo.

Un hipo convulsivo interrumpió el discurso del pacha. Esta inconveniencia era el resultado de un intento de envenenamiento, al cual Mehmet-Alí había sobrevivido. Los mejores médicos no habían logrado quitarle el hipo al amo de Egipto.

-Modernizo el país -continuó-. Comercio, industria, agricultura, actúa en todos los frentes... ¡Nunca se han edificado tantas fábricas! ¿No le parece?

-Espero, su beatitud, que los monumentos del Antiguo Egipto no hayan tenido que sufrir demasiado debido a los indispensables progresos de los que usted es el instigador.

El pacha sonrió bajo su barba tupida.

-Sus esperanzas no quedarán decepcionadas -respondió untuosamente-. Aprecio mucho las piedras antiguas.

¿Acaso Mehmet-Alí no había entregado los tesoros de los faraones a los comerciantes y los diplomáticos, sin importarle nada un arte que no era el de los musulmanes? ¿Acaso las antigüedades no le servían para atraer personajes afortunados, susceptibles de desembolsar un diezmo respetable con tal de que hiciera la vista gorda sobre su tráfico?

-Me alegro de ello, su beatitud. Cuento con su benevolencia para facilitar mi trabajo en esta tierra que tanto aprecio.

-Esperemos que una guerra con Rusia no perturbe la paz de la que soy garante - replicó el pacha mientras nos servían el té.

-Todos cuentan con su sabiduría. Usted fue lo bastante filósofo como para reírse de su derrota de Navarino, en el Peloponeso, donde la flota egipcio-turca fue aniquilada por los franceses, los ingleses y los rusos.

Me atreví a herir en lo vivo al virrey. Más valía asegurarse desde ahora de sus disposiciones de ánimo hacia mí. Al traerle a la memoria el recuerdo mortificante de la batalla que había puesto término a sus sueños de expansión, me apartaba del montón de cortesanos aduladores, mostrándome amante de la verdad. Esta actitud me había valido muchos desengaños y profundas enemistades, pero no concebía ninguna otra.

Una sonora y contagiosa carcajada sacudió el pecho de Mehmet-Alí.

-¡Es usted un punto filipino, Champollion! -exclamó-. Dicen que conoce el significado de los extraños signos que los egipcios han grabado en sus monumentos.

-Sólo me queda verificar mis teorías sobre el terreno.

-Habrá visto al cónsul general Drovetti, imagino.

Los ojos de Mehmet-Alí se hicieron más penetrantes.

-Efectivamente, su beatitud. Me ha dado un salvoconducto precisándome que sólo usted tenía la posibilidad de validar ese documento.

Percibí la satisfacción del pacha al mismo tiempo que su debilidad. Aquel hombre rendía un culto desmesurado al poder. Poner en duda su autoridad le parecía el peor de los crímenes. Exaltarla, al contrario, le complacía profundamente.

-Francia me gusta mucho -indicó-. Las inteligencias más brillantes de El Cairo van a estudiar a París. Allí son bien recibidos. Su cónsul general, Drovetti, es un hombre notable que me ha ayudado a encarrilar de nuevo al país y a quitar de en medio a los ambiciosos que intentaban formar facciones contra mí.

Su voz se hizo más sorda.

-¿Sabe, Champollion, que fue un comerciante francés quien evitó que me muriera de hambre cuando era niño? Me recogió en una calle de mi pueblo y me alimentó como si fuera hijo suyo. Ahora está en el paraíso de Alá. Me he jurado a mí mismo ser útil a los franceses que me necesiten.

Creí en la sinceridad del pacha.

-Necesito su ayuda. Además de su autorización para ir a los emplazamientos de Egipto y Nubia, necesitaré barcos y dinero para pagar a los portadores y sirvientes que acompañarán a los miembros de mi expedición.

-Imposible.

Me quedé estupefacto. Aquella réplica era de una crueldad inaudita, inexplicable.

-Imposible... Pero ¿por qué, su beatitud?

-Ya no concedo autorizaciones de excavaciones a los simples viajeros. El cónsul general Drovetti quiere evitar el saqueo.

-Pero ¡yo no soy un visitante cualquiera! -me enfurecí, sin importarme las consecuencias-. ¡Mi misión tiene carácter oficial! He sido nombrado por el rey Carlos X conservador de los monumentos egipcios y gozo de las prerrogativas de un comisario

del gobierno francés si la salvaguardia del honor nacional lo exige. ¡Éste es el caso! Tendré que informar a los ministros del rey. Sé que los comerciantes de antigüedades y los traficantes han temblado cuando se anunció mi llegada. Se ha organizado una cabala contra mí para suprimirme cualquier autorización e impedir que excave. Si es así, haré saber al rey los motivos que me han prohibido cumplir mi cometido. ¡Injuriándome, es a él a quien desafían!

Mehmet-Alí permanecía absolutamente tranquilo.

-¿Qué desearía?

-Tener acceso a la totalidad de los emplazamientos del Antiguo Egipto.

-Exigencias razonables... Mi mejor chاوز, Abdel-Razuk, irá con usted. Es un policía de primera. Le será útil, en el Alto Egipto, para hacer respetar mi autoridad. Allí las poblaciones son a veces hostiles a los turcos. Todavía existen bandas de salteadores que no dudan en desvalijar a los viajeros. Tenga cuidado, Champollion.

-Me adaptaré a sus exigencias y a las de la ciencia -declaré en árabe, en el dialecto de El Cairo.

Mehmet-Alí me miró estupefacto. No se esperaba eso.

-¿Habla nuestra lengua ?

-Es indispensable para conocer bien Egipto.

-Claro -admitió el pacha sin entusiasmo-. ¿Eran felices los campesinos en tiempos de los faraones?

Aquella pregunta inesperada ocultaba una trampa. No importaba. Mentir me resultaba insoportable.

-Creo que sí. La naturaleza se mostraba a veces cruel, cuando la crecida del Nilo era demasiado abundante o, al contrario, insuficiente. Pero el faraón, que poseía todo Egipto, suplía los fallos del río. Los antiguos egipcios comían hasta hartarse y vivían a gusto. ¿No es una aspiración eterna?

El pacha hizo servir de nuevo té con menta.

No tuvimos tiempo de beberlo.

Un grupo de beduinos, flanqueados por soldados, interrumpió la audiencia. Se precipitaron hacia el pacha, se arrodillaron y besaron los bajos de sus ropas.

Luego, apartándose, dejaron pasar tres hombres que llevaban en sus brazos una pantera joven, una gacela y un pequeño avestruz. Con mucho cuidado, depositaron sus presentes al pie del trono.

Mehmet-Alí no pronunció ni una palabra de gratitud. Los soldados, con brutalidad, hicieron salir a los beduinos que siguieron inclinándose andando hacia atrás.

-¿Puedo hacerle partícipe de mi mayor angustia, su beatitud?

La mirada de Mehmet-Alí se ensombreció. No me prohibió continuar.

-Se trata de Tebas, la ciudad del dios Amón, la más bella del mundo. ¿Se ha salvado de la destrucción? ¿Han cuidado bien de sus templos? -Aquellas preguntas me obsesionaban desde hacía varios meses. Circulaban algunos rumores inquietantes sobre el saqueo de los monumentos antiguos. Mutilar Tebas habría privado al mundo de luz.

-Tranquílcese, Champollion. Cuido celosamente de Tebaida.

Es la provincia que más amo. Encontrará su vieja capital intacta con todos sus esplendores.

-Sean rendidas las gracias a su beatitud -declaré, sin que mis inquietudes se disiparan del todo.

El feliz desenlace de mi entrevista con el pacha tuvo una influencia excelente sobre el comportamiento de Drovetti. El cónsul general invitó a mis compañeros a su

mesa y los alojó en su palacio. La corbeta *L'Églé* había zarpado sin que pudiera volver a ver al capitán Cosmao Dumanoir.

«Los preparativos de su expedición requerirán varias semanas», me había avisado Drovetti. ¿Mentira diplomática? ¿Intento de retenerme en Alejandría utilizando pretextos? Me encontraba sumido en la incertidumbre. Conocía demasiado la administración para ignorar sus lentitudes, que aumentarían con la indolencia natural de los orientales. ¿Deseaban realmente Drovetti y el pacha que mi empresa tuviera éxito? ¿No habían decidido engañarme con buenas palabras?

Me abismaba en estos sombríos pensamientos contemplando, al anochecer, la columna de Pompeyo con sus veinticinco metros de altura en el barrio suroeste de Alejandría. Examinando el pedestal con atención, me di cuenta de que estaba compuesto de bloques pertenecientes a monumentos más antiguos. Logré incluso descifrar el nombre del ilustre faraón Seti I, el padre de Ramsés II. Muy cerca de allí se encontraba la famosa biblioteca de Alejandría, incendiada por manos criminales.

La brisa marina me azotó el rostro. Me sentí invadido por una tristeza infinita. Aquella columna aislada, único rastro de un mundo desaparecido, se convertía en el símbolo del fracaso. El Egipto del crepúsculo, desolador y desolado, se hundía en las tinieblas de una memoria destrozada. Sin duda nunca llegaría a conocer más que ese miserable vestigio, erigido a la gloria de un romano sobre las ruinas de la ciudad de Alejandría.

No me hablaba de eternidad sino de decadencia. Mi Egipto de los faraones se encontraba lejos, muy lejos de esa Alejandría moderna de la que habían desertado los dioses egipcios. Me apoyé contra la columna de Pompeyo con la esperanza de verla derrumbarse y poner término a mi sueño.

-¿En qué piensa, señor Champollion?

Lady Ophelia Redgrave, con un vestido de muselina amarillo con adornos plateados, se perfilaba en la luz naranja de los últimos momentos del día. Apenas podía distinguir su rostro, aureolado de luces irreales. Me pareció singularmente hermosa, evocándome la diosa del cielo dispuesta a acoger en su seno al sol del atardecer para regenerarlo.

-¿No me habrá seguido, señora?

-En absoluto. Estaba paseando, como usted. Esta columna es el lugar de encuentro de los curiosos decepcionados por Alejandría. Sólo hay griego y romano en este pasado. Egipto no ha dejado su huella.

-¿Se está volviendo egiptóloga? -irónicamente-. ¿Acaso su papel de espía requiere tanta ciencia?

Sonrió, divertida.

-Se cree usted acerbo y sólo es apasionado. Usted no es el único que ama con locura este país. Si le aseguro que no soy su enemiga, no me creerá. No importa. No intentaré convencerle. Sepa que desde ahora formo parte de su expedición. Allá donde vaya, iré yo también.

Estaba estupefacto. Lady Redgrave se alejó hacia el sol poniente.

El 22 de agosto, a primera hora de la mañana, vagaba en medio de las dunas, al sur de la ciudad. Alejandría se había convertido en un lugar de suplicio. Mis compañeros de aventura descubrían con una curiosidad regocijada los encantos de Oriente, figando en los zocos, descansando en el jardín del palacio de Drovetti, entreteniéndose con los letrados árabes, los ulemas, que intentaban convertirlos al islam evocando las buenas acciones pasadas de la presencia francesa en Egipto.

Sentía la necesidad apremiante de respirar, de llenar mis ojos con un poco de desierto, de sentirme atraído hacia el sur, hacia El Cairo. Cogí en mi mano derecha un puñado de arena, que dejé escurrirse lentamente entre mis dedos.

Un viejo árabe, apoyándose en un bastón, avanzaba en mi dirección. Miré alrededor, temiendo una agresión. Pero el hombre estaba solo y caminaba lentamente. Un ciego.

-Buenos días, ciudadano -me saludó-. Dame algo. Hace mucho que no he comido.

«¿Ciudadano?» ¿Había realmente oído ese calificativo republicano de lo más inesperado en boca de un alejandrino?

-Date prisa -insistió-, mi estómago se queja de hambre.

Hurgué en mis bolsillos y le ofrecí el dinero francés del que disponía. Palpó las monedas y las tiró en la arena.

-Esta moneda ya no tiene curso aquí, amigo mío. Busca mejor.

Aquel viejo insolente me fascinaba. Me sentía obligado a obedecerle. Conseguí encontrar una piastra. Pareció de su agrado.

-Está bien -dijo-. Te lo agradezco, ciudadano. Eres digno de Bonaparte. Añoro el ejército que vino de Francia. Creía que nos protegería de las rapaces que devoran Egipto. Entre ellos había hombres que amaban este país. Había incluso sabios. Locos por la verdad, como tú.

-¿Quién es usted?

-Un ciego. Conserva la carta que has recibido antes de venir. Un día te la pedirán.

Hubiera querido retenerle, preguntarle quién era, de cuál de las dos cartas me hablaba. Pero, caminando a una velocidad sorprendente, desapareció detrás de una duna.

A finales de agosto fui convocado con urgencia al palacio de Mehmet-Alí. Allí reinaba una gran agitación. Varios ministros corrían por todos lados, se increpaban, salían, entraban. Me colé en esa multitud de cortesanos, pronto ahuyentada por los dos vigilantes armados con sables que habían asistido a mi primera entrevista con el pacha. Este último me recibió en un salón pomposo cuyas paredes estaban cubiertas de trofeos. Llevaba un traje con profusión de colores, mezclando el oro y el rojo. Altivo, casi despreciativo, el virrey quería aparecer como un jefe de estado. Aquel decoro no presagiaba nada bueno.

-¡Ah, Champollion! -exclamó al verme-. Tengo muy malas noticias.

Yo no disimulaba mi ansiedad.

-Las tropas francesas acaban de ocupar la península griega de Morea -explicó, molesto.

¿Significaba aquello que Egipto iba a tomar parte en un conflicto con Francia y que, por consiguiente, mi expedición nacería muerta?

-Sus compatriotas no son razonables -opinó con descontento-. Creo que hice mal mostrándoles gratitud. Usted me plantea un problema delicado, Champollion. ¿Debo tratarle como amigo o como enemigo?

Sostuve la mirada del pacha.

-Puesto que su decisión ya está tomada, su beatitud, sólo tiene que comunicármela.

Una fiera sonrisa iluminó el rostro de Mehmet-Alí.

-Se equivoca, Champollion. La estoy tomando ahora mismo. Es usted insolente y orgulloso, pero persigue la meta que se ha fijado. Me gustan los hombres como usted. Vaya a ver a Drovetti. No haré nada contra usted.

Crucé más de diez veces la puerta del cónsul general Drovetti durante los primeros días de septiembre. Siempre me recibió con la mayor cortesía, deplorando los retrasos de los que no se le podía hacer responsable. Debido al clima político revuelto, no conseguía encontrar una tripulación para acompañarnos hasta Nubia. Era imposible tomarse en serio semejante explicación. Drovetti contemporizaba. Para él, nada más fácil que reclutar una tropa de sirvientes dóciles. Mehmet-Alí me había ofrecido, atado de pies y manos, a su cómplice que me inmovilizaba en Alejandría proclamando oficialmente su benevolencia hacia mí.

Conociendo su manejo, decidí actuar a mi manera. Reuní a mis compañeros en el jardín del palacio consular y les expuse mi plan, a salvo de oídos indiscretos.

Moktar, el intendente del cónsul general Drovetti, y Abdel-Razuk, el policía al servicio del pacha, se preguntaban si estaban soñando. Los dos turcos eran concienzudos. De acuerdo con las instrucciones recibidas, no le perdieron pisada a Champollion. Dondequiera que fuera, el sabio francés era objeto de una vigilancia discreta y eficaz. Además facilitaba la labor a sus seguidores ya que, ensimismado en sus pensamientos, nunca se daba la vuelta.

¿Por qué, aquel domingo tórrido, a la una de la tarde, había tomado Champollion la dirección de la necrópolis occidental de Alejandría, Kôm el-Chougafa, una serie de colinas que bordeaba el mar? El calor apenas era atenuado por un débil viento procedente del Mediterráneo. A Champollion no parecía afectarle, y caminaba con un paso rápido que sorprendía a los alejandrinos sentados a la sombra para beber café antes de echar una larga siesta. «Este calor excelente es una inapreciable fuente de salud - había asegurado Champollion a sus compañeros-. Nos derretimos como cirios y perdemos nuestro exceso de grasa.»

Moktar, habituado al frescor del palacio de Drovetti, había perdido la costumbre de pasear por las callejuelas de la ciudad durante las horas caniculares. Abdel-Razuk no se sentía mucho mejor. Pero no habría excusa que valiera si perdían el rastro de Jean-François Champollion que, a doscientos pasos de las fortificaciones, dejaba el dominio de los vivos para entrar en el de los muertos. Efectivamente, el sabio francés se metió en una escalera que daba acceso a unas catacumbas excavadas en unas rocas calizas.

Los dos turcos se miraron, inquietos. No les gustaba aquel sitio. La religión de los difuntos allí enterrados no se conocía mucho. Sólo se sabía que no eran cristianos ni musulmanes y que unos dioses poderosos velaban por su eterno descanso.

Unos ladrones habían despojado a los cadáveres de sus joyas, pero se comentaba que habían sacado poco provecho, y que aquel hurto había acertado sus días.

-Hay que seguirle -opinó Moktar.

-Quizá no sea necesario -replicó Abdel-Razuk-. No hay otro acceso. Basta con esperar a que salga.

Era un argumento de peso. Pero ¿no existía una salida que ellos desconocían? El intendente de Drovetti, que conocía la severidad de su amo hacia los sirvientes incompetentes, no quiso correr riesgos.

-Quédate aquí. Bajo a ver.

Abdel-Razuk, cuyo fervor religioso aumentaba con la edad, temía más que a ninguna otra cosa los lugares mortuorios donde los espíritus malignos no soportaban la presencia de intrusos. Así que aceptó sin protestar la propuesta de Moktar.

Éste se internó a su vez en la escalera cuyos primeros peldaños estaban cubiertos de arena. Enseguida llegó a una primera cámara muy estrecha, con el techo en forma de bóveda rebajada. Excavados en los muros, nichos que contenían urnas. En el suelo, una abertura. Moktar, no muy tranquilo, se introdujo en ella, descubriendo una escalera circular que comunicaba con tumbas dispuestas en varios pisos, hundiéndose cada vez más profundamente bajo tierra.

Ni rastro de Champollion.

El intendente se atrevió a seguir explorando. Con un nudo en la garganta, recorrió las salas donde se depositaban los sarcófagos y aquéllas donde las familias celebraban banquetes en recuerdo de los difuntos. Retrocedió instintivamente delante de la pintura de un chacal vestido de legionario romano, pegándose a un nicho. Algo blando le dio en el cuello. Asustado, se apartó y casi se cayó. Con palpitaciones en el corazón, convencido de haber sido atacado por un espíritu molesto durante su sueño, recuperó la calma poco a poco y se dio cuenta de que el nicho contenía un montón de ropa: ¡la de Champollion! Éste se había desnudado... Moktar vaciló. ¿Debía seguir bajando o subir a avisar a Abdel-Razuk? ¿Por qué había actuado así el francés? El aire enrarecido de la necrópolis, las figuras inquietantes que la poblaban vencieron su resolución. Volvió a la calle corriendo.

Abdel-Razuk le esperaba con impaciencia.

-¿Y Champollion? -preguntó.

-Desaparecido. ¿Ha salido alguien de aquí?

-No. Sólo he visto a un árabe paseando por la colina, allí.

Moktar se precipitó hacia el lugar indicado por su amigo. Allí había la entrada de un pasadizo que conducía al interior de la necrópolis.

Con un turbante, una galabieh marrón y unas babuchas, la tez suficientemente tostada, parecía un viejo musulmán. Hice bien en dejarme crecer la barba desde que llegué a Alejandría. Poco a poco, el aspecto europeo había desaparecido, siendo reemplazado por un rostro y un aspecto orientales que habían engañado al hombre del pacha. Aconsejé a mis compañeros que siguieran mi ejemplo y adoptaran las costumbres locales. El padre Bidant había protestado obstinadamente, negándose a abandonar su sotana.

De momento, tras haberme vestido al estilo egipcio en la necrópolis, y librado de mis seguidores que no conocían bien el plano de aquellas catacumbas, me dirigía hacia el puerto. Según decían, Alejandría sólo era una tienda gigantesca. De hecho, tuve que atravesar barrios enteros de tenderetes, comercios y talleres sumidos en el torpor de la siesta. Nadie detrás de mí. Unos almacenes anunciaban los astilleros. Puesto que Drovetti se mostraba incapaz de fletar las embarcaciones necesarias para la expedición, yo mismo me encargaría de ello.

La construcción naval era una de las grandes artes alejandrinas. Estaba seguro de poder encontrar un arrendador. Los muelles parecían estar desiertos, pero sabía que me observaban decenas de ojos. Me forzaba a caminar despacio, con cierta indolencia, para no llamar la atención. Llegué a una dársena donde descansaban unos barcos pequeños. Un guardia dormitaba, respaldado contra una bita de amarre.

Me dirigí a él en árabe y le pedí que me indicara una persona capaz de proporcionarme embarcaciones para ir hacia el sur. El buen hombre vaciló antes de contestarme. Intentó obtener más informaciones pero, lleno de estrategia oriental, supe mostrarme evasivo. Tendiendo la mano, consintió en indicarme un almacén aparentemente cerrado. Conseguí abrir sin esfuerzo la gran puerta corredera y me introduje en el interior.

A pesar de la penumbra, podía distinguir fácilmente el rostro sarcástico de Moktar, el intendente de Drovetti, rodeado de una decena de hombres armados.

-Le estábamos esperando, señor Champollion.

-¿Qué significa esto, Champollion? ¿Por qué está usted disfrazado de árabe? ¿Por qué quería alquilar barcos? ¿Acaso no confía en mí? ¿No sabe que yo me ocupo de todo?

El cónsul general Drovetti ocultaba mal su furor con un chorro de preguntas. Su intendente me había traído de vuelta a su palacio con una firme cortesía. Yo no había manifestado ningún deseo de huir, lo cual, por otra parte, hubiera estado condenado al fracaso teniendo en cuenta el imponente cortejo que me acompañaba. Mi desafortunada experiencia me había permitido evaluar el poder real de Drovetti sobre la población alejandrina. Sus hombres estaban por todas partes, haciendo reinar un orden comparable al del pachá.

-Tengo mucha afición a la vida oriental -contesté-. ¿Cómo conocer Egipto sin adoptar sus costumbres?

Junto a Moktar estaba Abdel-Razuk, con mis ropas europeas reunidas en un fardo.

-¿Supongo que desea recuperar sus ropas?

-Como le plazca, excelencia. Este cambio de piel me sienta bien.

Irritado por mi arrogancia, Drovetti despidió a sus hombres. Nos quedamos cara a cara.

-Su comportamiento es estúpido -atacó-. Se rebaja usted al nivel de un esclavo. No tendrá nunca la menor autoridad sobre sus sirvientes musulmanes.

-Permítame opinar de otro modo -repliqué enardecido-. Usted reina inspirando temor. Yo lo hago ofreciendo amistad.

Drovetti me echó una mirada asesina. La última capa mundana desaparecía. Dejó traslucir su odio.

-Ya no tiene nada que hacer en Egipto, Champollion. Hace dos o tres años, su expedición habría sido bienvenida. El país estaba siendo saqueado por ladrones y vendedores de antigüedades que sólo pensaban en su interés y no en la conservación de los monumentos. Gracias a Anastasy y a mí mismo, la situación ha cambiado mucho. Hemos puesto término a esos sórdidos tráfico, ya no queda nada que reformar o descubrir. Los emplazamientos han sido explorados y excavados.

Drovetti me dio la espalda, contemplando el jardín del consulado por una de las ventanas de su despacho. Por lo visto creía haber pronunciado palabras definitivas. Me instalé en un sillón.

-¡Me gustaría tanto creerle, excelencia! Pero tengo otra versión de los hechos, apoyada por testimonios y observaciones personales. Todos los vendedores de antigüedades del territorio se han echado a temblar. Usted mismo y el pacha se niegan a concederme las autorizaciones reales, indispensables para organizar mi expedición. Olvida el carácter oficial de mi misión. He venido aquí con el propósito de hacer excavaciones para los museos del rey. Por lo tanto, he redactado una carta a su intención y a la de sus ministros para hacerles conocer los motivos que me impiden cumplir con mis instrucciones. En ella explico que las dificultades administrativas son probablemente debidas a sórdidas intrigas mercantiles. Viniendo en nombre del rey, comisionado por él y su gobierno, negarme los papeles necesarios es injuriarle. Si el pacha aprecia su reputación de protector de las artes y la ciencia, debería apresurarse a cerrar este asunto. Si no, los periódicos europeos y la opinión pública egipcia podrían apoderarse de ella y causarle grandes perjuicios, así como a usted mismo.

Bernardino Drovetti se volvió, pálido.

-¿Amenazas, Champollion?

-¿En qué se sentiría usted amenazado? ¿Acaso ha cometido algún acto reprochable?

-¡Le prohíbo que me hable en ese tono! -gritó-. El pacha está fuera de causa. Soy el único que puede concederle las autorizaciones que exige. Pero sería un error fatal

para Francia. No estará en condiciones de asegurar la protección de los emplazamientos. Anastasy se frotará las manos. Él conservará sus concesiones tranquilamente.

-Inexacto, excelencia.

-¿Qué quiere decir? -preguntó, tan intrigado como inquieto.

-Anastasy me ha cedido sus derechos de excavación en los emplazamientos reservados que controlaba hasta ahora. Usted es el único que se encuentra en una situación ilegal con respecto a mi expedición.

El miedo deformó los rasgos de Drovetti, atenuando su soberbia. Se sentía atrapado en una ratonera de la cual le resultaría difícil salir sin perder algunos privilegios. Su reputación y su fortuna estaban en juego.

-Suponiendo que imite a Anastasy, ¿cómo voy a proporcionarle barcos? Todos están siendo requisados por el pacha.

-Problema resuelto, excelencia. No soy el único que se pasea disfrazado de árabe. Mis compañeros me han imitado. Gracias a mi orden de misión oficial, han logrado convencer a los capitanes del *Isis* y del *Hathor* que, al parecer, son buenos amigos de Anastasy.

Creo que se produjo un instante de connivencia entre Drovetti y yo. Reconoció que yo era un adversario digno de él y que había cometido el error de subestimarme. Pero lo que leí en su mirada habría asustado al alma más templada. El rencor del cónsul general era temible.

-Tendrá sus autorizaciones mañana mismo, Champollion.

La noche del 13 de septiembre, mis compañeros de viaje estaban reunidos en el salón de honor del consulado de Francia, en presencia de Drovetti. El cónsul general brindó por el rey, por Francia, por el pacha. Dio su voto por el éxito de nuestra expedición. Le di las gracias, con la mayor seriedad, por la ayuda que nos había brindado. Un arranque de sinceridad atravesó mi breve discurso, tan exaltado que estaba con la idea de marchar por fin hacia la civilización faraónica.

-¡No se puede salir de aquí! -anunció Néstor l'Hote-. Hay decenas de borriqueros obstruyendo la entrada del consulado.

La noticia de nuestra marcha, que hubiera deseado discreta, se había propagado en Alejandría. Drovetti no debía ser ajeno a aquella divulgación. Favorecía su reputación de gran señor liberal y generoso. Regocijado, me reconfortó.

-¡Vamos, Champollion, no se preocupe por tan poco! Los guardias del pacha dispersarán a esta gente. Al populacho le gusta estar de fiesta en la primera ocasión, pero tiene la sangre demasiado caliente.

Los borriqueros no eran nada amenazadores. Cantaban, gritaban, querían tocar a los miembros de la expedición, conseguir algunas monedas. Los policías del virrey, armados con palos, golpearon aquí y allá con una violencia que me indignó. ¿Qué necesidad había de ejercer una represión tan brutal?

Estaba anocheciendo cuando una larga caravana, seguida por curiosos, llegó al canal Mahmoudieh, donde estaban anclados los dos barcos que debían llevarnos al sur. Rosellini, L'Hote y yo mismo subimos a bordo del *Isis*, una imponente embarcación que el mismo pacha no había desdeñado utilizar. El profesor Raddi y el padre Bidant subieron a bordo del *Hathor*. El personal -criados, cocineros, portadores- se repartió de acuerdo con las instrucciones de Moktar, el intendente de Drovetti, y Abdel-Razuk, el policía favorito de Mehmet-Alí. Estos dos, por supuesto, habían escogido el *Isis*, no dejándome ni a sol ni a sombra.

Nos disponíamos a soltar las amarras. Dos marineros estaban quitando la pasarela cuando un grito de mujer los inmovilizó.

-¡Esperen! -ordenó lady Redgrave, acompañada por cuatro borriqueros tirando de unos infelices cuadrúpedos cargados de pesadas maletas.

Junto a la aristócrata inglesa, Mehmet-Alí en persona, protegido por un guardia de honor.

El virrey hizo que colocaran de nuevo la pasarela.

-Le deseo buena suerte, Champollion -dijo con solemnidad-. Que Alá le proteja. Cuide de mi invitada.

Lady Redgrave pasó delante de mí, aérea, liviana.

-Ya le avisé, señor Champollion, y sólo tengo una palabra.

El delicioso ruido del primer surco trazado en el agua del canal por la roda del *Isis* me quitó las ganas de replicar.

El verdadero viaje había empezado.

El canal Mahmoudieh enlazaba directamente Alejandría con El Cairo. Se estaba cumpliendo uno de mis mayores deseos: viajar por el Nilo a la manera de los antiguos egipcios, sentirme avanzar por el río divino que ponía en comunicación a templos y aldeas. Cada momento me ofrecía una maravilla nueva. Descubría paisajes verdosos, campesinos trabajando con instrumentos idénticos a los que utilizaban sus lejanos antepasados, identificaba emplazamientos, plantas, árboles... un mundo de jeroglíficos vivientes se desplegaba ante mis ojos insaciables. Me sacaban difícilmente de mi contemplación para recordarme la existencia de las comidas y la necesidad de dormir.

Desde el primer día de aquel crucero hacia un pasado eterno, una feliz sorpresa me había confirmado mi presentimiento de que el nombre de los barcos, el *Isis* y el *Hathor*, era un presagio favorable que ponía nuestra expedición bajo la protección de dos de las más amables diosas egipcias. Un árabe de unos treinta años, muy digno, con un pequeño bigote, me esperaba en mi camarote. Se inclinó respetuosamente cuando entré.

-Mi nombre es Solimán -dijo en un francés rugoso-. Estoy a su servicio.

Solimán, el nombre de un príncipe que conocía los poderes de los genios, un gran mago capaz de manipular las fuerzas superiores... El hombre que me saludaba me pareció muy diferente de los sirvientes árabes que había conocido hasta ahora. Su nobleza natural me impresionó.

Me parecía imposible dar instrucciones a una persona como él.

-Seamos amigos -propuse-. Ciertamente, voy a necesitarle, Solimán. Si confía en mí podremos trabajar juntos.

Me había expresado en árabe. Solimán no mostró ninguna sorpresa, pero su mirada me pareció absolutamente sincera. Se inclinó de nuevo, no como un sirviente ante su amo, sino como un huésped honrando a su igual: con la mano tocando la frente, la boca y el corazón, dando a entender que su pensamiento, su palabra y sus sentimientos estaban orientados favorablemente hacia mí.

No tardé mucho en comprobar los efectos benéficos de aquella alianza. Solimán, que conocía su país como la palma de la mano, me permitía corregir los mapas de *Descripción de Egipto*, redactada por los sabios de Bonaparte, que hasta este viaje eran la referencia científica. Siguiendo la corriente del Nilo, al ritmo lento del *Isis*, me hacía nombrar hasta las más pequeñas aglomeraciones para rectificar los errores y llenar los vacíos. Hora tras hora se trazaba un nuevo mapa de Egipto donde aparecían las correspondencias entre las localidades antiguas y modernas. Aquel primer resultado, en sí mismo, era de un valor inapreciable.

Néstor l'Hote, cuyo voraz apetito se satisfacía con una intendencia al estilo francés, ponía en limpio mis indicaciones en compañía de Rosellini, cuya pasión científica se alimentaba ya de elementos selectos. No había perdido el tiempo en Alejandría. Había comprado un buen número de piezas destinadas a la colección que debía llevar al gran duque de Toscana, Leopoldo II.

Lady Redgrave no se dignaba a dirigirme la palabra. Su calidad de invitada privilegiada del pacha la situaba por encima de los simples mortales. Se contentaba con

tomar el sol y sólo se relacionaba con los dos sirvientes destinados a su persona. Tendría que encontrar un medio de abandonarla en El Cairo.

A mediodía, mientras saboreaba un vaso de agua del Nilo, cuyo sabor me parecía preferible al del champán más suave, distinguí, en medio de un bosquecillo de acacias, una minúscula aldea de un encanto particular. La casualidad quiso que el *Isis* acostara para comprar frutas frescas.

-Quisiera visitar este lugar -le pedí a Solimán, que me indicó el nombre de la aldea: Ed-Dahariye.

Cuando fui a cruzar la pasarela, el policía Abdel-Razuk intervino.

-Quédese a bordo -exigió-. El lugar no es tan seguro.

-Gracias por su consejo -contesté saltando a tierra.

Me sentía atraído por aquellas chozas de aldeanos, hechas de tierra, precedidas de cuadrados dibujados con gran cuidado para facilitar la irrigación. Aquellas humildes viviendas se beneficiaban de la sombra de unas palmeras y unas acacias. Había unas grandes tinajas, donde se conservaba aceite o trigo, junto a la fachada de la casa más grande. Allí el tiempo se había detenido definitivamente. No había más acontecimientos que las estaciones, los nacimientos, las bodas y las muertes. La noción de progreso no tenía ningún significado. La vida se reducía a sus componentes más sencillas y esenciales.

Ed-Dahariye parecía desierta. Los habitantes estaban trabajando en los campos. Acercándome a la casa principal, me di cuenta, horrorizado, de que una cabeza masculina, con los ojos cerrados, sobresalía de la tinaja más alta. Me quedé paralizado y vi a un anciano salir de la casa y, amenazador, dirigirse hacia mí.

-¿Quién le envía?-preguntó con hostilidad.

-Nadie -contesté con un nudo en la garganta.

-¿Es usted francés?

-Sí...

El anciano escupió a mis pies y alzó la mano derecha para maldecirme.

-¡Márchese de aquí! ¿No les basta con haber asesinado a mi hijo? ¿También tienen que perturbar su descanso?

Expliqué al desdichado que sus acusaciones no me atañían.

Logrando comprender su discurso muy entrecortado, pude reconstituir los sucesos que habían conducido a la muerte trágica de un hombre. Éste había robado un bronce antiguo a uno de los ganchos de Drovetti. Intentando vendérmelo, fue arrestado por los chausces del sultán. Su cuerpo apareció en un canal. Los policías habían explicado a la familia que el prisionero se había escapado durante la noche y se había extraviado en el campo. Su padre aseguraba que le habían asesinado.

Trastornado por aquel triste asunto que acusaba a Drovetti y sus esbirros, y me costó concentrarme, de nuevo a bordo, en mi trabajo de cartógrafo. La ayuda de Rosellini, preciso y metódico, resultó muy valiosa. ¿Cuántas generaciones de sabios serán necesarias para explorar totalmente la inmensidad del Delta, el reino de la Corona Roja, que había contado con tantas ciudades santas durante el reinado de los faraones?

Llegó la noche del 16 de septiembre que todos esperábamos con impaciencia mal disimulada. Tras haber pasado delante de la aldea de Es-Ssafeh, los barcos nos permitieron llegar al primer gran emplazamiento, por fin accesible a otros que no fueran saqueadores de antigüedades: la misteriosa ciudad de Sais, que los antiguos convirtieron en el centro de una gran sabiduría detentada por la diosa Neith. Después de haber creado el universo pronunciando siete palabras, había tejido la vida cuyos secretos eran transmitidos por cofradías iniciáticas femeninas, fabricando los tejidos sagrados para el

conjunto de Egipto. Estaba consultando los planos de Sais establecidos según las descripciones de Herodoto cuando llamaron a la puerta de mi camarote.

Fui a abrir. Era el padre Bidant, que había subido a toda prisa a bordo del *Isis*.

-Tengo que pedirle un favor, Champollion.

-Se lo ruego, padre. Si puedo ayudarle...

El padre Bidant no se decidía a formular su petición.

-No nos detengamos en Sais. Este lugar está maldito. Sigamos hasta El Cairo.

Estupefacto, dejé mi pluma. Seguro que había entendido mal.

-Usted es un gran sabio, Champollion, pero también un gran ingenuo. Esta tierra está poblada de demonios. No son inofensivos. Créame: evitemos Sais.

Me levanté, entre irritado y divertido.

-¿Cómo podría esta vieja ciudad alterar la fe cristiana, padre? Que yo sepa, no queda en ella ningún documento que ponga la Biblia en tela de juicio.

-Sais era una academia de brujos -precisó-. Los efectos de sus maleficios no han desaparecido. Podemos contaminarnos y ver corromperse nuestra expedición.

-¡Le veo muy supersticioso, padre! -me sorprendí-. ¿Acaso el Dios de los cristianos no nos protege de esas ilusiones?

El padre Bidant me gratificó con una mirada muy poco caritativa y desapareció. Le sucedieron Néstor l'Hote y Rosellini, muy excitados con la idea de descubrir su primer lugar de excavaciones. Me hicieron saber que el profesor Raddi, fascinado por el estudio de trozos de caliza cosechados en una cantera de Alejandría, no se había dado cuenta de que hacíamos escala. Nadie se atrevía a interrumpir sus investigaciones.

-¡Ya estamos sobre el terreno! -declaró L'Hote, muy animado-. ¿Cuáles son las instrucciones, mi general?

-Ante todo, prudencia. ¿Han cogido ya sus cuadernos de apuntes?

Mis colaboradores se disponían a dibujar y registrar una cosecha de hallazgos. Nos abrazamos, orgullosos y felices de estar allí, aquella noche de verano en la que íbamos a hacer revivir el más maravilloso de los pasados.

Solimán y una decena de ayudantes con antorchas nos guiaron hasta el emplazamiento de San el Hagar, donde se encontraba antaño la Ciudad Santa. Aquella luz, junto con la de la luna que brillaba en medio de un cielo estrellado de una pureza admirable, nos ofreció la más fantasmal de las exploraciones.

Había creído en la existencia de un gran templo, de una inmensa morada divina, de altos muros cubiertos de relieves.

Pasando por una brecha abierta en un gigantesco recinto, sólo descubrí un campo de ruinas. Sais, ciudad destruida, urbe perdida. Mi decepción fue tan grande como lo había sido mi curiosidad. Habríamos necesitado meses enteros para inventariar aquellos fragmentos de bloques, medir el recinto, recoger los fragmentos de estatuas. En silencio, invoqué a la diosa Isis cuyo velo había sido levantado aquí mismo por los iniciados a sus misterios. ¿Quién había podido mostrarse tan cruel como para destruir este lugar privilegiado de la espiritualidad, transformar piedras vivas en restos parecidos a rocas desgarradas por el rayo o temblores de tierra? Un olor horrible subía procedente de masas de aguas estancadas. Algunas se habían infiltrado en un cementerio árabe cercano muy mal cuidado. Pronto distinguí, al noreste del muro del recinto, una zona seca que sobrevolaban multitud de pequeñas lechuzas, consideradas por los antiguos como símbolo de la sabiduría y de la ciencia. Caminé hasta allí rápidamente, seguido por Rosellini y L'Hote. Pronto estuvimos convencidos de que habíamos identificado un túmulo funerario donde se encontraban tumbas. Mis compañeros tomaban notas con una celeridad que me tranquilizó con respecto al desarrollo de nuestra empresa. L'Hote se

mostraba entusiasmado, Rosellini, más metódico. Si el destino me era favorable, me juré que volvería a Sais, que haría revivir aquel cuerpo deteriorado.

Mientras mis compañeros dibujaban un plano preciso de las ruinas, me rezagué, solo, en el sector suroeste, al pie del recinto, allí donde había localizado unos fragmentos de estatuas. Tuve el presentimiento de que aquí se alzaba la famosa Casa de Vida cuya ciencia había rivalizado con la de Heliópolis, el centro espiritual del antiguo Egipto. Aquí había sido penetrado el misterio de la inmortalidad. Pero la transmisión de ese saber se había perdido en la arena. Tendría que buscar más lejos. Sais se me escapaba, devastada por la ignorancia y la locura de las generaciones. Aquel vacío lamentable, que al principio me desanimó, se convertía en llamada.

-Sais sólo era una etapa, señor Champollion -dijo una subyugante voz femenina.

Lady Ophelia Regrave, envuelta de luz lunar, llevaba un vestido de noche bordado con hilo plateado.

-Parece una diosa -reconocí, fascinado por tanto encanto y olvidando mis prevenciones contra ella.

Esperaba una sonrisa, sólo conseguí una expresión de gravedad.

-No hable de ese modo. «Diosa» es una palabra todavía sagrada a mis ojos. Sólo soy una mujer, lo cual sin duda le parece despreciable respecto a Neith...

-No lo crea-protesté.

-¿Qué piensa de esto?

Me enseñó el pequeño objeto que había recogido. Una estatuilla de sirviente del otro mundo, respondiendo a las órdenes de los glorificados que, en los campos paradisíacos, recurrían a él para fertilizar la tierra. Bastaba con leer los jeroglíficos que adornaban su cuerpo de piedra o de madera para devolverle la vida.

-Una hermosa pieza de una época tardía... No puedo permitir que se la lleve. Deberá ser inventariada y trasladada al museo.

-Lo sé. No hace falta que me sermonee. No pertenezco a las cuadrillas de Drovetti.

Herido, la agarré por las muñecas.

-¿Quién es usted realmente, lady Redgrave?

Se liberó con la soltura de una gata.

-¡Descíframe, señor Champollion!

Fue la primera en dejar Sais para volver al *Isis*. Permanecí un largo rato en el emplazamiento. Ya no sabía qué pensar de esa mujer. Normalmente, mi opinión sobre los seres se forjaba rápidamente. Ahora estaba desorientado, y hasta tal punto que me olvidaba de los siglos de historia que dormían bajo mis pies.

L'Hote me sacó de mi meditación.

-Hay que marcharse de aquí, general. Los indígenas amenazan. Creen que molestamos a los espíritus de los muertos.

Me dejé llevar hacia el barco, no sin reparar en la presencia santa de Abdel-Razuk, el policía del pacha, que no me quitaba el ojo de encima.

No dejé de trabajar, durante horas, para olvidar Sais y a lady Redgrave. Cualquier arqueólogo se hubiera sentido satisfecho, pero yo buscaba algo más que las huellas de una gloria extinta. Estaba de un humor tan sombrío que no quise abrir a nadie la puerta de mi camarote, con el pretexto de que estaba llevando a cabo una minuciosa investigación. Mis compañeros, acostumbrados a otras crisis de soledad parecidas, no se ofuscaron.

Solimán fue el único que se permitió insistir. Cedí.

-Tengo que darle a conocer un incidente grave. El *Hathor* está retenido en el muelle por un magistrado turco.

-¿Por qué motivo?

-Impuestos. Dos marineros han sido detenidos. No han pagado su diezmo al pacha.

-¿El padre Bidant no ha conseguido resolver este asunto?

Solimán guardó silencio. Su mutismo, expresaba una desaprobación. Como «general», sentí que era mi deber intervenir sin demora. Seguí a Solimán, dejando el *Isis* para ir hasta el lugar del drama, la villa de Zaouiyet er-Redsin.

A la sombra de un muro de la mezquita, sentado en unos cojines mullidos, y rodeado de fieles, el magistrado turco fumaba una larga pipa. Delante de él, con los puños atados a la espalda, los dos marineros del *Hathor*. Cabizbajos, parecían resignados a lo peor.

El turco, con unos ojos crueles y maliciosos, me miró acercarme. Se sentía muy satisfecho de haberme atraído hasta su tribunal al aire libre. Ridiculizar a un europeo sería una prueba brillante de su poder. La negociación sería difícil.

Solimán se lanzó en una peroración florida que trataba de las innumerables cualidades del sultán y de sus sirvientes, de la sumisión total de sus sujetos y de la justicia divina. El turco apreció el discurso, permitiéndome decir por qué me presentaba ante él.

-Quisiera saber qué falta han cometido estos hombres para estar así maniatados.

El turco contestó malhumoradamente que debían una importante suma al fisco. Se merecían un apaleamiento y sin duda la mutilación. El gentío aumentaba. Néstor l'Hote, Rosellini y el padre Bidant estuvieron pronto a mi lado.

-Poseo documentos oficiales -indiqué-. Llevan el sello del sultán.

El turco quiso ver mis salvoconductos. Los examinó cuidadosamente.

-¿Por qué no ha pagado por ellos? -pregunté en voz baja al padre Bidant-. Habríamos evitado esta farsa.

-Pues hay gastos inútiles... estos dos bandidos serán fácilmente reemplazados.

Si hubiera estado a solas con el religioso, no sé si habría podido contener mi furor.

-El padre tiene razón -afirmó Néstor l'Hote-. Es inútil perder el tiempo por culpa de dos ladrones.

El magistrado turco me devolvió los documentos. No le convenían.

Ciertamente, me admitían como un personaje importante y digno de respeto, pero no perdonaban a los acusados, amenazados con perderlo todo. Me invadió un sentimiento de rebelión contra aquella injusticia.

-Señores, no me iré de aquí sin estos dos marineros. Que el respetable funcionario del fisco sea bien consciente de ello. A través de mí, está insultando a la persona del virrey.

Estas graves amenazas fueron transmitidas al funcionario, que las tomó muy en serio y pidió consejo a sus cortesanos.

-Es usted demasiado sensible, general -observó L'Hote-. Si desea resolver el destino de todos los indigentes, más vale que demos media vuelta.

-Estos hombres forman parte de nuestro equipaje, señor L'Hote. Si les abandonamos, sus colegas ya no confiarán en nosotros. Y con razón. En cuanto a usted, padre -dije volviéndome hacia Bidant-, tenga la bondad de desaparecer de mi vista. Su sotana incomoda a nuestros anfitriones.

El religioso, antes un tanto inamistoso, pasó a ser francamente hostil. Contaba con un enemigo más. Regresó al *Hathor*, indiferente al resultado del combate.

-No cree que... -intervino Rosellini con suavidad.

-No cambiaré de opinión.

Sintiéndose inútiles, L'Hote y Rosellini salieron del círculo de mirones. El turco me hizo saber que mis amenazas no le impresionaban. Tenía la ley de su lado y el pacha no le desautorizaría. Una cohorte de infelices se aglomeró a la asistencia. El suceso cobraba importancia. No se desafiaba a menudo a un emisario del fisco.

-Que me indiquen la cantidad debida por los inculpados. Yo me encargo de pagarla a cambio de su liberación.

La proposición pareció escandalosa o vino demasiado pronto...

Sembró una gran confusión en el tribunal del turco, que recurrió a la invectiva para restablecer el orden. Me negué a responder a sus preguntas y permanecí inmóvil, dando a entender así que se trataba de mi última proposición. Tuve que esperar el resultado de la deliberación casi una hora bajo el sol ardiente que no me molestaba.

El turco, lleno de odio, soltó una cifra. El doble de la cantidad debida. La diferencia era para él y sus cortesanos. No discutí, arriesgándome a que me tomaran por un lelo. Los dos marineros del *Hathor* fueron liberados de sus ataduras. Me dieron las gracias con una emoción que me dilató el corazón, tal como hubieran escrito los antiguos egipcios.

-Mehmet-Alí es un tirano -comentó con calma Solimán en el camino que nos llevaba al *Isis*-. Ha hecho la guerra, ha distribuido sumas importantes a los europeos que necesita, pero el pueblo está hambriento y los recaudadores son más despiadados que los chacales. Siguen despojando a los que ya no tienen nada. El virrey posee tierras, comercio e industria. La riqueza es para él, la miseria para su pueblo. Las sanguijuelas turcas y su puñado de secuaces están desangrando a Egipto. Usted también será su víctima algún día. Manténgase alerta.

Me abstuve de tomarme la advertencia a la ligera. Rosellini venía a nuestro encuentro y no pude interrogar a Solimán sobre el significado exacto de su aviso.

Lady Redgrave nos observaba desde el puente del barco. Sonreía, como iluminada por un profundo gozo.

Al amanecer del 19 de septiembre vi las pirámides por primera vez. Nos acercábamos a Menfis, la capital del Antiguo Imperio, cuyo nombre me fascinaba desde mi adolescencia. La ciudad estaba protegida por el dios Ptah, el patrón de los capataces, los artesanos, los orfebres. De pronto, nuestro barco dio con un banco de arena, y se detuvo. Nuestros marineros se arrojaron al Nilo para liberarlo recurriendo al nombre de Alá y, mucho más eficazmente, a sus hombros anchos y robustos. La mayoría de estos marineros son unos Hércules admirablemente plantados, de una fuerza sorprendente. Cuando salen del río parecen estatuas de bronce recién vaciadas.

Llegamos sin dificultad a la punta del Delta donde se separan los brazos de Rosetta y Damietta. La perspectiva es magnífica. La anchura del Nilo es inmensa. Hacia Occidente, la masa de las pirámides destaca en un horizonte de palmeras. Una multitud de barcos navegan, unos por la derecha en el ramal de Damietta, otros por la izquierda en el de Rosetta. Otros también se dirigen hacia El Cairo, poderosa ciudad que destaca por sus minaretes, la colina del Moqattam y su austera ciudadela montando la guardia sobre el desierto.

Pedí que nos detuviéramos a la altura de la aldea de El-Qattah para que L'Hote dibujara aquel paisaje sublime. Los demás miembros de la expedición se unieron a nosotros.

-Si estas pirámides fueran desmontadas piedra por piedra -dijo el profesor Raddi, cuyo estado estático iba acentuándose día a día-, ¡qué gran contribución a la mineralogía!

-Estos monumentos no tienen mucho interés -le contradijo el padre Bidant-. Han sido edificados por abominables tiranos que han hecho morir a miles de hombres, condenados a trabajos agotadores.

¿Cómo no acalorarse oyendo semejantes necedades?

-Eso son mentiras que habría que dejar de propalar, padre. La religión egipcia nunca ha producido esclavos. Las pirámides son un símbolo del conocimiento.

-Pamplinas -gruñó el religioso, que prefirió alejarse.

-Me pregunto si encontraremos allí alguna inscripción -dijo Rosellini.

Dejando a cada uno con sus sueños, me dejé llenar por el espectáculo sobrehumano de las pirámides al amanecer, en la lejanía.

Una larga y fina mano enguantada de cuero rojizo se posó sobre la mía. Fui incapaz de reaccionar, cuando habría debido protestar con fuerza.

-¿Había imaginado alguna vez una luz semejante, señor Champollion? -preguntó lady Ophelia Redgrave en un murmullo que sólo yo oí-. ¿Acaso no somos los más afortunados de los privilegiados?

La hermosa aristócrata había cambiado de vestido una vez más, adoptando uno de tonos ocre degradados, que la convertía en un sol a distintas horas del día.

-Creo haber merecido esa suerte. Y aún ignoro qué clase de privilegio me reserva.

Llevaba las dos cartas encima, sobre mi corazón.

A las tres de la tarde del 19 de septiembre entrábamos en los suburbios de El Cairo. Yo caminaba en cabeza, junto a Solimán. En el desembarcadero nos esperaba un enviado del pacha. Me seguían Abdel-Razuk y Moktar, a quienes no había dirigido la palabra desde Alejandría; Rosellini y L'Hote, que identificaban la gran alameda de árboles plantados por los soldados de Bonaparte, que evocaban su victoria en las pirámides; el padre Bidant y el profesor Raddi, manteniendo un diálogo de sordos, cada uno dentro de su especialidad. En el puerto del Boulaq estuvimos sumergidos en la mayor leonera que un cerebro trastornado habría podido imaginar: las barcas y los barcos estaban tan apretados que ninguno podía maniobrar. Sin embargo, se entraba y se salía de allí, sin duda gracias a los efectos de una magia cuyas leyes no llegábamos aún a comprender. En los muelles, un hormigueo de marineros, comerciantes, mendigos. Allí se mezclaban nubios, árabes y europeos. Aquí y allí se discutía firmemente sobre el valor de un cargamento, el precio de un transporte o cualquier otra operación menos lícita.

Allí había unos hombres vestidos de un modo muy extraño: gorros en forma de cono, abigarrados con colores chillones; barbas y enormes bigotes de estopa blanca; fajos estrechos, apretando y dibujando todas las partes de su cuerpo; y cada uno de ellos se había ajustado unos enormes accesorios de paño blanco muy retorcido. Aquel atuendo, aquellas insignias y sus posturas grotescas representaban muy bien los viejos faunos pintados en las vasijas griegas de estilo antiguo.

Nos detuvimos en el patio de un edificio en mal estado y muy poco acogedor. Unos lienzos de pared amenazaban con caer en ruinas. En el umbral, un soldado con un uniforme mugriento dormía a pierna suelta, con el fusil a su lado. El enviado del pacha nos rogó que esperáramos, entró en el edificio, permaneció allí unos minutos y regresó con el rostro cerrado.

-Acceso a El Cairo prohibido -declaró en árabe a Solimán.

-¿Por qué? -le pregunté en su lengua.

-La aduana -contestó sorprendido-. Faltan papeles. ¿Tiene las autorizaciones?

Llamé a Rosellini que guardaba los documentos firmados de Mehmet-Alí y de Drovetti. Nuestro interlocutor se apoderó de ellos y desapareció de nuevo en el edificio de aduanas.

-Esto debería arreglarse fácilmente -le dije a Solimán.

-Quizá -respondió, evasivo.

Su reserva me preocupó. ¿Qué temía? Ninguna expedición disponía de recomendaciones como las nuestras. Para engañar la angustia que sentía crecer en mí, di algunos pasos en el patio, mientras mis compañeros lo llevaban con paciencia, saboreando té verde que les ofrecía un militar andrajoso. Observé a unas mujeres con velo que sacaban agua con sus tinajas en una gran cuba colocada sobre unos calces de madera. Su forma me intrigó. Me acerqué y, para mi asombro, me di cuenta de que se trataba de un magnífico sarcófago de basalto perteneciente a un sacerdote de la época saíta. No sin brutalidad, aparté a las amas de casa para descifrar los jeroglíficos de aquella época tardía, que imitaban a los de los tiempos de las pirámides. Hablaban de inmortalidad y del destino estelar del Justificado ante el tribunal del otro mundo.

¡Leía, leía con facilidad! ¡Los signos me hablaban! Febrilmente, copié las inscripciones principales y me precipité hacia L'Hote y Rosellini, cuyo rostro me pareció muy sombrío.

-¡He encontrado una obra maestra para el Louvre, aquí mismo!-anuncié.

Solimán apareció.

-La aduana se niega a concedernos la entrada a El Cairo -declaró con fatalismo.

-¿Cómo? ¿Acaso la firma del sultán no es suficiente para sus funcionarios?

Penetré en el edificio administrativo, tropezando enseguida con un canchero bigotudo y barrigudo que me apostrofó con vehemencia y me ordenó que me largara. Le contesté con la misma vehemencia. Resultó imposible dialogar, ya que el buen hombre se negaba a explicar su decisión. Bajo la amenaza de un arresto, tuve que volver al patio donde me esperaban, mortificados, mis compañeros. Intenté encontrar palabras reconfortantes, pero yo mismo estaba desconcertado.

Lady Redgrave pasó delante de nosotros, altiva. La seguimos con la mirada y la vimos entrar, estupefactos, en el edificio de aduanas.

-Van a maltratarla -se inquietó L'Hote.

-No tema -replicó Solimán-. Mis compatriotas no acostumbran agredir a las mujeres.

-¿Qué ocurre? -preguntó por fin el profesor Raddi-. ¡Estamos perdiendo el tiempo!

El padre Bidant le explicó la situación. Rosellini se mordía las uñas. Yo leía sus pensamientos: ¿iba nuestra expedición a fracasar en las puertas de El Cairo por culpa de un aduanero de poco entendimiento?

-Hay que avisar al sultán y a Drovetti -propuso el padre Bidant.

-No será necesario -dijo lady Redgrave, cuyo vestido malva brillaba al sol-. Aquí están nuestras autorizaciones.

Me presentó una decena de hojas mugrientas cubiertas de sellos, y se alejó. La alcancé, muerto de curiosidad.

-¿Cómo lo ha conseguido?

-Actúa de un modo demasiado europeo, señor Champollion. Sus papeles no podían en ningún caso impresionar al jefe de esta oficina de aduanas.

-¿Y eso por qué?

-Porque no sabe leer.

Me quedé boquiabierto. Lady Redgrave se había contentado, como cada hijo de vecino, con pedir las hojas selladas de antemano, sin enseñar al aduanero iletrado unos salvoconductos que superaban su entendimiento. -Pero... ¿entonces habla usted árabe?

-Cada uno tiene sus pequeños secretos, señor Champollion. ¿Y si entrásemos en El Cairo?

Así pues, fue el 20 de septiembre cuando la expedición en pleno se presentó, en un estricto orden jerárquico, ante la puerta de Ornar. A caballo, vestidos al estilo turco, teníamos un porte altivo. Yo estaba a la cabeza del cortejo, enardecido tanto por el orgullo del éxito como por la visión del mundo nuevo que se ofrecía en un hervidero de colores y olores. Una muchedumbre innumerable llenaba las calles de la ciudad.

Cientos de turbantes blancos y coloreados se colaban entre carrozas, camellos y burros. Los borriqueros de esta ciudad son sin duda excelentes políglotas y fisionomistas; a la primera ojeada, identifican el alemán, el inglés, el francés, el italiano o cualquier otro extranjero y le dirigen algunas palabras en su lengua natal. Nada mejor que sus rucios, unos cuadrúpedos pequeños y robustos, para circular por las estrechas callejuelas. A base de gritos y de aguijonazos, los borriqueros dirigen sus rucios con una

precisión admirable. Me sorprendió ver a varios con una oreja cortada y pregunté a Solimán la razón de aquello. Me explicó que así se castigaba a los burros sorprendidos robando en prado ajeno.

Cuando digo «burro» no me refiero a nuestro desdichado cuadrúpedo de Europa, insultado y golpeado, forzado a realizar los trabajos más duros, recurrido a la más triste condición, que no inspira ninguna lástima. Tampoco me refiero a un burro rebelde, con el peor carácter que pueda haber, que tira al suelo a cualquiera que se atreve a montarlo. No, el que no ha visto al burro de Egipto no conoce a uno de los animales más admirables de la creación. Es vivo, coqueto, ligero, mantiene su cabeza bien erguida y manifiesta su inteligencia a cada paso. Su dueño se complace cuidándolo, cepillándolo, lustrando su pelo hasta que parece terciopelo.

«¡Tu derecha!», «¡Tu izquierda!», «¡Tu pie!», gritaban los borriqueros, evitando con gran dificultad dos cortejos que se cruzaban, uno de bodas, otro de funeral. Unos jinetes, cuyas monturas estaban cubiertas de gualdrapas de terciopelo con bordados dorados, no vacilaban en empujar a cualquiera que obstruyera el paso, ya fuera mujer o niño. En todas partes, la gente comía y bebía hasta la saciedad. En las cocinas expuestas al viento, unas mujeres, rodeadas de una bandada de niños, preparaban habas calientes. Nabos cocidos, pepinos en vinagre, albóndigas de carne hacían buenas migas en una apetitosa salsa roja a base de especias. Un vendedor de té, provisto de aparatos de latón impecables, ofrecía su excelente brebaje, rivalizando en habilidad con el aguador y los vendedores de jarabe de frutas, agua de regaliz, infusión de algarrobo o de dátil, de zumo de pasas. Unos adolescentes predicaban las virtudes de sus frutas, sandías, granadas, dátiles, pasas, tomates, higos. La gente catataba tortas tibias, limones, cebollas. Unos trozos de cordero se estaban cociendo en grandes ollas de cobre.

El Cairo, para recibirnos, se había transformado en una gran sala de banquetes.

Llegábamos en buen momento; aquel día y el siguiente eran los de la fiesta que los musulmanes celebraban por el nacimiento del Profeta. La gran e importante plaza de Ezbekieh estaba llena de gente rodeando a los faranduleros, las bailarinas, las cantadoras, y de hermosas tiendas bajo las cuales se practicaban actos de devoción. Aquí, unos musulmanes sentados leían a compás unos capítulos del Corán; allá, trescientos devotos, colocados en filas paralelas, sentados, moviendo sin cesar la parte superior de su cuerpo, para adelante y para atrás como muñecas articuladas, cantaban en coro *La Allah-Ell'Allah*, «No hay más Dios que Dios»; más lejos, quinientos energúmenos, de pie, colocados en círculo y codo a codo, saltaban a compás y lanzaban, desde el fondo de su pecho agotado, el nombre de Alá, mil veces repetido, pero con un tono tan sordo, tan cavernoso, que en mi vida he oído un coro más infernal: aquel espantoso zumbido parecía salir de las profundidades del Tártaro.

Junto a estas demostraciones religiosas, circulaban los músicos y las rameras; unos columpios de todo tipo estaban en plena actividad. Esta mezcla de juegos profanos y de prácticas religiosas, junto con la rareza de las figuras y a la gran variedad de trajes, formaba un espectáculo de otro mundo.

Las madres zambullían a sus hijos en el agua fangosa, tanto para divertirlos como para lavarles. Salían de allí negros como sapos y se reían a carcajada limpia. Todos rendían culto a aquella agua que a veces subía tanto que formaba un lago donde navegaban barcas llenas de gente elegante.

-¡Champollion! ¡Mire allí!

El caballo de Rosellini había llegado a la altura del mío. Dirigí la mirada en la dirección indicada por mi discípulo, pero sólo pude ver un grupo de bailarines ejerciendo su arte cerca de un caldero humeante alrededor del cual se agrupaban unos comensales.

-Estoy totalmente seguro -dijo Rosellini, emocionado-. Era él a quien vi.

-¿Quién?

-Drovetti, el cónsul general.

-Imposible.

-Le juro que le he visto.

Un movimiento de la multitud nos obligó a separarnos y a retomar nuestra progresión en fila india. No dudaba de la buena fe de Rosellini, sin por ello creer en la presencia de Drovetti. Tendría que haber viajado al mismo tiempo que nosotros en otro barco. ¿Y con qué intención?

-La rosa era espina -enunció una voz grave-. Con el sudor del Profeta, ha florecido.

Justo delante de mí caminaba un vendedor de pistachos. No veía su rostro.

-¿Es usted el que sabe leer la escritura de las piedras viejas? -preguntó con el mismo timbre profundo.

-Creo poder conseguirlo, efectivamente... ¿pero quién es usted?

-La advertencia de la carta pronto va a realizarse. Vaya mañana, a las siete, a la mezquita de Thouloun.

El hombre apuró el paso y se dirigió hacia una callejuela a la izquierda.

-¡Espere! ¿De qué carta...?

El vendedor de pistachos ya había desaparecido.

Han hablado muy mal de El Cairo. Yo me encuentro bien allí. Esas calles de ocho a diez pies de ancho, tan desacreditadas, me parecen bien concebidas para evitar los grandes colores. Es una ciudad monumental, una ciudad de las mil y una noches, aunque la barbarie turca haya destruido o dejado destruir la mayoría de los deliciosos productos de las artes y la civilización árabes.

¿Cómo negarlo? Estoy enamorado de este enmarañamiento de casas, a menudo en tan mal estado, de callejuelas estrechas donde trabajan curtidores, alfareros, orfebres, por donde pasan buhoneros y cocineros ambulantes. Todo es feo, a veces sórdido, pero desprende una magia que convierte a esta ciudad repulsiva, casi inhumana, en una rompecorazon. En El Cairo se callejea hasta perder la orientación. Siempre, claro está, que se mantenga uno fuera del barrio reservado donde se refugian los residentes y viajeros europeos, al abrigo detrás de las grandes puertas de madera que se cierran cada noche, aislándoles de la población y protegiéndoles de los motines y las epidemias. Las casas de El Cairo están pegadas unas a otras, formando barrios anárquicos cuyos únicos pulmones, los patios interiores, están casi siempre ocupados por una multitud de animales. Para respirar un poco, uno se dirige naturalmente hacia los lugares tranquilos y despejados, la gran plaza de Ezbekieh, las mezquitas o la ciudadela. Desde lo alto de esta última, donde me encontraba para saludar la salida del sol, la fealdad desaparece. A lo lejos, en el desierto, vi formarse una caravana. Allí había unos treinta camellos, casi todos tumbados. Junto a ellos, unos enormes fardos de mercancías. Los camelleros, con ayuda de unos palos, empezaron a reagrupar sus animales. Debajo de mí, la capital del Egipto moderno desplegaba su inmensidad. Descubrí miles de terrazas, minaretes, cúpulas. Al este se dibujó el trazo de fuego del sol naciente, creando el oro del nacimiento del día. Como rayos de luz petrificados, las pirámides surgieron del desierto. Allí se extendía el reino de la muerte, la tierra de los dioses: Saggarah, Dahchour, Abusir, Gizeh, donde los antiguos egipcios habían ahondado la eternidad hasta descubrir su secreto. El único secreto que merecía ser descubierto.

¡Dios, qué visión más sublime! Me sentí como en el cielo, lejos de las pequeñeces humanas, como si experimentara el impulso que había animado el espíritu y la mano de los constructores. Pero estaba esa cita dada por el vendedor de pistachos.

Un borriquero me condujo hasta la mezquita de Thouloun, un edificio del siglo IX. Aunque parcialmente en ruinas, es el más bello monumento árabe de Egipto. La elegancia de sus líneas, la sobriedad de su arquitectura imponen respeto. Mientras estaba observando la puerta, un viejo jeque me propuso entrar en la mezquita; acepté presuroso y franqueé con presteza la primera puerta. Me pararon en seco en la segunda: había que descalzarse para penetrar en el santo lugar. Tenía botas, pero no medias; la dificultad resultaba apremiante. Me quité las botas, utilicé un pañuelo para envolver mi pie derecho, otro para el pie izquierdo. Y heme aquí sobre el mármol del recinto sagrado, desierto a aquella hora. Esperé un tiempo bastante largo, sin atreverme a deambular en aquel sitio cuya tranquilidad contrastaba con la agitación de las calles.

Apareció un turco muy alto con un sable de mameluco en el costado. Su rostro estaba casi totalmente oculto por una barba negra. Se detuvo a un metro de mí, serio como un Anubis guardián de tumba. Temí de pronto haber caído en una emboscada. ¿Hay algo más fácil que hacer desaparecer un intruso acusándolo de haber violado el recogimiento de una mezquita? Sin embargo, ahora yo parecía un árabe de pura cepa. Pero el borriquero me había tomado por uno de sus compatriotas, olvidando robarme. Si ese cancerbero me agredía, es que había sido denunciado. Me faltó la respiración, sintiéndome atrapado en una ratonera. ¿Pelearme? En ningún momento, a lo largo de mi corta existencia, he recurrido a la violencia. Me repugna. Incluso para defender mi vida, me sentía incapaz de recurrir a ella.

Permanecimos inmóviles, como fascinados mutuamente. Sin duda debí haber intentado huir, pero esa actitud me pareció indigna. Tal vez el primer golpe provocaría en mí una voluntad nueva. El turco avanzó, con el sable desenvainado y una lentitud infinita. Me vino a la boca el gusto de los jeroglíficos. Su llamada irresistible me sacó de la resignación que me inmovilizaba. Apretando los puños, decidí defenderme.

-Márchese de aquí -ordenó-. Le esperan en el bazar, en Khan el-Khalil. El vendedor de libros.

Envainando de nuevo su sable, se alejó de mí como si yo hubiera dejado de existir.

Khan el-Khalil era la más famosa y la más obstruida de las entradas del bazar. Una multitud de puestos casi cortaban su acceso. Vendedores de tortas, mendigos, fumadores de narguiles, borriqueros se entremezclaban en un continuo tumulto, modulado como una oleada inagotable. Unos confiteros increpaban a unos atletas que, al demostrar su aptitud para levantar bloques de piedra, impedían que la clientela se acercase al puesto. Un fabricante de chinelas de cuero rojo se divertía con el incidente.

Ningún librero a la vista. El fabricante se acercó a mí.

-Se juzgan los actos de los hombres según sus intenciones -dijo-, y a cada hombre su recompensa según sus intenciones.

Enunciaba el proverbio inscrito en la puerta de los barberos.

-¿Cuáles son las tuyas? -pregunté.

Apartó las hileras de chinelas, revelando una serie de libros encuadernados en rojo.

-Coja uno.

Tomé un ejemplar del Corán.

-El de al lado le interesará mucho más.

Obedeciéndole, ¡descubrí un relato de viaje escrito por un veneciano que había visitado Egipto en el siglo XVII y redescubierto Tebas! Me sumí en una lectura apasionada, pero el librero-zapatero me golpeteó el antebrazo. Alcé la vista y divisé en la multitud de paseantes una silueta familiar: ¡Drovetti!

Vestido al estilo turco, caminaba con su aire marcial y decidido, sobresaliendo en la indolencia de los orientales.

Olvidando el libro del veneciano, me lancé en su persecución, decidido a no perderle de vista y a hacerle rendir cuentas. Así que Rosellini no se había equivocado. ¿Por qué había ido el cónsul general a El Cairo al mismo tiempo que nosotros?

Un cortejo nupcial afluyó sobre mí. Inmovilizándose en medio de la callejuela, unos jóvenes levantaron un quiosco con cuatro varas de madera y una franja de tela como techo. Unos tamborileros se desenfrenaron mientras se colgaban unas linternas y se disponían unos banquillos para que descansaran los invitados. Sirvieron café a los transeúntes que tomaron parte en la fiesta. Aquel despliegue de alegría me metió en un apuro, pues Drovetti aprovechó para desaparecer. Colándome entre hileras apretadas, esforzándome por no empujar a nadie y por no mostrarme impaciente, conseguí franquear el obstáculo.

Lady Ophelia Redgrave surgió ante mí.

Su vestido malva formaba una mancha incongruente en medio de las galabiehs marrones. Inmóvil, en el centro del remolino de los transeúntes, me estudió con una mirada inquieta.

-¿Qué hace usted aquí?

-Soy yo quien debería preguntárselo. ¿No acaba de divisar al cónsul general Drovetti?

Confusa, vaciló.

-No, claro que no... Drovetti no está en El Cairo. Se ha quedado en Alejandría.

La callejuela era demasiado estrecha para que no viera a Drovetti. Seguramente habían tenido tiempo para intercambiar algunas palabras. Ahora estaba convencido de que se habían citado en el bazar, ocultos en el gentío. Mi presencia debió molestarles.

-¿Me ha mandado usted una carta, en Francia, antes de que saliera nuestra expedición?

Sus hermosos ojos verde claro se tiñeron de sorpresa.

-Nunca he tenido el gusto de escribirle -contestó con ligera ironía.

Lady Redgrave tenía excepcionales dotes de comediante, pero la situación real se aclaraba. La inglesa y Drovetti habían concluido un pacto contra mí, comisionados por mis adversarios europeos, decididos a impedir que verificara mis descubrimientos sobre el terreno. Drovetti me observaba a distancia, tomando las disposiciones necesarias para entorpecer cualquier progreso, mientras que lady Redgrave efectuaba su trabajo de espía junto a mí. Tendida de aquel modo, la trampa no dejaría escapar su presa. De Egipto sólo saldría un Champollion destrozado, vencido y ridiculizado. Estaba condenado a fracasar o a morir en esta tierra sin haber transmitido al mundo el fruto de mis trabajos.

-Le veo muy preocupado, señor Champollion. ¿Aceptaré servirme de guía en este dédalo? Sólo usted podría hacerme descubrir las maravillas que se ocultan bajo los oropeles y las falsas piezas de orfebrería.

Su sonrisa me desarmó. Unas oleadas humanas nos rodeaban, sin chocar con nosotros. Formábamos un islote de inmovilidad en el seno de aquel movimiento inagotable. Aunque mis prevenciones hacia lady Redgrave permanecieron igual de vivas, no tuve el valor de rechazar su pedido. Dándome el brazo, me llevó a las profundidades del zoco, hacia el barrio de los orfebres. Allí se mezclaban miserables

imitaciones y pequeñas obras de arte hechas por artesanos para quienes el tiempo no contaba. Prescindiendo totalmente de mis consejos para distinguir lo auténtico de lo falso, lady Redgrave eligió un brazalete de oro adornado con lapislázuli cuyo color azul evocaba el cielo nocturno de Egipto donde aparecen las miríadas de estrellas, refugios de las almas de los faraones difuntos.

Mientras ella examinaba la joya regateando su precio, según la regla local, mi corazón se estremeció. ¡El bloque de piedra que servía de mesa al orfebre comprendía una decena de jeroglíficos, grabados en el estilo tan puro del Antiguo Imperio! Interrumpiendo el regateo, supliqué al artesano que me dejara contemplar aquella piedra más preciosa que ninguna. Intrigado, el buen hombre aceptó, quitando herramientas, joyas y balanza que atestaban el augusto vestigio.

Palidecí. Había una tarjeta, ese óvalo acabado en un bucle en el cual estaban inscritos los nombres de los faraones.

-Se lo compro -le dije al orfebre.





Éste no aceptó.

-¿De dónde procede esta piedra?

-Pertenece a mi familia desde hace varias generaciones. Es nuestro talismán. Nos protege y nunca saldrá de nuestro taller.

Conocía demasiado la fuerza de la superstición para crearme capaz de vencerla. Aquel bloque extraordinario estaba perdido para siempre para la ciencia. En cuanto nos fuéramos, el orfebre se encargaría de esconderlo rápidamente en algún lugar inaccesible.

-¿Qué le revela esta inscripción? -se inquietó lady Redgrave mientras yo copiaba los jeroglíficos.

-¡Una nueva prueba de mi sistema de desciframiento y el recuerdo de uno de los mayores reyes que la tierra ha conocido! Mire... este tamiz  se transcribe *kh*, este polluelo de codorniz  *ou*, esta cerasta  *f* y de nuevo el polluelo, *ou*... usted lee como yo:  Khoulou, el nombre del faraón que los griegos han llamado Keops y cuyo nombre egipcio significa «Que Dios me proteja».

-¿El constructor de la gran pirámide?

-El mismo.

-¿Esta piedra proviene de su monumento?

-Sin duda. Algunos viajeros afirmaban que buena parte de El Cairo había sido construida con bloques arrancados de las pirámides... Me temo que ésa sea la horrible realidad.

Lady Redgrave estaba emocionada. A pesar del autodominio que mostraba en cualquier circunstancia, comprobé que mi demostración le había al menos conmovido. Por primera vez, sin duda, brotaba en su mente la idea de que yo no era un estafador ni un fantoche.

-Si Dios ha protegido a Keops -dijo con gravedad-, ojalá pueda mostrarse igual de generoso con nosotros.

Visitamos los zocos hasta el anochecer, momento en que los vigilantes turcos cerraron las puertas del bazar ante las cuales se quedarían de guardia hasta el amanecer siguiente. En Oriente, la noche cae en unos pocos minutos. Con ella viene el silencio. La marea humana desapareció. Los perros salieron de su torpor para recorrer las calles en busca de algo que comer. Los cafés se iluminaron de linternas, igual que los tenderetes que permanecían abiertos. Los guardianes de las residencias ricas dispusieron camas de palmas en el umbral de las casas que tenían que proteger contra los ladrones.

Se tumbarían en ellas y dormirían hasta el amanecer. Unas llamadas de almuecines atravesaron el aire tibio, invitando a los creyentes a la oración.

Me pareció que lady Redgrave apretaba mi brazo con más fuerza. Embriagado con la suavidad de la noche egipcia, bañado en sus perfumes, turbado por la presencia de una enemiga demasiado seductora, olvidé por un momento las exigencias de mi búsqueda. La felicidad pasó a través de mí como un soplo de viento, como esa brisa refrescante de la que los antiguos egipcios disfrutaban hasta lo más recóndito de su ser, cuando se atenuaba el ardor del sol.

Pero ¿qué me reservaba el día de mañana?

Dos días después de nuestra llegada a El Cairo, donde estábamos cómodamente alojados en las villas del barrio europeo, ofrecí a mis acompañantes una fiesta que duró, según la costumbre, desde las seis hasta medianoche. Sólo el padre Bidant se negó a tomar parte en ella, convencido de que lo esencial de estos festejos consistía en diabluras licenciosas. Me dirigió amargos reproches sobre mi comportamiento, acusándome de dejarme corromper por las costumbres orientales. Siendo mis protestas papel mojado, ignoré las amonestaciones del buen padre que se equivocaba sobre la naturaleza de aquellas distracciones cairinas. Respecto a las diabluras, sólo tuvimos derecho a un largo recital de la cantante Nefise, el ruiseñor de El Cairo, ídolo de todo un pueblo. Para unos oídos europeos, acostumbrados a escuchar armonías pulidas, la prueba fue ruda. La melopea lancinante, de inflexiones lánguidas, acabó sin embargo por fascinarnos e incluso por sumirnos en una especie de beatitud.

¿Cómo no pensar en los músicos de los faraones, en las bellas sacerdotisas músicas y cantantes cuya voz estaba destinada a encantar a los dioses? Aquellos hechizos alejaban el alma de las banalidades de este mundo y, con la magia de los sonidos, la sumergían en lo sagrado.

El padre Bidant no estaba del todo equivocado: Oriente empezaba a apoderarse de nosotros.

Aquella fiesta fue la ocasión para presentar los miembros de la expedición a las personalidades influyentes de El Cairo, cuya estima, poco a poco, nos estábamos ganando. La más importante de ellas no era la más brillante; se trataba de un médico armenio, Botzari, pequeño de estatura, negro de piel y agudo de ingenio. Por las atenciones que le prestaban, era fácil comprender que tenía entre sus manos el destino de muchos notables.

En el transcurso de las conversaciones, me enteré de que ocupaba el envidiado cargo de primer intriguante del pacha y que ningún asunto importante era resuelto sin su acuerdo.

Mientras me preguntaba cuál sería el mejor modo de abordarle, se acercó a mí, burlón.

-Salgamos al jardín, señor Champollion. Allí estaremos tranquilos para conversar.

Quien no ha conocido la calma de un jardín oriental, en una noche de verano, ignora que el paraíso existe en la tierra. Allí se mezclan los perfumes de las rosas con los de los majaguas y los tamariscos; un agradable frescor sube del suelo regado por los jardineros al anochecer. Uno se pone a soñar con un universo donde el ser humano sabría de nuevo fraternizar con la flor más humilde.

El médico armenio no se dejó llevar por sentimientos tan bucólicos. Para él, El Cairo era una ciudad de negocios donde ejercía su poder.

-¿Está satisfecho con su estancia, señor Champollion?

-Cada día que pasa es una revelación.

-Su reputación no deja de crecer... ¿Sabe qué apodo le han puesto?

-Lo ignoro.

-Le han otorgado varios títulos: «hijo de faraón», «el hombre que lee los signos mágicos»... El que prefiero es el más sencillo. Le llaman a menudo El Egipcio, como si hubiera nacido en esta tierra y no la hubiera dejado nunca.

Las palabras de Botzari me estremecieron. Me parecían casi pavorosas, revelándome aspectos misteriosos de mi destino sobre los cuales me negaba a reflexionar.

-Eso sólo es poesía -contesté con escasa convicción.

-Desconfíe de este país -dijo el armenio con gravedad-. Los árabes no han logrado apagar las antiguas divinidades. Todavía están muy presentes gracias a estas innumerables piedras grabadas cuya clave, según afirman, sólo usted posee. Guarda un tesoro temible, señor Champollion. ¿Se imagina bien la consecuencia de sus actos?

A la sorpresa de oír un discurso teológico en la boca de un intrigante sucedió el furor. ¿Con qué autoridad acusaba aquel médico mis investigaciones?

-Señor Botzari, el desciframiento de los jeroglíficos es ahora ineluctable. Nadie impedirá que se pague pronto este tributo a la ciencia.

Una musaraña, con un gracioso salto, huyó velozmente delante nuestro. Pensé con curiosidad que el pequeño animal, enemigo jurado de las serpientes, era una de las encarnaciones de Atoum, el gran dios creador de los antiguos egipcios.

-La ciencia, señor Champollion, no es más que otra ilusión.

El hastío que había en la expresión del armenio hizo por un momento vacilar mis certidumbres. ¿Tenía yo realmente la misión, en esta tierra, de leer de nuevo la lengua de los dioses, de sacar del olvido la mayor de las civilizaciones? ¿No era aquello una loca pretensión?

-Olvide su ciencia, señor Champollion -me recomendó-. No le servirá de nada cuando llegue el momento de las grandes pruebas.

Reconfortado, sonreí.

-Ahí se equivoca. Es mi mejor aliada desde mi infancia. No hay tormento que no haya superado trabajando con mis queridos jeroglíficos.

Botzari dejó de caminar y me miró con unos ojos penetrantes, hurgando en mi alma con su mirada.

-Tiene usted mucha suerte -concluyó-. Interrumpa aquí su viaje.

-¿Por qué?-me indigné.

-No logrará evitar todos los peligros que le acechan.

-¿Cuáles son, si puede saberse?

-Regresemos-exigió.

El armenio había conseguido estropearme aquella noche melosa. La angustia me oprimía el corazón. Las amenazas proferidas por aquel hombre tranquilo, de espíritu sereno, tenían un siniestro sabor.

En el umbral de la gran mansión se detuvo, pensativo.

-Usted conoce mejor a los antiguos egipcios que los nuevos amos de este país, señor Champollion. Sus investigaciones les están resultando molestas. Las antigüedades no sólo interesan a los sabios. Deje pues que la corrupción humana recubra las ruinas y las entierre. Egipto sólo puede ofrecerle la muerte.

-Estoy aquí para hacer revivir el antiguo Egipto a cualquier precio.

Me miró de soslayo.

-No diga que no se lo advertí. Mañana me vuelvo a Alejandría. Adiós entonces, señor Champollion.

El armenio desapareció. Cuando me reuní con mis compañeros de viaje, echados sobre unos cojines de seda y fumando narguiles, no pude disimular mi turbación. L'Hote la notó. -¿Algo va mal, general?

-No, no...

-¿Una mala noticia?

-Sí y no. He encontrado a un mensajero del más allá.

-¡Ahí están, ahí están! -gritó el profesor Raddi, de pie sobre el tejado de la cabina del *Hathor*, descubriendo las famosas canteras de Tourah, de donde los antiguos extraían la caliza más bella del país.

Los gritos de entusiasmo del mineralogista habían despertado al equipaje de los dos barcos y a los *fellahs*¹ todavía dormidos en sus chozas de encañizada, en la orilla donde acostamos. Durante la noche del 30 de septiembre, había reunido a mis compañeros a bordo del *Isis* para explicarles mis proyectos: explorar esta asombrosa región donde habían salido la necrópolis de Menfis y todos los grandes edificios de esta ciudad. Ningún obstáculo, ni siquiera un calor agobiante, nos detendría. Teníamos la suerte de entrar en el vientre de piedra donde había nacido el Egipto de los constructores. Tensos, casi nerviosos, decidimos acostarnos temprano.

No logré conciliar el sueño antes de las dos de la mañana. Como los demás, fui despertado por el estallido de alegría del buen profesor. Durante este breve reposo, soñé con canteros extrayendo bloques destinados a los templos. Creí revivir sus gestos, sus esfuerzos, sus sufrimientos. Me convertía en sus manos. Raddi me sacó de esta visión pero, gracias a él, gocé de una dicha indecible: pasar de un sueño a una realidad que, también ella, tenía el encanto de un sueño espléndido. ¡Tourah! Estaba realmente en Tourah, cerca de aquel horizonte calcáreo donde aún soplaban el viento de la eternidad.

A las cinco de la mañana nos reunimos en la orilla, delante de los barcos. Lady Redgrave, levantada antes que nosotros, esperaba, montando un burro gris. Vestida de verde, llevaba un sombrero blanco de ala ancha. Me acerqué a ella.

-Señor, no es...

-No malgaste sus palabras, señor Champollion. Ya sé lo que va a decir: no es lugar para una mujer. No intente demostrarme semejante tontería. Quiero conocer todo lo referente a este país.

No había manera de hacerle cambiar de opinión. Disgustado, pasé delante de ella, siguiendo al profesor Raddi, que no había aflojado su vigilancia. Tendría que haberme sentido muy irritado; en el fondo, estaba más bien satisfecho de no verla alejada de nuestra pequeña comunidad.

-Parecen enormes cuarteles destinados a un ejército de gigantes -declaró Néstor l'Hote, descubriendo las canteras desde lo alto de una cresta rocosa-. Allí -dijo señalando con el dedo unas excavaciones en la roca- hay puertas y ventanas.

Nos sentíamos abrumados por la amplitud de la tarea. ¿Cómo explorar semejante inmensidad? Atribuí a cada uno de mis compañeros un sector de excavaciones, para cubrir el mayor territorio posible. Rosellini, poco dado al trabajo físico, protestó vagamente. Néstor l'Hote, encantado de utilizar su exceso de fuerza, repartió unos silbatos. Quedamos en que cualquiera que efectuara un hallazgo importante utilizaría el instrumento para avisarme.

-Creo que se ha olvidado de mí -intervino lady Redgrave.

-Señora, no es...

No me atreví a terminar mi frase. El regocijo que brillaba en su mirada me cubrió de ridículo a mis propios ojos. Acercó su mano para recibir un silbato y se dirigió al sector que le había otorgado.

¹ Aldeano o campesino egipcio. (N. de la T.)

El profesor Raddi trabajaba en un estado cercano al delirio. Palpaba cada bloque, lo examinaba con ternura, introducía unos cascajos en un saco grande, inconsciente del peso que acumulaba. El calor aumentaba muy rápidamente, disminuyendo el ardor de mis compañeros. El mío no declinó. Tomé el dibujo de muchas inscripciones que databan de las épocas más remotas y recordaban el nombre de los que habían trabajado en aquellos lugares.

Un silbido.

Este provenía del sector de lady Redgrave. Pensé inmediatamente en un accidente y, sin preocuparme demasiado del peligro, corrí sobre una cresta calcárea para alcanzarla.

-¡Cuidado, general!-gritó L'Hote.

Su advertencia me dejó paralizado. Un fragor sordo llenó mis oídos. Levanté la cabeza y vi rodar cuesta abajo hacia mí un bloque enorme. Instintivamente, retrocedí, a riesgo de desnucarme unos veinte metros más abajo. El bloque pasó muy cerca, salpicándome de polvo. Protegiéndome los ojos, seguí con la mirada el final de su loca carrera en el fondo de la cantera.

-Por aquí -indicó L'Hote tendiéndome la mano.

Llegué a una plataforma y recobré el aliento. Los latidos de mi corazón se calmaron.

-De buena se ha librado, general.

-¿Dónde se encuentra lady Redgrave?

-Allí.

De pie sobre un promontorio, resplandeciente de belleza en la violenta luz blanca que parecía nacer de la roca, mezclándose al oro del sol, nos miraba. ¿No había planeado un crimen? ¿No había intentado atraerme a una trampa mortal? Necesitaba estar seguro. Con las piernas todavía vacilantes, la alcancé.

-¿Dónde está su hallazgo? -ironicé.

-Delante de usted -contestó sin inmutarse, señalando una pared muy lisa sobre la cual estaba grabado un episodio raro, la construcción de un monolito.

La firmeza del trazo me llenó de admiración. Saqué inmediatamente mi cuaderno para grabar la escena.

-Al lado -añadió- está el nombre del faraón Psamético.

Estupefacto, dejé de dibujar.

-¿Cómo ha conseguido leerlo?

-Utilizando su método -respondió con la sonrisa más encantadora.

-Imposible.

-¿Y por qué, señor Champollion?

-Porque sólo yo conozco la totalidad de mi método.

-¿No sabe que yo poseo un sexto sentido? Perdóneme, me siento algo cansada.

Regreso al barco.

La miré alejarse, aérea, como una diosa nacida del océano de frescor que, según los antiguos, rodeaba la tierra.

Estaba claro que había figgado en mi camarote y consultado mis papeles.

Almorzamos en una sala tallada en la misma roca, habilitada durante el reinado del faraón Ahmosis, fundador de la XVIII dinastía que iba a hacer de Tebas el centro del mundo. Cada uno hacía el balance de sus descubrimientos. Rosellini había recobrado su buen humor.

-No había atribuido a nadie el sector escarpado de donde rodó el bloque. ¿Estaba alguien trabajando allí en el momento del incidente?

-El padre Bidant -contestó Rosellini-. Quería ver la cantera desde su punto más elevado.

El religioso, con la espalda arrellanada contra la pared del fondo de nuestro extraño comedor, había iniciado una siesta. Parecía estar profundamente dormido. Me pareció inútil despertarle. ¿Cómo habría podido el padre Bidant concebir un acto criminal? La imaginación es mala consejera.

Un cañonazo rompió la tranquilidad de un mediodía ardiente. Salimos para descubrir un curioso espectáculo: un centenar de fellahs y unos veinte jinetes, guiados por un jeque entrado en años y barbudo, con un turbante verde oliva. El conjunto de esta muchedumbre lanzaba chillidos. Nuestra curiosidad se transformó en estupor cuando vimos a los fellahs tumbarse en tierra cara abajo pegados los unos a los otros, formando una auténtica carretera humana ofrecida a los cascos de los caballos que se disponían a lanzarse sobre ella.

El jeque pasó el primero. Los fellahs soltaron alaridos de dolor bajo el peso del cuadrúpedo que aplastaba los cuellos, la espalda, los riñones. Horrorizado, quise correr hacia el lugar del suplicio, pero mi sirviente Solimán me cortó el paso.

-No intervenga. Estos hombres son voluntarios para el rito de la Doseh. Los que tienen la suerte de quedar gravemente heridos ven sus pecados redimidos.

De la carretera humana subía una letanía, «Alá, Alá», que emergía con pena de un concierto de gemidos. Los cascos sin herrar rompían los huesos, abrían las carnes, pero nadie huyó antes de que pasara el último jinete. Lady Redgrave, que había vuelto del barco para almorzar con nosotros, se aferró a mi brazo. Como yo, era incapaz de despegar su mirada de aquella ceremonia abyecta donde la sangre era derramada en nombre de las más locas creencias. ¡Qué lejos del Egipto de los faraones estaba el Egipto moderno!

Los desdichados, más o menos lisiados, se levantaron con dificultad. Sus ropas estaban manchadas de sangre. Aún les quedó fuerza para inclinarse ante el jeque del turbante verde. Cada uno retomó después su camino hacia El Cairo, los cojos sosteniéndose mutuamente para caminar.

-¡Queda uno!-exclamó lady Redgrave.

Una forma alargada, en un hueco. Sus vestimentas ya sólo eran sangre y arena. El rostro del hombre estaba profundamente hundido en el suelo.

La nuca rota.

Cuando L'Hote le dio la vuelta para comprobar su muerte, me llevé una horrible sorpresa. Reconocí al vendedor de pistachos que me había aconsejado, en el bazar de El Cairo. Sus muñecas estaban atadas con una cuerdecilla. Él, al menos, no era voluntario para entrar tan pronto en el paraíso de Alá. Mis misteriosos adversarios no habrían podido ofrecerme una advertencia más espectacular.

El triste descubrimiento de las ruinas de Menfis, la más antigua capital de Egipto, no hizo más que aumentar la melancolía que se había apoderado de nuestra pequeña comunidad. No dije ni una palabra a nadie sobre la identidad de la víctima de la Doseh. Ya no sabía en quién podía confiar. Incluso mi sirviente Solimán, que no me dejó intervenir, me parecía sospechoso. ¿Qué había sido de la inmensa ciudad rodeada de un muro blanco, aquella que llamaban la Balanza de las Dos Tierras? Sólo veíamos una extensión de agua de donde emergían altas palmeras. Hacia finales de la Edad Media, los templos todavía seguían arrancando gritos de admiración a los viajeros árabes más hastiados. Hoy ya no queda ni un solo bloque. Los bárbaros modernos lo habían saqueado todo. Sin intentar atenuar la consternación de mis compañeros, seguí a Solimán, que me llevó hasta un coloso de Ramsés II, al sur del antiguo recinto, fuera del

alcance de las aguas de creciente. Las piernas estaban destrozadas pero, del rostro y del torso intactos, emanaba una nobleza que me sobrecogió. Sólo con verla recobré una energía que creía perdida.

-Admirable, comentó Rosellini.

-Mucho más que eso, amigo. Me acuerdo de la aversión que me inspiraron, en Roma, las enormes cabezas de los emperadores, que fueron otros tantos verdugos y tiranos. Sólo eran horrores vulgares. Los egipcios son los únicos que han sabido unir lo grandioso y lo humano. A una escala tan grande, el menor error de detalle se convierte en una falta capital. El escultor ha tenido la sensatez de expresar sólo lo estrictamente necesario, sin excluir la elegancia, la gravedad y la sonrisa. Es esa sabiduría con la que nos alimenta.

Las palabras me habían venido espontáneamente a la boca. Casi me dio vergüenza expresar así mis sentimientos, pero tenía la certeza de intuir uno de los secretos del arte de los antiguos egipcios. Permanecí solo durante varias horas en compañía del coloso, manteniendo un diálogo mudo con el único superviviente del naufragio de Menfis.

Sentándose sobre el pecho de Ramsés, lady Redgrave interrumpió mi meditación.

-¿El viejo Egipto es su único amor, señor Champollion?

Me sobresalté.

-Vamos, señora, Saggarah nos espera.

Esta tierra de Egipto, por la que suspiraba desde hacía tanto tiempo, me trata como una madre cariñosa. Aquí conservaré, a lo que parece, la buena salud que traigo. Bebo agua fresca a discreción, y esta agua es la del Nilo, que nos llega por el canal llamado Mahmoudieh en honor al pacha que lo hizo cavar. Mi sirviente Solimán y los árabes de la tierra aseguran que en todas partes me toman por un nativo de Egipto. A la práctica de la lengua, que pienso dominar completamente dentro de un mes, hay que añadir mi forma de vestir: turbante sobre la cabeza afeitada, chaqueta con bordados dorados y chaleco de seda a rayas, cintura drapeada con la misma tela, pantalones bombachos, chinelas rojas. Un hermoso bigote cubre mi boca. Este traje es muy caliente y eso es precisamente lo que conviene en Egipto; uno suda a gusto y se encuentra igualmente bien.

Ya estoy familiarizado con los usos y costumbres del país: el café, la pipa, la siesta, los burros, el bigote y el calor, corroborando lo que me dijo mi cuñada, Zoé, el día de su boda con Jacques-Joseph: «Tiene la tez demasiado morena. ¡Blanquéese por lo menos la cara para la ceremonia!».

Sólo Néstor l'Hote se ha ajustado como yo a la moda local. Rosellini guarda una reserva prudente, conservando huellas de Europa. El padre Bidant ha jurado que no se desprendería de su sotana. El profesor Raddi duda entre lo turco y lo italiano, vistiéndose al capricho de sus hallazgos matutinos. En cuanto a lady Redgrave, utiliza un guardarropa sabiamente oriental, logrando milagrosamente unir la elegancia a las exigencias de lo cotidiano. Nadie se atreve a molestarla, ya que con nuestras ropas, L'Hote y yo parecemos sus dos guardias de corps.

La llanura muerta de Saggarah sembró el terror entre los miembros de la expedición. Habíamos dejado los dos barcos anclados delante de Bedrachein para aventurarnos en un desierto árido, el antiguo cementerio de Menfis, salpicado de pirámides destruidas y de tumbas violadas. El campo de las momias, como lo llaman los árabes, está formado por una serie de montículos de arena, productos de excavaciones ciegas y de rapiñas, todo ello puntuado con osamentas humanas. Las tumbas, adornadas

con esculturas, están casi todas devastadas o rellenas después de haber sido saqueadas. La barbarie rapaz de los vendedores de antigüedades se ha ejercido aquí con una ferocidad extrema.

Un perfume de final de los tiempos me subió a la cabeza. Colocamos la tienda en medio de aquella inmensidad fría, poblada de beduinos de rostro cerrado. Logrando comunicar con ellos, conseguí obtener sus servicios. Se ocuparon de faenas domésticas y montaron la guardia delante de nuestro campamento, tanto de día como de noche. El jefe local, jeque Mohamed, incluso me dio prueba de un auténtico afecto.

La soledad nunca me pareció tan penosa como en Saggarah. Lady Redgrave, a quien mis beduinos habían otorgado un magnífico alazán, pasaba la mayor parte de su tiempo a caballo. Cuando el calor apretaba, dormía. Durante las comidas, platicaba alegremente con mis compañeros.

No me ha dirigido la palabra desde hace tres días. El padre Bidant, sin duda sintiendo la presencia de los demonios del desierto, no deja de leer las Sagradas Escrituras que terminará sabiendo de memoria. Ha intentado evangelizar a un joven beduino, pero sus esfuerzos han sufrido un humillante fracaso. Néstor l'Hote se divierte como un cachorro loco. Brinca de pirámide derrumbada en tumba devastada, penetra por todas partes, sigue a cualquier guía benévolo y me trae un montón de croquis de los cuales sólo una ínfima parte tendrá un valor científico. Creo que es preferible dejar expresarse así su dinamismo para poder controlarle mejor más tarde. El profesor Raddi ya no sale de su estado de éxtasis. El desierto es su reino. Le basta con inclinarse para recoger tesoros. Creo que está reconstituyendo la historia geológica de esta tierra y, quién sabe, del planeta entero. Rosellini está encantado; se pasa el día negociando con los indígenas y ya ha adquirido varias piezas muy hermosas, entre ellas un sarcófago, para el museo de Turín.

Por la noche, los beduinos se reúnen alrededor de nuestra tienda. Llegan de todas partes como sombras silenciosas y encienden pequeñas hogueras. Se cuentan historias de aparecidos, leyendas, hazañas guerreras. Mis compañeros, cansados de trabajar, se duermen temprano. Lady Redgrave se retira a su tienda privada vigilada por Solimán.

Ya no consigo conciliar el sueño. Me obsesiona la visión de vendas de momias, osamentas rotas, cráneos blanqueados por el rocío del desierto. Mi viaje apenas está comenzando, aún estoy lejos de Tebas y ya toco la nada con la punta de los dedos. Ninguna inscripción decisiva me ha permitido todavía poner definitivamente a punto mi sistema de desciframiento. No he identificado el camino que lleva al conocimiento de la vida en eternidad tal como la comprendieron los antiguos egipcios. ¿Y qué pensar de las dos misteriosas cartas cuyos autores todavía desconozco?

Me alejé de nuestro pequeño campamento, aventurándome en el desierto. Aquella noche me pareció de pronto menos hostil. Las dunas se veían como las olas petrificadas de un océano para siempre inmóvil. ¿No dormirán maravillas del pasado bajo esta costra inerte? Sentí un hormigueo en las piernas, indicándome que uno de los corazones de mi viejo Egipto aún latía en aquellos lugares desolados. ¿Cuántas toneladas de arena y de piedras habría que despejar para sacar de nuevo a plena luz los tesoros que dormitaban bajo mis pies?

La luna llena iluminó con su intenso resplandor un declive profundo, en cuyo fondo yacían unos bloques esparcidos. Mi instinto de excavador me ordenó explorarlo. El tamaño de las piedras indicaba que se trataba de un edificio imponente, tal vez de una pirámide. Mi pie chocó contra un pequeño fragmento de caliza en el que estaba conservada una tarjeta, al estilo de las épocas remotas. Descifré inmediatamente el nombre inscrito en el interior: Ounis.

Acababa de descubrir un faraón desconocido.

El 8 de octubre, de madrugada, nuestra caravana se detuvo ante la gran esfinge, guardián de la planicie de Gizeh y de las tres grandes pirámides, formas perfectas inscritas para siempre en la eternidad de los hombres. Estábamos todos agotados, después de haber caminado parte de la noche en el desierto, tanto para evitar el calor como para gozar de la luz fresca de aquellas soledades tranquilizadoras. Una bandada de beduinos se precipitó hacia nosotros, ofreciendo dátiles, agua y pan. Recibimos aquellos regalos con sincera satisfacción, pero tuve que recordar a mis compañeros la presencia de una dama entre nosotros para que lady Redgrave fuera servida la primera.

Nuestros siete camellos de albarda, reagrupados ante la gran esfinge, disfrutaron de un descanso bien merecido. Un trago de agua fresca bastó para calmar mi sed, pues estaba demasiado fascinado por la majestuosidad vigilante de la esfinge y el poder de los tres gigantes de piedra.

Me quedé durante largos minutos delante de aquellas tumbas. Cuanto más las contemplaba, más parecían crecer, arrastrándome con ellas hacia el cielo. Los más inmensos monumentos que han salido de la mano de los hombres, ¿no eran, como lo habían afirmado Voltaire y otros genios, sólo edificios en honor a la nada? La admiración que yo sentía me demostraba lo contrario. Y de pronto, comprendí. Aquello no eran montones de piedras, absurda demostración de vanidad temporal, sino cantos de inmortalidad. Las pirámides no son tumbas, sino moradas de resurrección. Sí, el hombre no es nada, sólo polvo. Pero su espíritu es luz. Para cobijarlo, hacía falta una morada a su medida y de la misma naturaleza.

-Habría que desmontar estas pirámides piedra por piedra -opinó el profesor Raddi-. Estoy seguro de que su núcleo tiene que ser interesantísimo.

-¡Qué monstruosa expresión de la más loca de las vanidades! -juzgó el padre Bidant.

Me lo llevé inmediatamente a un lugar apartado, mientras Rosellini empezaba a regatear sus futuras adquisiciones y Néstor l'Hote dibujaba la cabeza de la esfinge. Lady Redgrave, sentada bajo un quitasol sostenido por Solimán, dormitaba.

-Padre, estas críticas no tienen ningún sentido. Ya que tiene la desgracia de odiar Egipto, concédanos al menos la gracia de callarse.

Una mirada de halcones bailaba en corro alrededor de las cumbres de las pirámides. El religioso evitó mi mirada.

-No sea insolente -replicó-. No tiene que dictarme mi conducta. Soy yo, al contrario, quien debe vigilar la suya. ¡Mírese, Champollion! ¡Ya no tiene nada de un hombre de buenas costumbres! Si sigue dejándose seducir por este país lleno de demonios, pronto perderá toda religión y será el más pernicioso de los sabios.

-Juntos llevaremos el luto, padre. La vanidad que atribuye a los faraones sólo existe en sus pensamientos. Estos inmensos monumentos son símbolos. ¡Mírelos de frente! ¿Acaso no barren nuestra mediocridad, nuestras pequeñeces, nuestra miserable humanidad?

El padre Bidant se encogió de hombros y se alejó, refunfuñando. L'Hote me tiró de la manga.

-General... ¡venga rápido! No se pierda esta experiencia.

Le seguí sin pensarlo. Izado por su poderoso brazo y el de un beduino ágil como un mono, escalé a pesar mío una arista de la mayor de las tres pirámides, la de Keops. Sus bloques formaban unos peldaños gigantescos. Al principio entusiasmado por aquella ascensión, cometí el error, a media pendiente, de darme la vuelta y mirar hacia abajo. El corazón se me salió del pecho, me quedé sin aliento y me tambaleé. Para

escapar al vértigo, cerré los ojos y me pegué a la pared. Me sentía incapaz de avanzar o retroceder, incluso de pedir socorro.

-¡Suba, general! -clamó L'Hote, mucho más arriba que yo.

Me quedé inmóvil. Una ola de terror me invadió. ¿Me había traído L'Hote hasta aquí para que me diera un patatús y me rompiera el cuello del modo más natural? ¿Pero cómo se habría enterado de mi sensibilidad al vértigo? Una mano se posó sobre mi hombro. Por un momento, creí que me empujaba al vacío.

-¿Se encuentra bien, general?

-Me siento mal-farfullé sin abrir los ojos.

-¿Ha mirado hacia abajo?

Asentí con la cabeza.

-Es una imprudencia, general. Déjese guiar. Admirará el paisaje desde allá arriba. Estoy seguro de que ya no tendrá vértigo. Coja mi mano, suba y piense sólo en las pirámides.

Débil como un niño, me encomendé a la voluntad de L'Hote. Los bloques de piedra se convertían en mi refugio, último recurso entre mi cuerpo jadeante y el vacío. Tocarlos me reconfortaba. A ciegas, llevé a cabo la ascensión con un pie muy firme, centrando mi energía únicamente en la meta a alcanzar: la cima.

-Hemos llegado, general.

A ciento cuarenta metros por encima del suelo, en el coronamiento del más gigantesco edificio concebido por un espíritu humano, abrí por fin los ojos, disfrutando de una visión incomparable. Al este, el borde de la planicie de Gizeh, el Nilo y los rumores de El Cairo; al oeste, el desierto. Al norte, las pirámides de Abbu Roach. Al sur, Abusir, Saqqara y las dos gigantescas pirámides de Dahchour erigidas por el buen rey Snefru. Era la obra del Antiguo Imperio lo que se ofrecía así, un pueblo de piedras alzadas hacia lo absoluto.

-Ya sólo nos queda cerrar el pico -dijo L'Hote, fascinado.

El guía beduino se durmió, con la cabeza sobre las rodillas. L'Hote dibujó. Yo contemplé. Permanecemos más de dos horas en la cima de la pirámide de Keops, en el lugar donde debería encontrarse el piramidión. Los antiguos no habían querido terminar la obra, por muy prodigiosa que fuera. La última piedra sólo pertenecía al Creador.

Al anochecer de aquella jornada tan exaltante como extenuante, nos reunimos en el límite del desierto y de las tierras cultivadas, bajo un bosquecillo de acacias, invitados a una comida presidida por el jeque Mohamed.

-No hay más Dios que Dios -declaró, tras habernos rogado que nos sentáramos en unos cojines pobremente bordados pero cómodos.

La comida sólo consistía en unas tortas de cebada; la amistad suplió la austeridad del alimento.

-He pasado unas horas magníficas -dijo en voz baja lady Redgrave, a mi izquierda.

-No esperaba volver a oír el sonido de su voz -le reproché.

-¿No sabe que una mujer se marchita con la soledad?

Mi vecino de la derecha, un beduino, me rogó que mirara hacia el jeque Mohamed, que se disponía a hablar de nuevo.

-¡Bendita sea su expedición, señor Champollion! -proclamó con énfasis-. Desde Adán y Eva, todos los hombres son hermanos, pero lo ignoran. Ojalá pueda usted hacerles descubrir lo que su corazón ha venido a buscar aquí.

El jeque no pronunció más palabras, dedicándose a su comida. Me hubiera gustado interrogarle acerca de esas declaraciones enigmáticas, pero el decoro oriental

me lo prohibía. Mientras comíamos en silencio, una serie de disparos hizo que se sobresaltaran los invitados.

Los beduinos señalaban así la llegada de un jinete. Éste se introdujo inmediatamente bajo la tienda, inclinándose ante el jeque. Vestido al estilo turco, tenía el buen porte de Rosellini y la energía de Néstor l'Hote.

-¿Está Champollion aquí?-preguntó.

-Aquí estoy -dije levantándome.

-Tenía mucho interés en verle. Mi nombre es Caviglia.

¡Caviglia! Le miré como si hubiera bajado del cielo. El hombre que venía a mi encuentro era el que deseaba a toda costa conocer a lo largo de mi viaje.

Caviglia lo sabía todo acerca de la planicie de Gizeh. Once años antes, había explorado las pirámides y la esfinge, emprendido numerosas excavaciones cuyos resultados él sólo conocía. Hombre extraño, poco conciliador, se negó a conversar con los demás miembros de la expedición, queriendo dialogar sólo conmigo y a solas. Durante tres largos días, me describió sus trabajos, prohibiéndome que tomara notas, so pena de verle desaparecer. Almorzábamos y cenábamos al aire libre, consumiendo dátiles y panes traídos por los beduinos que le rendían un auténtico culto. Por la noche, dormía bajo la tienda del jeque Mohamed, cuyo campamento se desplazaba continuamente. Caviglia reaparecía a la madrugada, con una energía siempre renovada, manifestando una pasión igual que la mía por el menor vestigio de la antigüedad egipcia.

Con aquel hombre aprendí tanto en tres días como en años de estudio en las bibliotecas. Estaba a la vez triste y contento de librarme de la constante vigilancia de lady Redgrave. ¿Qué estaría maquinando en mi ausencia? ¿Por qué los perros guardianes del pacha y de Drovetti, Abdel-Razuk y Moktar, habían desaparecido? ¿Cómo evolucionaban los lazos entre los miembros de nuestra comunidad, privada de su «general»?

-Le veo muy pensativo, Champollion -observó Caviglia sentándose delante de mí.

Se estaba poniendo el sol. Bebíamos zumo de algarroba delante de la tienda del jeque Mohamed.

-Le agradezco su ayuda de todo corazón, pero...

-Pero la soledad le abruma.

-No. Pero debo desempeñar mi cargo ante los miembros de mi expedición.

En el rostro de Caviglia apareció una expresión de repugnancia.

-Vaya pandilla la suya... Bidant es un cura retorcido que sólo desea su ruina. Rosellini es un negociante, como tantos sabios falsos. L'Hote un bruto que sueña con heridas y chichones. El profesor Raddi, un iluminado peligroso. En cuanto a lady Redgrave... Todos le traicionarán, Champollion.

Enrojecí de cólera.

-¡No tiene derecho a hablar de ese modo!

-¿Ha encontrado la tarjeta del rey Ounis?

Su pregunta me pilló desprevenido.

-¿Cómo sabe...?

-En Egipto no existe la casualidad, Champollion. Ese signo ha sido sin duda colocado en su camino... Bonaparte ha vivido una aventura parecida a la suya.

-¿Cuál? -pregunté intrigado.

-Bonaparte entró en la gran pirámide en compañía de su guía. Permaneció mucho tiempo en el interior. Cuando salió, su palidez era extrema. ¿Qué ha ocurrido?,

preguntó su edecán. Nada que pueda explicar, contestó Bonaparte. Sería inútil hablar, no me creería. Además, he jurado guardar el secreto.

Aquellas revelaciones me sorprendieron. Intenté saber algo más. Pero Caviglia se mostró inflexible.

-Bonaparte sólo fue un adepto entre otros. Preocúpese de su propio destino, Champollion. Mis amigos y yo le esperamos desde hace mucho tiempo. La tradición no se ha perdido, pero sus descubrimientos son esenciales. Nos gustaría trabajar con usted.

Caviglia no abandonaba su severidad natural. Me sentía atraído, pero también sentía cierto recelo.

-¿Qué quiere de mí?

-Su conocimiento de los jeroglíficos.

-¿Y qué me ofrece a cambio?

-Claves que aún le faltan y el conocimiento de su destino -respondió, mirando a lo lejos, hacia el desierto-. Usted decide. Acuda esta noche al pie de la pirámide de peldaños de Saqqara, con la tarjeta de Ounis.

Caviglia se levantó. Creí soñar. ¿Qué significaban esos misterios? Si aquel hombre no hubiera sido un excavador famoso, le habría tomado por un ilusionista y un charlatán. Pero la gravedad de sus declaraciones y de su actitud desmentían ese juicio.

-Espere... ¿no me ha enviado usted una carta, a Francia?

Caviglia no se volvió.

-Es muy posible -admitió antes de montar en su caballo y desaparecer en el sol poniente.

Creo que la única cosa que temo en el mundo es la estupidez humana que puede hacer fracasar las empresas más nobles. Desde mi más tierna edad, me he enfrentado con lo desconocido y he intentado aceptar sus retos. El que proponía Caviglia, sin embargo, me desconcertaba. Exigía un acto de confianza más allá de lo razonable. De lo único que estaba seguro era de que Caviglia era el autor de una de las dos cartas. Pero ¿de cuál? Si no había querido dar detalles, ¿no era para poder atraerme mejor a una emboscada?

La llanura de las momias... Saqqara la angustiosa, ¿era mi última etapa en esta tierra? No me sentía dispuesto a renunciar a esta vida mientras no hubieran concluido mis investigaciones. La prudencia habría exigido que permaneciese junto a los miembros de mi expedición. Una imperiosa curiosidad me empujaba a ir montado en mulo hacia Saqqara sin avisar a nadie. ¿Qué hombre sensato habría rechazado la posibilidad de conocer su destino y obtener el tesoro que buscaba apasionadamente?

Vi la pirámide de peldaños de Saqqara por primera vez.

Antes, aquella masa algo informe envarada en un montón de arena y de cascajos no me había impresionado. A la luz de la luna, la vi en su antigua majestuosidad. Tuve ganas de despejarla con mis manos para devolverle su esplendor.

Me estaba arrodillando cuando una sombra gigantesca se alzó ante mí.

Los dátiles del desayuno estaban deliciosos. Un viento del norte volvía la mañana agradable. La vista de las tres pirámides de la planicie de Gizeh creaba el más inolvidable de los recuerdos. Lady Ophelia Redgrave no tenía hambre. Ya no encontraba ningún placer en la contemplación. Desde hacía más de una hora, recorría el desierto a caballo, aventurándose en los campamentos de beduinos más hostiles.

Cuando lady Redgrave regresó a la tienda donde dormían los miembros de la expedición, vio primero al padre Bidant, bebiendo té con menta, con el breviario al alcance de la mano. Rosellini estudiaba unos apuntes jeroglíficos, incapaz de descifrarlos sin la ayuda del Maestro. L'Hote, con el torso desnudo, realizaba unos ejercicios de calentamiento. El profesor Raddi, indiferente al mundo exterior, inventariaba unos fragmentos de caliza que examinaba cuidadosamente con una lupa.

Lady Redgrave se apeó y se dirigió a Rosellini.

-¿Ha visto a Solimán?

-No -contestó el italiano.

-¿No hay noticias del jeque Mohamed?

-Ninguna. Según los beduinos, se ha marchado hacia el sur. Y usted, ¿no ha sabido nada?

Lady Redgrave se mordió el labio.

-Ahora no hay duda de que Champollion ha desaparecido.

Creí que la pirámide de peldaños se abatía sobre mí. Su sombra gigantesca me envolvió como una mortaja. Me volví súbitamente, sintiendo una presencia detrás de mí.

Caviglia.

-¿Está dispuesto a seguirme, Champollion?

Asentí.

Caviglia pasó delante de mí. Fuimos a lo largo de la pirámide de peldaños y nos dirigimos hacia la mitad de la cara norte. La masa de escombros era enorme, subiendo casi hasta la cima del edificio y arruinando toda perspectiva. Caviglia escaló la muralla de arena hasta media pendiente, quitó un gran bloque al precio de un esfuerzo considerable, que duró unos largos minutos, y despejó la entrada de un pasadizo muy estrecho, apenas suficiente para el paso de un cuerpo.

-Este camino conduce al fondo de los infiernos -declaró-. Como guste, Champollion.

Ir al centro de una pirámide, ¿existe un regalo más exaltante? Penetré en le estrecho orificio, seguido por Caviglia, que se ocupó de volver a poner el bloque en su sitio. La pendiente se reveló muy pronunciada. La bajé sobre la espalda, con la nariz pegada al techo, progresando, plegando las piernas. Caviglia se mantenía a una buena distancia, para no chocar conmigo cuando frenaba con mis talones. Me raspé las pantorrillas y las rodillas, tragué polvo, me golpeé la cabeza, pero me apresuré, ansioso por contemplar la sepultura del faraón que había construido la primera pirámide.

Cuando el aire empezó a faltar, el camino descendiente se ensanchó bruscamente y se volvió horizontal. En aquellas profundidades reinaba una suave luz azulada que mitigó las fatigas de la exploración. Pude enderezarme.

Progresando en aquel apartamento funerario donde toda una familia debía estar reunida, me detuve, maravillado, ante un entrepañ de loza que representaba la carrera del faraón, con un remo en la mano, durante la fiesta de la regeneración, donde el jefe de estado, alimentado por la magia divina, recobraba un nuevo poder para desempeñar mejor su cargo.

-Aquí es donde nació Egipto -afirmó Caviglia-. Esta tumba es la de Djeser, el primer faraón que ha celebrado la unión de las Dos Tierras. Un día será descubierto. Se excavará el inmenso terreno que le rodea y de la tierra saldrán obras maestras.

-¿Por qué no se ha revelado ese fabuloso hallazgo al mundo entero?

-Porque le esperábamos, Champollion, y porque todavía no ha llegado el momento. Le pido que guarde el secreto más absoluto de todo lo que va a ver esta noche.

-¿Y si me niego?

Caviglia no contestó. Su mirada fue lo bastante elocuente.

-Guarde sus revelaciones en su corazón. Sepa callarse hasta que nosotros decidamos lo contrario.

-«Nosotros»... ¿de quién está hablando?

-De la cofradía de los Hermanos de Luxor.

Los Hermanos de Luxor. Había oído hablar de ellos, en París, como de una secta que recoge las enseñanzas de las civilizaciones antiguas, principalmente de la India y Egipto. La información me pareció tan grotesca que no le había dado la menor importancia.

-Sabíamos desde siempre que vendría. Uno de nuestros hermanos, Henry Salt, predijo que un joven francés iba a descubrir de nuevo el secreto de los jeroglíficos.

¡Henry Salt, cónsul general de Gran Bretaña en Egipto, miembro de la cofradía!

-He pasado muchos años explorando las pirámides y la esfinge y descubriendo los pasadizos subterráneos entre la planicie de Gizeh y el emplazamiento de Saqqara -prosiguió Caviglia-. Es el camino que tomaremos... cuando se haya vendado los ojos.

-¿Por qué? ¿No se fía de mí?

-Es nuestra norma, Champollion.

-No la acepto.

Todo mi ser se rebelaba contra aquel montaje absurdo.

-Sería un error -dijo Caviglia con tranquilidad-. ¿No habrá olvidado lo que está en juego?

-Sea más preciso -le desafié con vivacidad.

-Transformarse para ser iniciado al espíritu del antiguo Egipto. Si no adquiere la mirada justa, sólo será un espectador sin conciencia.

-¿Y usted pretende ofrecerme semejante tesoro?

-¿Yo? ¡Claro que no! Sólo Egipto mismo puede hacerlo... si le juzga digno de ello.

No comprendía el significado exacto de aquellas palabras, pero la serenidad de Caviglia me impresionaba mucho. Disimulaba mal mi curiosidad. Aquel hombre, era evidente, poseía un secreto. ¿Cómo podría olvidar la visión de esos maravillosos relieves del faraón Djeser? ¿Cómo no creer a un hombre que me había revelado semejantes maravillas?

-Por última vez, Champollion, le pido el secreto de todo lo que verá, oirá y vivirá durante esta noche. Sepa hacer uso de ello para descifrar todo Egipto, pero no

revele la clave que le será ofrecida como a un hermano. Llegará un día en que, como yo lo hago hoy, tendrá que transmitirla a su sucesor exigiendo el mismo compromiso.

Vacilaba todavía, afinaba diez argumentos, me debatía con mi miedo.

-Lo juro.

-Venga.

Me vendó los ojos con un paño blanco perfumado al jazmín. El olor me subió pronto a la cabeza. Sentí no permanecer por más tiempo ante las figuras azuladas de Djeser y me encomendé a la mano que me guiaba en el subterráneo que unía las dos pirámides. Fui incapaz de calcular el tiempo que duró el trayecto efectuado sobre un suelo de lo más irregular. La cuesta se volvió de pronto muy empinada. Caviglia me izó con rudeza. El aire tibio de la noche llenó mis pulmones. Acabábamos de volver al mundo exterior.

-¿Ha oído hablar del Profeta? -pregunté.

-¿El viejo sabio que trabajaba en el Instituto Egipcio? Claro.

-¿No pretendía haber descubierto el secreto de los jeroglíficos?

-Es cierto -contestó Caviglia- que afirmaba poseer una ciencia perdida.

-¿Por qué no entró en la cofradía?

-Íbamos a recibirle poco antes de que usted llegara. Pero su despacho se incendió.

-Y él mismo falleció en el incendio, ¿no es así?

Caviglia tardó unos segundos en contestarme.

-No han encontrado ningún cuerpo en los escombros humeantes. Algunos testigos afirman haber visto a Moktar, el intendente de Drovetti, huir por una callejuela poco después del comienzo del incendio.

Un atentado criminal... El Profeta quería comunicarme unas informaciones esenciales. Drovetti lo había hecho asesinar para impedir para siempre que me hablara.

-¿Estaría todavía vivo? -me entusiasmé.

-Nadie lo sabe. Han señalado su presencia en Tebas, donde se habría escondido.

Otros pretenden que se ha refugiado en Nubia, lejos de Drovetti y sus esbirros.

-Si sigue vivo -afirmé, con las mandíbulas crispadas-, le encontraré. Tengo que encontrarle.

-No puede pasar inadvertido -señaló Caviglia-. El Profeta mide más de dos metros, tiene una barba blanca muy fina tallada en punta y no se desplaza nunca sin un gran bastón de acacia con un pomo de oro. Concentre su atención, Champollion. Seguimos nuestro camino.

El fuego de la esperanza volvía a nacer en mí. Se abrían nuevos caminos. Estaba dispuesto a luchar.

Caviglia me quitó la venda. Primero distinguí las estrellas y, bajando la mirada, dos gigantescos bancos de piedra que identifiqué enseguida como las patas de la esfinge. Volviéndome, comprendí que me encontraba delante del pecho y bajo el mentón del guardián de la necrópolis.

-Prudencia -exigió Caviglia-. Vamos hasta la gran pirámide.

Así pues, la tumba de Keops era la meta final de aquella extraña expedición, el lugar donde los Hermanos de Luxor contaban practicar en mí lo que los antiguos egipcios llamaban «la apertura de la boca y de los ojos». Juntos, caminamos hacia el inmenso monumento, cuya masa destacaba en las tinieblas.

Un árabe se alzó ante nosotros con un fusil en la mano.

Caviglia se interpuso entre él y yo, pronunciando una sola palabra que no entendí. El árabe agachó respetuosamente la cabeza.

-Vigila -indicó Caviglia-. Su presencia demuestra que no hay ningún profano por estos parajes.

Ni perros vagabundos, ni merodeadores... Los Hermanos de Luxor estaban admirablemente organizados, hasta tal punto que podían alejar a cualquier importuno de la gran pirámide. Siguiendo a Caviglia, penetré en ella con un nudo en la garganta. Tuve que atravesar una zona de tinieblas antes de distinguir la luz de una antorcha, muy por encima de mí. Penetré en un estrecho pasadizo donde tuve que avanzar curvado. El aire me faltó muy pronto. La luz desapareció. Detrás de mí ya no se oía ningún ruido, como si Caviglia hubiera desaparecido.

Supe instintivamente que no podría retroceder. Avancé entonces con el convencimiento de que iba a morir asfixiado.

El calor y el polvo se unían para quemar mis pulmones.

Dejé de resistir. Cedí. ¿Para qué oponerse a lo inevitable? ¿Por qué luchar, tratar de retener lo que tiene que desaparecer, aunque se trate de la propia vida? ¿Morir dentro de la gran pirámide no es acaso el más fabuloso de los destinos? Mi nerviosismo desapareció. Me abandoné a los siglos acumulados en aquellas piedras de eternidad, progresé con tranquilidad, como si aquella ascensión no debiera terminarse nunca. La luz reapareció en el momento en que salí del estrecho canal para volver a enderezarme y descubrir una inmensa galería que subía hacia el centro de la pirámide.

Había unas antorchas colocadas en la parte inferior de las paredes, difundiendo una luz rojiza de donde parecían nacer los gigantescos bloques de granito. Tuve la sensación de encontrarme a la vez en el centro de la tierra y en medio del cielo, en un espacio desconocido, en un tiempo que ya no era el de los hombres.

Caviglia posó su mano sobre mi hombro izquierdo.

-La última etapa, Champollion.

El camino me pareció más fácil, casi cómodo. Había que concentrarse, desde luego, para trepar por el suelo de piedras lisas, pero de aquella galería emanaba una energía que atraía hacia arriba, haciendo que el cuerpo pesara menos. Aquel lugar era un paso fulgurante hacia el universo de los dioses. Purificaba de lo inútil y de lo artificial. Paso a paso, salía de una ganga de la cual no había sido consciente hasta ahora.

Después de haber franqueado un umbral que exigió una gran zancada, penetré en la cámara del sarcófago. Estaba iluminada por un solo candelabro, parecido a los que utilizaban los antiguos. La mecha no producía humo alguno. Al fondo de aquel santuario me esperaban ocho hombres cuyos rostros permanecían en la sombra. Al acercarme reconocí a Anastasy, que me había ayudado en El Cairo, y a mi sirviente Solimán. Los demás, todos vestidos al estilo turco, pero perteneciendo a naciones diferentes, me eran desconocidos. Me habría gustado hablarles, hacerles preguntas, pero Anastasy no me dejó tiempo para ello.

-Entre en el sarcófago -ordenó.

La cuba funeraria del faraón Keops había sido tallada en un solo bloque. Nunca se había encontrado ningún rastro de la tapa. Pasando por encima del sarcófago más venerable de Egipto, por la parte de la rotura, me introduje en él y me tumbé sobre la espalda. Instintivamente, crucé los brazos sobre el pecho, como un Osiris.

Una maravillosa sensación de calor se difundió en mi columna vertebral. No era el reposo de la muerte lo que reinaba en aquella cuba, sino el resplandor mismo de la vida. Cerrando los ojos para apreciar mejor aquel placer inaudito que tenía el gusto de una resurrección, oí la voz profunda de Anastasy salmodiar una especie de ritual.

-Este sarcófago nunca estuvo cerrado -dijo-. Jamás se colocó ninguna tapa. Es en esta cámara de las metamorfosis donde nuestros Hermanos, desde la época del rey Keops, han sido regenerados. Es aquí, en el centro del mundo, donde la luz del interior

ha venido a iluminar su destino. Bienvenido entre nosotros, Jean-François Champollion. Pasará la noche en este sarcófago. Lo que usted pida a esta pirámide, ella se lo dará.

La luz de la única antorcha desapareció. Ya no era dueño de mí mismo, me dejé invadir por unas visiones. Tot con cabeza de ibis, el maestro de los sabios y de los escribas, y Anubis con cabeza de chacal, el que abre los caminos del otro mundo, quitaron un velo que cubría unas columnas de jeroglíficos azul-verde adornando el panteón de una pirámide. Empecé a descifrar, aplicando las bases de mi método. Tot corregía cada uno de mis errores, colmaba mis lagunas. Así es como comprendí el último destino del faraón, sus continuas transmutaciones en el cielo de los justos, sus viajes en los espacios cósmicos, su fusión con la luz del sol de la cual provenía. Pasé del otro lado de la vida, jurándome que devolvería a los dioses lo que me habían dado¹.

¡Conque las pirámides hablaban! Lo que había leído aquella noche tal vez existía realmente en alguna parte, en algún lugar que sería descubierto por excavadores...²

Perdí la noción del tiempo. ¿Así era como uno se convertía en Osiris en vida? ¿Así era como uno conocía el poder divino, tumbado en el fondo de un sarcófago, con los ojos abiertos sobre un cielo de piedra?

-La policía del pacha está avisada -anunció lady Redgrave con el rostro sombrío.

Al pie de la pirámide de Keops, en pleno día, la comunidad del general desaparecido zozobraba poco a poco en la preocupación. Hasta el profesor Raddi se dio cuenta de que había ocurrido algo fuera de lo normal.

-¡Miren! -exclamó L'Hote, viendo a Solimán acercarse a la gran tienda, empujando a un burro cargado de racimos de dátiles.

Rosellini, con el rostro hundido por una noche en blanco, corrió al encuentro del sirviente.

-¿Sabe dónde se encuentra Champollion? -preguntó el italiano con agresividad.

-Sólo tiene que levantar la vista -respondió tranquilamente Solimán.

Todos acompañaron la mirada del sirviente para descubrir, en la cima de la gran pirámide, la silueta de Jean-François Champollion sumergida en la luz del dios Ra.

¹ Champollion mantuvo su palabra, consiguiendo redactar, durante los pocos años que le quedaban por vivir, la primera gramática y el primer diccionario de los jeroglíficos, obras colosales, que difícilmente puede imaginarse que hayan sido concebidas y realizadas por un solo hombre.

² Champollion estaba en lo cierto. La pirámide del rey Ounis, último rey de la V dinastía, y varias pirámides de reyes y reinas de la VI dinastía, contienen efectivamente textos religiosos de gran importancia. El gran Mariette no creía en la realidad de esas pirámides de textos, de cuya existencia se enteró ya en su lecho de muerte.

Fue el desayuno más soleado de mi vida, en la cima de la pirámide de Keops, amplia plataforma donde habrían cabido más de cuarenta personas. En su centro, un montón informe de grandes bloques, una especie de piramidi6n en ruinas de pequeña superficie. All3 se reunieron conmigo lady Redgrave, excelente alpinista, Néstor l'Hote, Rosellini y Solimán, trayendo tortas de miel y agua fresca. El padre Bidant se hab3a negado a escalar un edificio que consideraba prácticamente satánico. En cuanto al profesor Raddi, se dedicaba al estudio de un fragmento de caliza cuyo carácter excepcional sólo él apreciaba.

-¿Qué ha ocurrido? -preguntó lady Redgrave-. ¿D6nde desapareció?

Vestida completamente de blanco, con la cabeza cubierta con un chal que apenas dejaba ver sus ojos, la esp3a británica me pareció una temible acusadora, decidida a saberlo todo.

-Yo no desaparecí. Estaba trabajando con Caviglia en unos emplazamientos que sólo quiso revelarme a mí.

-¿Cuáles?

-La llanura de los muertos de Saqqara y sus inmediaciones.

-Creía que aborrecía ese lugar -observó Rosellini con tono desabrido.

-Caviglia me ha hecho cambiar de opini6n.

-Debería desconfiar de ese hombre -dijo L'Hote, levantando ampolla-. Intentará sacarnos dinero, estoy seguro.

-No tiene nada que temer, Néstor. No volverán a ver a Caviglia y no les causará ningún perjuicio.

Aquella revelaci6n dejó a mis compaÑeros perplejos.

-¿Significa eso...? -se angustió Rosellini.

-Caviglia se ha marchado de Egipto -expliqué-. Piensa que su misi6n de excavador ha terminado y que nuestra expedici6n abre una nueva era para el conocimiento de los antiguos. Nos desea suerte y me ha pedido que vayamos lo antes posible hacia el sur, hacia el centro de Nubia. Seg6n él, este pa3s se deteriora cada día más. Los monumentos estarían en grave peligro.

-¡Entonces, no nos eternicemos! -declaró L'Hote, que uniendo la acci6n a la palabra tiró al vac3o su última torta de miel y empezó a descender.

-¡Le sigo! -anunció Rosellini, nervioso.

Solimán, tras solicitar mi permiso, hizo lo mismo. Todos parecíamos contentos de ir a buscar un poco de sombra al pie de la gran pirámide. Lady Redgrave me cerró el paso.

-No creo ni una palabra de sus cuentos para ni6os -afirmó acaloradamente-. Nos ha dejado plantados, con la ayuda de los beduinos, para poner a punto su propio tráfico de antigüedades. Caviglia sólo es un comparsa. ¿Acaso no ha pasado la mayor parte de su escapada en compaÑía del c6nsul general Drovetti, lejos de miradas indiscretas?

Aquellas acusaciones eran tan asombrosas que me dejaron sin aliento.

-¡He acertado! -insistió ella, triunfante-. ¡El gran, el noble Champollion sólo es un saqueador como los demás!

-Señora -pude por fin contestar con una voz temblorosa-, se equivoca.

Animada por la cólera, se quitó su chal. A la luz del mediodía, su rostro irradiaba una pureza que sólo había visto en las esposas de los faraones.

-¿Se atrevería a jurarlo sobre lo que más quiere? ¿Sobre su Egipto?

-En antiguo egipcio, juramento se dice «vida»... ¿Me permite jurar sobre lo que hoy considero como el bien más precioso, la vida de los que forman esta expedición?

Mi propuesta la turbó.

-Dejemos este juego, señor Champollion. Acabará por confesarme toda la verdad, si es que me aprecia un poco.

La tigresa se volvía zalamera, la temible leona Sekhmet se transformaba en dulce gatita Bastet. Ningún hombre, decían los antiguos, podía resistirse a su encanto.

-Puede que le aprecie mucho... pero he prometido guardar el secreto.

Cediendo a un impulso que me sorprendió a mí mismo, la tomé entre mis brazos. Nuestras caras estaban tan cerca que nuestros labios casi se tocaban. Su piel, perfumada al jazmín, era de una finura deliciosa. Su mirada, indescifrable, permanecía lejana.

-No me quiere, lady Ophelia, me espía...

-¡Insensato! -exclamó, liberándose.

Cuando llegué al pie de la pirámide de Keops, me esperaba una desagradable sorpresa. Abdel-Razuk, el chاوز del pacha, estaba acompañado de una decena de soldados turcos. Detrás de ellos, Moktar, el instrumento ciego de Drovetti, con una vaga sonrisa en los labios.

Abdel-Razuk vino hacia mí.

-He recibido instrucciones del pacha, señor Champollion. Le ruego que me siga.

-¿Por qué motivo?

-Lo ignoro.

-¿Está aquí su alteza?

Abdel-Razuk permaneció mudo. Lady Redgrave y mis compañeros se mantenían apartados por unos jinetes con el sable desenvainado.

-Le ruego que me siga inmediatamente -pidió Abdel-Razuk.

Oponerse a la fuerza armada me pareció irrisorio. Mi escapada de tres días ya había causado suficiente escándalo para importunar al amo de Egipto. Tenía que responder de mi falta ante él y ganarme de nuevo su apoyo.

Me instalaron sobre un camello, lo cual era ciertamente incómodo, pero intenté ocupar aquella posición con dignidad durante dos largas horas que nos llevaron hasta un palacio rodeado de palmeras, en las inmediaciones de El Cairo. Una vez que pasamos la hilera de árboles, descubrí un jardín poblado de acacias y de cenadores cargados de rosas. Cerca de la entrada, un pequeño pabellón de mármol, al pie de un estanque cuya superficie estaba cubierta de nenúfares. A la sombra de un eucalipto, dos jardineros dormidos. El palacio comprendía dos cuerpos de edificio unidos por un arco. El primero tenía una larga fachada adornada con ventanas enrejadas y celosías árabes. Un portero vigilaba el acceso. Nos saludamos, cada uno tocándose con la mano derecha la frente, la boca y el pecho para dar a entender al otro que pensamiento, palabra y corazón le pertenecían. Precedido por Abdel-Razuk y Moktar, entré en una sala de columnas que daba a un patio a cielo abierto cuyo centro estaba ocupado por una fuente. El lugar era deliciosamente fresco. El suelo, formado por un mosaico de mármol, apenas reflejaba la luz. Sentado en un diván, el amo del lugar se dedicaba al delicado arte de la acuarela.

Se volvió hacia mí.

-Bienvenido, Champollion.

No era el pacha sino el cónsul general de Francia, Drovetti.

-Se ha vuelto todo lo turco que uno puede ser -declaró examinándome.

-He seguido su ejemplo-contesté.

Con nuestros turbantes, nuestras barbas, nuestra tez morena y nuestros pantalones bombachos, estábamos muy lejos de las brumas de Europa.

-Gracias por venir tan pronto, Champollion.

-No me ha dejado elección...

Moktar dio unas palmadas, desencadenando un baile de sirvientes que trajeron golosinas y bebidas. Me quedé de pie, rehusando la invitación a acomodarme en los cojines.

-Soy su amigo, Champollion.

-En ese caso, ¿por qué la policía del pacha?

-Para protegerle.

Drovetti sirvió él mismo el té con menta en unas tazas de porcelana.

-Alterna con gente peligrosa, Champollion. Pueden abusar de su generosidad. Me he enterado de que Caviglia intentó sacarle fondos que pertenecen a Francia.

-Su informadora no le ha informado bien. No escuche tanto a lady Redgrave, señor cónsul.

Drovetti enrojeció de cólera.

-¡Sus insinuaciones son estúpidas!

-Me alegro. Errar es humano. Entonces confiaré de nuevo en lady Redgrave.

Drovetti me desafió con la mirada, bebió un poco de té.

-Caviglia pertenece a una sociedad secreta donde se reúnen conspiradores. El pacha y yo mismo estamos decididos a extirpar esa lepra de Egipto. Esos activistas serán expulsados... así como sus simpatizantes.

-Me importa poco-dije, indiferente.

Drovetti se sorprendió.

-¿No ha estado con ese Caviglia?

-Sí. Me ha hecho visitar los terrenos de excavaciones que le concedió el pacha.

-¿Niega usted haber desaparecido tres días en su compañía y haber estado con sus compañeros?

-¿Desaparecido? ¡Cuánta novelería, señor cónsul! Mi actividad fue estrictamente arqueológica, tengo un testigo privilegiado: el jeque Mohamed, que es, según creo, un amigo y un protegido del pacha.

Puse cuidado en hacer hincapié en mis últimas palabras. El rostro cerrado de Drovetti me demostró que las precauciones que había tomado se revelaban excelentes. Esta vez, la intervención de lady Redgrave resultaba del todo ineficaz. Comprendí por qué, temiendo a la policía del pacha y la milicia de Drovetti, los Hermanos de Luxor se habían dispersado, haciendo desde ahora recaer sobre mí el peso de su misión. Yo era ahora el hombre encargado de descubrir y de transmitir los secretos de los antiguos egipcios, uniendo las revelaciones de la cofradía y mi conocimiento de los jeroglíficos.

Es posible que Drovetti leyera mis pensamientos. Sintió la intensidad de mi determinación.

-Podrían considerarle como un conspirador, Champollion. ¡Podría, con su comportamiento, amenazar la autoridad del pacha!

Moktar parecía estar dispuesto a agarrarme y arrojarme al fondo de un calabozo.

-No lo creo. Sólo me interesa la labor que me ha sido confiada por el rey, y que ha sido aprobada por el pacha y por usted mismo: descubrir el antiguo Egipto y darlo a conocer al mundo entero. Iré directamente para conseguirlo, cualesquiera que sean los obstáculos y las susceptibilidades.

Drovetti volvió a animarse.

-¡Susceptibilidades! Aprecia muy mal los riesgos que corre. ¡Cumplir su cometido, sea! Pero no perturbe el orden que reina en este país. No ponga en tela de juicio los intereses de quienes lo conservan.

El tono se había vuelto áspero. Mi «protector» dominaba mal su irritación.

-Ésa no es mi intención -aseguré-, siempre y cuando estos intereses no molesten mi trabajo.

Con una palmada nerviosa, Drovetti ordenó a Moktar y a Abdel-Razuk que salieran. Su expresión se suavizó enseguida.

-¿Qué le parece este palacio, Champollion?

La pregunta me sorprendió un poco.

-Es magnífico... un palacio de las mil y una noches. Me recuerda el Oriente de ensueño que descubrí en los cuentos que leía a escondidas en el liceo.

-Un sitio encantador, es cierto... ¡Se lo ofrezco! Quédese aquí el tiempo que desee. Instale a sus compañeros. Lady Red-grave apreciará este lujo que irá mejor con su belleza que unos barcos equívocos y unas rutas polvorientas. Además...

La mirada de Drovetti se tiñó de una inteligencia cómplice.

-Podría garantizar sin dificultad su informe científico e incluso nutrirlo abundantemente. Poseo aquí algunos manuscritos de viajeros que le han precedido. Le bastará con recopiarlos. En cuanto a las antigüedades, no tiene nada que temer. Me encargo de proporcionárselas para su museo del Louvre. ¿Le conviene este arreglo, Champollion?

Reflexioné en voz alta.

-¿Quién rechazaría una oferta tan tentadora?

Drovetti se sosegó por fin. Una satisfacción rapaz iluminó su cara.

-Ya es usted razonable. Tiene la madera de un gran hombre, Champollion. La fortuna le sonreirá.

Di media vuelta dispuesto a marcharme. Pasmado, Drovetti se levantó.

-Pero... ¿adonde va?

Volviéndome, le miré serenamente.

-A seguir mi viaje, por supuesto.

Era de noche cuando entramos en la ciudad de Minieh, donde el mercado, a la luz de las antorchas, todavía estaba animado. Pasamos delante de una hilandería de algodón donde trabajaban mujeres y niños, inclinados sobre unas madejas. Aquel espectáculo me apenó.

-El pacha -explicó Solimán, justo detrás de mí- sólo se respeta a sí mismo.

Un adolescente, con la mirada extraviada, salió corriendo de una callejuela. Chocó de lleno con el profesor Raddi, que pensaba en las musarañas, y tropezó con lady Redgrave, cayendo con ella en el polvo. Inmediatamente aparecieron unos turcos furiosos empuñando armas. Vacilaron un momento, localizaron al chico que se levantaba con dificultad y lo agarraron por el cuello de la camisa. Dio un alarido de pavor. Uno de los turcos le cortó la mano derecha de un sablazo. La sangre salpicó a Néstor l'Hote, que se quedó petrificado antes de vomitar contra un muro.

Un puño de acero me agarró el brazo.

-No intervenga, hermano -recomendó Solimán-. Ya no puede hacer nada por él. Ha intentado escapar de los soldados que querían reclutarle en el ejército del sultán. Ahora sólo es un traidor y un rebelde.

Lady Redgrave, todavía aturdida, no había visto nada de aquella horrible escena. El padre Bidant la levantó, mientras Solimán echaba agua sobre la frente del profesor

Raddi, medio inconsciente. Rosellini, disgustado, miraba un cortejo de mujeres con velo, llorosas, seguir a los soldados que se llevaban al desertor.

El suelo bebía ya la sangre. Un perro vagabundo la lamía.

-El sultán es un hombre cruel -dijo Solimán en voz baja-. Su poder nació con el crimen, el 1 de mayo de 1811, cuando invitó a los señores locales, los beis, al interior de la ciudadela de El Cairo. Vinieron luciendo trajes suntuosos, montando sus más bellos caballos, adornados con piedras preciosas. Para acceder a la ciudadela, tuvieron que pasar por estrechas callejuelas. Aquello fue una masacre. Los matones del sultán, los albaneses, dispararon sobre los desdichados invitados desde unas ventanas estrechas. La carnicería duró media hora. Dicen que sólo hubo un superviviente que se atrevió a saltar a caballo por encima del parapeto de la ciudadela y que huyó para siempre al desierto, enloquecido. Los mamelucos, considerados como enemigos, fueron degollados en sus casas. Así, Mehmet-Alí se convirtió en el único amo de Egipto.

-Vayámonos de aquí -exigí.

Rosellini protestó.

-Deberíamos descansar y cenar.

Me negué rotundamente. Tenía prisa por irme de Minieh y llegar al próximo emplazamiento que teníamos que explorar. Ver de nuevo el arte de los antiguos egipcios era el único modo de olvidar el drama que acabábamos de vivir.

-Beni-Hassan -indicó Rosellini, gruñón-. No hay nada apasionante que estudiar. Media jornada bastará. Sobre todo si tiene prisa por entrar en Nubia.

Apenas subimos a los dos barcos, sufrimos un violento golpe de viento.

Impedí que lady Redgrave se tambaleara.

-No lo necesito... Usted no estaba a mi lado antes, cuando...

-Perdóneme. He olvidado mis deberes hacia usted.

Su nerviosismo pareció calmarse.

-¿Sería usted un poco humano, señor Champollion? ¿Sentiría otros afectos que los de las viejas piedras?

Seguramente le habría abofeteado si no me hubiera ablandado la dulzura de sus ojos verde claro que parecían limpios de toda perfidia.

-¿Es que no comprende, lady Ophelia...?

Con una mirada, me indicó Rosellini que nos observaba.

-Cállese y reflexione. ¿Está seguro de que aquel desdichado no corría hacia usted para comunicarle un mensaje?

La borrasca nos empujó con tanta fuerza que llegamos alrededor de medianoche a Beni-Hassan. Sucumbiendo al cansancio, nos concedimos unas horas de sueño. Poco antes del amanecer, desperté a Rosellini para enviarle a explorar el acantilado donde se distinguían las entradas de las tumbas. Volvió menos de una hora después, decepcionado.

-Son simples grutas -declaró-. No hay nada que sacar de ahí. Marchémonos.

¿Cómo no confiar en un colega tan escrupuloso? Beni-Hassan, ciertamente, no había dejado un gran recuerdo en la memoria de los viajeros que habían pasado por allí.

-Escuchemos a Ippolito -recomendó lady Redgrave-, que acababa de levantarse y cuyo cabello suelto bailaba al viento.

Vacilé. Por una parte, ir hacia Tebas y el gran sur lo antes posible seguía siendo el objetivo de mi misión. Por otra, un extraño presentimiento me ordenaba no abandonar aquel emplazamiento sin haberle echado una ojeada.

-Déjeme pensar.

Bajé a la orilla. El amanecer era de una suavidad que tenía un gusto de eternidad. Apenas había dado unos pasos cuando una mano se agarró a mi pierna derecha.

Bajé rápidamente la vista y descubrí una niña, que llevaba un largo vestido azul manchado de barro.

-Te esperan -dijo con una voz gangosa-. ¡Te esperan!

Intenté retenerla para pedirle explicaciones, pero, rápida como un felino, escapó corriendo y se perdió en la vegetación abundante que ocultaba un canal.

¿Sería el famoso mensaje? ¿Deberían aquellas palabras conducirme hacia algún descubrimiento esencial? Volví a subir a bordo, pensativo.

-Sería absurdo no examinar rápidamente esas tumbas -dijo a Rosellini-. Voy allí. No tardaré mucho.

¡Qué felicidad constantemente renovada, la de andar en la arena del desierto! Cruje bajo los pies, ondula a la menor caricia del viento, forma un cuerpo flexible, siempre cambiante y semejante a sí mismo.

Había salido el sol. Había que subir hacia las grutas excavadas en el acantilado. Sentí que me atraía de un modo irresistible.

Un rebaño de cabras surgió delante mío, unas blancas, otras negras. Ninguna se mostró agresiva. Sentado en un bloque, en la entrada de una tumba, su guardián dormía profundamente. Acurrucada contra él, su joven amiga sin velo y adormilada.

¡Cuál no fue mi sorpresa cuando tras penetrar en una de aquellas grutas sagradas descubrí un espacio bastante amplio, poblado de columnas admirables, entre las cuales algunas, sin duda, eran del dórico primitivo! Así pues tenía la prueba de que Grecia no le había enseñado nada a Egipto sino que, al contrario, se habían inspirado en él. Acercándome a una pared, distinguí una inscripción hecha con tiza, trazada apresuradamente: «1800, 3.er Regimiento de Dragones». Con tinta negra, añadí debajo de la huella de mi propio paso: «JFC 1828». Estaba acabando aquel modesto trabajo cuando mi mirada, acostumbrada a la penumbra, creyó distinguir unas figuras de lo más sorprendentes.

Esperanzado, corrí hasta el barco, empujé a Rosellini, que estaba comprando unas figurillas a un fellah, salté sobre el puente y me apoderé de una esponja que un marinero, dormido contra un cordaje, había dejado a su lado.

De nuevo en la tumba, mojó delicadamente una parte de la pared, quitando muy despacio la costra de polvo que la cubría.

¡Pinturas! Maravillosas pinturas... Habiendo acudido mis compañeros para conocer la causa de mi entusiasmo, nos pusimos manos a la obra. Gracias a nuestras escaleras y a la admirable esponja, la más bella conquista de la industria humana, descubrimos una serie muy antigua de figuras relativas a la vida civil, a las artes, a los oficios, a la casta militar.

El Egipto cotidiano resucitaba ante nuestros ojos. Los soldados de hace cuatro mil años volvían a desfilar con paso alegre, pensando en los festines más que en la guerra. Los carpinteros tallaban sillas, camas, cofres; los orfebres preparaban joyas para los dioses. El pueblo de los artesanos trabajaba al compás de las órdenes salmodiadas por los contra maestres. Y ahí surgía el desierto, con liebres, chacales, hienas y gacelas.

Estuve tomando notas y haciendo croquis durante horas, sin sentir ningún cansancio. L'Hote y Rosellini se habían puesto a trabajar. A mediodía, Solimán nos trajo un almuerzo que consistía en pequeños trozos de cordero, un cuenco de leche agriada para empapar en ella la carne, y unas sandías. Lady Redgrave nos hizo una breve visita al principio de la tarde. Le comenté las figuras resucitadas por la esponja y le leí las inscripciones que incitaban a los artesanos a transformar la materia bruta para volverla bella y armoniosa. Me escuchó en silencio, y luego volvió a la luz del mundo exterior donde el profesor Raddi utilizaba la fuerza muscular del padre Bidant para transportar pequeños bloques hasta su camarote.

Fue en el fondo del cuenco de leche donde encontré un pequeño fragmento de caliza sobre el cual había una inscripción grabada en árabe: «No vaya a Tebas. Allí sólo le espera la muerte. Ha mostrado su valor. Ya han sufrido demasiados inocentes».

Pisoteé el modesto fragmento, convirtiéndolo en polvo. ¿De quién provenía aquel mensaje? ¿De mis amigos o de mis adversarios? ¿Intentaban desanimarme o ponerme en guardia?

Tomé una decisión: no confiarme a nadie.

Al anoecer, L'Hote, agotado, dejó su cálamo y su cuaderno de croquis.

-Es suficiente -dijo-. Aquí hay demasiado que hacer. Sólo habíamos previsto media jornada...

Rosellini, molesto, dejó de copiar las inscripciones.

-Eso creía, de buena fe.

-Nos quedaremos el tiempo que haga falta -indiqué firmemente, aceptando yo también descansar un poco.

Salimos. Desde el elegante pórtico de la tumba de un monarca llamado Khnoumhotep, descubrimos una magnífica llanura, en parte reverdeciente y en parte inundada. El conjunto estaba dorado por los últimos rayos de sol, anunciando las tinieblas cercanas. Regresamos al barco para cenar cuando ya era noche cerrada.

Beni-Hassan nos llevó catorce días, durante los cuales no dirigí la palabra a nadie, demasiado ocupado dialogando con los viejos egipcios que cada vez me parecían más vivos a través de las imágenes eternas que habían dejado de ellos mismos. Néstor l'Hote, pronto cansado de aquella estancia demasiado estudiosa, protestó en varias ocasiones. Rosellini se unió discretamente a sus protestas, argumentando que lady Redgrave, confinada en su camarote, se estaba poniendo de un humor insostenible. Pero ninguno de ellos, a decir verdad, había encontrado motivo suficiente para alejarme de

aquellas tumbas donde el esplendor de una vida para siempre presente me alimentaba el corazón.

Fue Solimán quien, con unas pocas palabras, provocó nuestra marcha.

-No olvide sus compromisos -me recordó-. Ha prometido ir lo antes posible a la Alta Nubia.

El 7 de noviembre fue una jornada muy triste, justificando las inquietudes de los Hermanos de Luxor acerca del estado del país y lo poco que se preocupaban las autoridades por los monumentos antiguos.

Yo esperaba mucho del Achmounein faraónico, la Hermopolis Magna de los griegos, la ciudad del dios Tot, maestro de los escribas y creador de los jeroglíficos. Pensaba que tal vez allí obtendría importantes confirmaciones de mi sistema de desciframiento, levantando así un nuevo pico del velo.

La decepción fue enorme. La ciudad sagrada sólo era ruinas y escombros de columnas.

Lleno de rabia, decidí proseguir el camino, incapaz de soportar por más tiempo aquella desolación. Una angustia me oprimía el corazón. ¿Y si todo el sur de Egipto se encontraba en el mismo estado? ¿Y si la locura y la ignorancia humana habían logrado destruir el testimonio más prodigioso que jamás haya legado una civilización?

Un grito de terror de lady Redgrave me sacó de aquellas tristes meditaciones.

Petrificada de horror, se encontraba en la parte delantera del barco, con las manos apretadas a la altura de su cara, contemplando un espectáculo de lo más insólito: frente a ella, un hombre joven, totalmente desnudo y chorreando agua, le sonreía de oreja a oreja.

Pensé que no corría ningún peligro grave y por lo tanto no pedí ayuda para socorrerla.

-¿Qué ocurre?

-Ha... ha nadado hasta el barco -explicó lady Redgrave-, ha subido a bordo con una agilidad increíble y se ha dirigido a mí en una lengua desconocida. ¡Reténgale, señor Champollion!

Me interpose entre el hombre y la dama. La lengua desconocida, en la que se expresaba jovialmente, no era sino un dialecto copto. Le contesté utilizándolo igualmente, para gran satisfacción suya.

-¿Qué desea? -se inquietó lady Ophelia, escondiéndose detrás de mi hombro.

-Es un monje copto. Le gustaría recibir una limosna.

Para apoyar mejor su petición, el religioso desnudo tendió hacia lady Ophelia un poderoso brazo derecho donde tenía tatuada una cruz azul.

-¡Que coja esto y se vaya! -soltó irritada, ofreciéndole una moneda de plata.

El monje se apoderó prestamente del tesoro, puso la moneda en su boca, nos dio la espalda sin más ni más y se tiró al agua de cabeza.

-¡Se va a ahogar!

Lady Redgrave se inclinó, preocupada. La cabeza del monje reapareció pronto en medio del Nilo. Ejecutó una especie de voltereta y desapareció, regresando a su claustro.

-Este país es increíble -murmuró lady Redgrave.

-Maravillosa comarca -dije-, donde los monjes no tienen nada que ocultar.

No supe si la mirada de la hermosa británica era de odio o de diversión. Pero percibí una especie de complicidad. Haber visto a un monje desnudo en la tierra donde nació el cristianismo crea lazos.

Las ruinas de la ciudad de Antioe me sumieron de nuevo en la desesperación. Una espantosa serie de montículos, escombros, fragmentos de cerámica, columnas de granito destrozadas... y, sentado bajo una palmera, un copto en una estera raída, con un cálamo en la mano.

Le saludé con todo el respeto que su rango se merecía. Agresivo, farfulló una respuesta tan confusa que tuve que recurrir a Solimán para aclarar las exigencias de aquel escriba moderno. Reclamaba nada menos que un fuerte impuesto en nombre del sultán. Le pregunté dónde habían ido a parar los monumentos que sin duda estaba encargado de vigilar. Con un cinismo que me hizo hervir la sangre, explicó que el sultán había ordenado destruir los edificios antiguos para alimentar las caleras cuyo desarrollo le importaba más que nada. Si Solimán no hubiera estado allí, habría estrangulado a aquel bandido al servicio de un mal amo. Por haber contemplado los sufrimientos de Antioe desaparecida, tuvimos que pagar el impuesto por el cual nos dieron un recibo.

El padre Bidant, secándose la frente, acudió a mi lado.

-Este país solamente es desolación -susurró-. Está entre las manos de los infieles. Esta expedición es un fracaso, Champollion. No corresponde a sus sueños. No enseñará nada al mundo sabio y sólo puede suscitar la reprobación del Señor. Avéngase a razones y volvamos a El Cairo. Odio estos campos piojosos y malolientes.

Rosellini empujó al sacerdote sin disculparse, de lo excitado que estaba.

-¡Maestro, venga a ver!

Detrás de mi discípulo, cuatro fellahs sostenían una cabeza de granito. Un maravilloso retrato de Ramsés.

-La he adquirido por siete piastras -declaró orgullosamente Rosellini.

Una obra maestra, ciertamente. Pero una obra maestra dolo-rosa. Una cabeza arrancada a un cuerpo, el fruto de una destrucción a la cual añadíamos el saqueo. Abandonarla aquí sería ofrecérsela a otros saqueadores. Avergonzado, di la orden de que la llevaran al barco y se añadieran unas piastras para el transporte.

-Me comería una torta -declaró el profesor Raddi, saliendo de pronto de sus sueños e interrumpiendo el estudio de sus queridas piedras.

El mineralogista, que llevaba su eterno traje de Nankin, se fue brincando hacia el pueblo situado a la orilla del agua, bajo las palmeras datileras.

-¡Espere un momento! -le imploré en vano.

Raddi ignoraba el árabe. Tuve que ir tras él.

Me saludaron, a su manera, los balidos de unas cabras y los rebuznos de unos burros. El sol lustraba las altísimas palmeras con resplandores dorados, ahogando en su luz las colinas del desierto. Cuando pasó Raddi, unas mujeres vestidas de negro entraron rápidamente en sus miserables viviendas. Unos chiquillos desnudos siguieron jugando en el polvo como si no existiéramos.

-¿Dónde está la posada? -se quejó Raddi, yendo de un lado a otro, como perdido.

Saliendo de la aldea diminuta sin darse cuenta siquiera, el mineralogista descubrió estupefacto esas máquinas de sacar agua que llaman chadoufs, superpuestas de tres en tres. Gracias a un sistema rudimentario de contrapeso, los tres primeros cubos extraen el agua de un canal y la vierten en un depósito, hasta el tercio del talud; los tres siguientes la suben a otro depósito; los tres últimos la distribuyen en las acequias de irrigación que aportan la vida a los campos. Gracias a un esfuerzo siempre renovado, pero limitado, los resultados son notables. Esos nueve chadoufs estaban escalonados y unidos entre sí mediante unos postes; un niño estaba sobre uno de ellos, ayudándose con un palo que le servía de punto de apoyo y le aseguraba su equilibrio.

-¡Agua, por fin! -exclamó el profesor.

-¡No avance más! -grité.

Conseguí por fin alcanzarle cuando abordó la plataforma de tierra en la que estaban colocados los chadoufs. Como me temía, resbaló sobre la tierra húmeda y cayó hacia delante. Los campesinos, patidifusos, se inmovilizaron. El pesado corpachón de Raddi bajaba el primer talud. Patiné yo también y pude agarrarle por una manga. Por fin, consciente del peligro que corría, no se debatió.

Lo estaba trayendo de nuevo hacia mí cuando, atónito, vi cómo se precipitaba hacia mi cabeza una pesada vasija de barro que se había soltado de su cuerda.

¿Soy el más feliz de los hombres? Heme aquí en el centro del viejo Egipto. Sus mayores maravillas están sólo a unas toesas de mi barco. De momento me encuentro en la más extraña de todas.

¡Tell el-Amarna! La ciudad del faraón herético, Akenatón, el apóstol del sol divino. Mis compañeros y yo mismo estamos instalados en su palacio devastado, cuyos vestigios están abandonados al viento de arena. Cada uno se ha sentado sobre un bloque o un fragmento de muro. Se ha formado un círculo silencioso a mi alrededor. Hace horas que no tomo la palabra.

Lady Ophelia Redgrave, envuelta en una tela de algodón holgada, se saciaba de luz. Ippolito Rosellini dibujaba. Néstor l'Hote, armado con un pico, excavaba negligentemente a sus pies. El profesor Raddi examinaba un trozo de caliza. El padre Bidant recitaba su rosario. Moktar y Solimán se mantenían apartados, armados con fusiles. A menudo recorrida por bandas de saqueadores, la región no era segura.

Al descubrir las estelas fronterizas que delimitaban el territorio sagrado de Tell el-Amarna, me quedé estupefacto ante las representaciones de Akenatón y de los demás miembros de su familia, con los cráneos alargados, los vientres hinchados, las formas estiradas. También eran unos curiosos símbolos aquellos rayos solares acabados en manos que ofrecían a los soberanos el signo de la vida.

Aquí reinaba el perfume de un mundo desgarrado, a punto de caer en el olvido pero regenerado cada día por el poderoso dios sol que hacía renacer el palacio adornado con flores, las villas de los nobles con suntuosos jardines, las anchas calles donde circulaban los carros, los estanques de agua fresca donde se reflejaba el cielo y donde bogaban las barcas de recreo. Ningún faraón puede morir. Estos hombres-dioses han grabado demasiado profundamente su huella en la carne del tiempo para que los hombres lleguen a borrarla.

Akenatón había sido el más feliz de los soberanos. Había creado su ciudad, afirmado su fe, manifestado el sol que llevaba en el corazón. Seguía estando presente entre nosotros a través de aquellos pobres vestigios de ladrillos, aquellos muros aniquilados, aquellos templos que regresaron al océano de los orígenes. Me hubiera gustado dedicarme a su memoria, pero tenía entonces otras preocupaciones.

-Les he reunido porque han intentado matarme -dije.

Rosellini fue el primero en reaccionar.

-¡Qué insensatez! -opinó-. Hay que avisar inmediatamente a Abdel-Razuk.

-Lo veo difícil -objeté-. Él es quien trató de asesinarme, y por eso ha huido. He podido distinguir perfectamente su rostro cuando me arrojó una enorme vasija de barro con la intención de partirme el cráneo.

-¿No se habrá equivocado? -sugirió lady Redgrave.

-Tenía un testigo: el doctor Raddi.

Molesto, el mineralogista no apartaba la mirada de su miserable trozo de caliza.

-Desgraciadamente -confesó- no vi nada... tenía la cara contra el suelo. La honestidad científica me prohíbe decir más.

-No se pone en duda la palabra del general -intervino Néstor l'Hote-. Como vuelva a encontrarme con ese Abdel-Razuk le rompo el cuello.

-No hará nada de eso -intervino el padre Bidant-. Le prohíbo que responda con violencia a la violencia. Le encarcelarían y le condenarían a muerte.

-¿Qué partido toma entonces, padre? -pregunté irritado.

-No me declaro a favor de nadie -contestó-. La razón nos impone la prudencia. Si su persona está realmente amenazada, la nuestra lo está también. Pienso que ya es hora de que pongamos fin a esta expedición, ya que el amo de este país nos es hostil.

Tuve la sensación de que me invadía el espíritu de Akenatón, inflamándose contra unos sacerdotes ligados a la ambición y la Vanidad.

-Sin embargo continuaremos, padre. Continuaremos mientras viva.

-La locura es imperdonable, señor Champollion -me desafió el religioso-. A partir de ahora Dios le hará responsable de todo lo nefasto que le pueda ocurrir a cualquiera de nosotros.

Sólo estuvimos una corta jornada en el emplazamiento de Amarna, buscando inscripciones y levantando planos. Vi que el desciframiento de aquel emplazamiento representaba un trabajo considerable. ¿Y qué decir de las numerosas tumbas seguramente ocultas en la montaña, al este de la ciudad?

Había que seguir hacia Tebas, hacia el sur, el misterio, sin saber si los dioses de Egipto me concederían el privilegio de regresar a estos lugares poblados de sombras, de palabras solares. Pero ¿qué habría podido reprocharles, a ellos que ya me habían dado tanto?

Lady Redgrave me ponía mala cara, como si le hubiera ofendido. Estaba decidido a no dar ni un paso en su dirección. Solimán no le quitaba ojo a Moktar, el instrumento ciego de Drovetti, que fingía ser un buen y leal servidor. Su misión de espionaje se estaba volviendo más difícil ahora que su compinche Abdel-Razuk había desaparecido. Pero ¿éste no había optado por refugiarse en la sombra para actuar más eficazmente? Tenía que haberme vuelto muy molesto para provocar semejante acto de violencia. Ahora Mehmet-Alí sabía que yo conocía parte de las depredaciones que había infligido a Egipto. ¿Por qué iba a intentar impedirme ir más lejos, sino para que no pudiera descubrir cosas aún peores? Claro está que mi muerte tenía que parecer un accidente, lejos de la presencia de testigos, para que Francia no quedara demasiado contrariada.

Yo no poseía más valor que los hombres corrientes, pero sí más tenacidad. Morir en esta tierra amada por los dioses, en este país hacia el cual me atraía la pasión más ardiente y la más exigente no me asustaba. En Europa, sufría el exilio más cruel. Aquí estaba en mi casa. En mi casa desde siempre. Sólo tenía un temor, que originaba mi debilidad: desaparecer antes de haber comprendido el mensaje egipcio en toda su pureza. Dejar este universo antes de haber obtenido su clave.

Sobre mí pesaba la terrible amenaza proferida por el padre Bidant, ese anatema despiadado. El religioso me había impresionado y lo sabía. No tanto por el dios de los cristianos que no tenía su lugar en aquellos templos vivientes, como por el afecto que sentía por mis compañeros de viaje. Era responsable, ciertamente, de su existencia que me causaba mayores tormentos que la mía propia. El sultán no tenía motivos para tomarla con ellos, pero ¿por qué rodeos pasaría su imaginación oriental para forzarme a renunciar?

El incidente tuvo lugar en el momento en que pasábamos los impresionantes acantilados rocosos de Abu-Feda. El tiempo se había estropeado. El Nilo, encrespado, se levantaba en olas furiosas. Una especie de tornado decupló el furor del río. L'Hote, que se hacía el valiente a babor, alzó la mano para indicarme que todo iba bien. Le grité que viniera a ponerse a salvo. En la penumbra del anochecer, me pareció ver una silueta

que empujaba a L'Hote por detrás. Éste gesticuló, no encontró nada a qué agarrarse y cayó al agua.

-¡Socorro!-grité con todas mis fuerzas.

El ruido de la tormenta ahogó mi voz. Me precipité al lugar donde L'Hote había desaparecido, cogí una cuerda y la arrojé al Nilo.

Noté una resistencia. ¿Había cogido el extremo de la cuerda? Cegado por una ola, bamboleado por el viento, me sentía incapaz de traerlo de nuevo hacia el barco. La cuerda se tensó. ¡Mi compañero podía ser salvado! Su destino estaba entre mis manos. No tenía derecho a que me faltara fuerza. Tenía que extraer de mí mismo un poder físico que no poseía. La palma de mis manos me quemaba. El suelo del barco se deslizaba bajo mis pies. Cedía. No conseguiría salvar a L'Hote. Pero no soltaría la cuerda. Mi vida por su vida, mi vida con su vida.

Cuando estaba a punto de caer yo también al agua, un poder nuevo, inesperado, atrajo la cuerda hacia atrás. Me inmovilicé, y, cobrando ánimo, logré retroceder. Paso a paso, llegué al centro del barco.

Por fin apareció la cabeza de L'Hote, chorreando agua del Nilo. El buen mozo fue lo bastante hábil como para izarse sólo a bordo. Agotado, sin aliento, me volví y vi a Solimán. El fue quien salvó a L'Hote. Me relevó justo cuando yo estaba cediendo. Sin decir una palabra, se retiró. El río se calmaba. Habíamos franqueado el paso peligroso.

Néstor l'Hote, empapado hasta los huesos, se desvestía y se secaba.

-Le han empujado, ¿verdad?

-Lo ignoro, general. No he visto a nadie. He notado como un golpe en la espalda, es cierto, pero puede que se tratara de una borrasca. Ya me había desequilibrado varias veces.

Me di la vuelta para vomitar. Aquel drama me había trastornado. Si hubiera perdido a L'Hote, habría sido un hombre indigno. Mi viaje se habría hecho añicos sobre las rocas del Nilo.

El padre Bidant había logrado hacer de mí mismo mi peor adversario.

Cuando se calmaron los últimos arrestos del viento, descubrimos el silencio profundo de los campos de un verde húmedo, animados por bosquecillos de palmeras. A las rocas desnudas de las montañas cercanas, casi amenazadoras, sucedieron unas orillas tranquilas, bañadas por la luz brillante de la mañana, disipando una ligera bruma. Llegábamos a Asiut, la Lykopolis de los griegos, la ciudad del dios Anubis que, tras haber momificado a los muertos gloriosos, los guiaba por los caminos del otro mundo.

Mis ojos febriles descubrieron complacidos una ciudad menos polvorienta y menos miserable que las precedentes. Sicómoros, palmeras, arbustos en flor, rosas, magnolias, animaban las callejuelas de Asiut donde mis compañeros me transportaban en una silla de manos, como a un faraón. Numerosos minarettes se alzaban hacia un cielo de un azul inmaculado. Una cantidad incalculable de gatos circulaba por las calles. Solimán me explicó que aquella ciudad era su paraíso. Mataban ratas y ratones, protegiendo las reservas de alimentos. Por lo tanto, los ciudadanos nunca molestaban a un gato dormido a la sombra, prefiriendo pasar por donde pegaba el sol para no importunarle.

Pasamos delante de un café en mal estado, parcialmente a cielo abierto. Unas telas rotas colgaban del techo. Una linterna veneciana iluminaba el fondo del establecimiento, donde se apiñaban unos hombres fumando en pipa ante una orquesta que tocaba distintas flautas y unas jaulas donde se agitaban unos pequeños monos. Solimán rogó a lady Redgrave, al padre Bidant, al profesor Raddi y Moktar que nos esperaran aquí consumiendo té con jazmín. Discutió largamente con el dueño del café,

pidiéndole que se encargara de que sus insignes huéspedes fueran considerados como tales.

-¿Dónde están los monumentos antiguos? -pregunté a Solimán.

-Ya no quedan -confesó impasible-. Sólo hay una columna alzada sobre un montón de escombros. Las piedras de los templos han sido transformadas en muelas, en pilas o en umbrales de puertas. Los bloques de caliza han servido de material para las caleras.

Me quedé mudo de indignación. Asiut me pareció de pronto mucho menos risueña. Nos cruzamos con unos sirios, unos africanos y unos asiáticos que habían llegado allí por las pistas caravaneras. Una gran cantidad de mercancías pasaba de mano en mano.

-Las tumbas -dije-. Quiero ir a las tumbas.

-No sería prudente, maestro -objetó Rosellini-. Habíamos quedado en que le llevaríamos lo antes posible a un médico.

-Las tumbas-repetí.

Néstor l'Hote también insistió para hacerme cambiar de parecer, inútilmente. Solimán se abstuvo de intervenir.

-Quiero caminar -afirmé-. Me sostendrán.

Guiado por Solimán, apoyándome en L'Hote y Rosellini, subí con dificultad las pendientes arenosas que llevan a la necrópolis excavada en la colina que dominaba la ciudad. Allí, hacía varios años, Desaix había instalado su cuartel general y colocado sus cañones para conquistar Asiut. En aquella mañana luminosa, ya no había armas de guerra. La paz del más allá reinaba como dueña y señora absoluta. Enseguida me calmó los nervios. Cada vez que dejaba el universo de los árabes modernos para reencontrarme con el de los antiguos egipcios, me invadía un nuevo dinamismo.

Como en Beni-Hassan, los muros de las grutas sagradas estaban cubiertos de escenas que, por lo que se podía juzgar, no las igualaban. Pero me faltaba la esponja milagrosa y la cabeza me daba vueltas. L'Hote se dio cuenta de ello.

-No se mantiene en pie, general. Tiene que cuidarse.

Había visto mis tumbas. Exigí permanecer aún unos cortos minutos antes de ser llevado hacia el centro de Asiut, donde Solimán me hizo penetrar al interior de los baños turcos, en cuya puerta se quedaron esperando Rosellini y Néstor l'Hote. Me introdujo en una sala que se elevaba en forma de rotonda. Estaba abierta en la cúspide, para que el aire circulara. Dejamos nuestras ropas en un estrado que había alrededor, nos ceñimos la cintura con una toalla y nos pusimos unas sandalias.

Recorrimos una especie de pasillo bastante estrecho donde hacía más calor. Detrás nuestro, una puerta volvió a cerrarse.

Penetramos en una sala cuyos muros estaban revestidos de mármol. Allí me encontré a gusto.

-Le dejo un momento -dijo Solimán-. No tema nada, relájese. Vuelvo enseguida.

No tuve fuerzas para protestar. Mi barba empezaba a chorrear agua. ¿Y si Solimán me dejaba en manos de mis adversarios? Apareció un coloso con el cuerpo aceitoso. Me cogió la mano. Resbalé. Me sujetó. Me invadía un extraño aturdimiento. Ya no tenía ganas de luchar. Si Solimán, que pretendía ser mi hermano, me había traicionado, ¿en quién podría ahora confiar?

El coloso me guió hasta una nueva sala abovedada, muy espaciosa. Me ayudó a tumbarme cerca de un baño y colocó un pequeño cojín bajo mi cabeza. Una nube de vapores perfumados penetró mi cuerpo. Me relajé.

El hombre me dio la vuelta y empezó a darme masaje con delicadeza. Luego, con la mano enguantada, me frotó la espalda con vigor. En un cuarto de aseo particular,

con grifos de agua caliente y agua fría, me lavé yo mismo con gran deleite. El sirviente me ofreció luego una cama perfumada donde me tumbé de nuevo, descansado, limpio de impurezas, el pecho dilatado, rejuvenecido en varios años.

Un anciano de barba blanca, vestido con un taparrabo, se acercó a mí lentamente. Se arrodilló y posó en el suelo de mármol una hoja de papiro y un tintero de oro.

-Coge el tintero -me recomendó en árabe- y agítalo encima de esta hoja. -Cumplí la orden como un autómatas, rociando de manchas el frágil soporte.

El anciano lo examinó con mucha atención durante unos largos minutos.

-Tu enfermedad no es grave -concluyó-. El sueño y una tisana bastarán para curarla. Pero eso no significa que tu vida esté a salvo... hay un espíritu maligno a tu alrededor. Un espíritu que quiere destruirte. Si no consigues identificarlo, serás su víctima.

El adivino hizo una bola con la hoja de papiro y se la tragó después de haberla masticado. Luego desapareció con la misma lentitud solemne, cediendo el sitio a Solimán.

-¿Qué debo hacer? -me preguntó.

-Llevarme de nuevo al barco, encerrarme en mi camarote y dejarme dormir unas doce horas.

No desperté hasta la noche siguiente, a la hora de la puesta de sol. Me sentí estupendamente. Junto a la cabecera de mi cama había un tazón de tisana que despedía un buen olor a lis. La bebí con deleite y, tras algunas abluciones, llamé a mi propia puerta cerrada desde el exterior. Solimán abrió.

Era una noche maravillosa. Una estrella fugaz atravesó el cielo. Habíamos echado el ancla a la altura de un pueblo de Sawadiyeh, una aldea campesina de lo más tranquila. Tras una rápida comida de habas y tortas, nos reunimos en la parte más espaciosa del barco, que Rosellini había bautizado pomposamente «salón», para tomar café, jugar a las cartas y escuchar un concierto de flautas dado por los marineros.

Solimán interrumpió aquella hermosa tranquilidad.

-Una barca se acerca a nosotros -anunció.

L'Hote cogió un fusil. El equipaje fue alertado. No es muy normal navegar por el Nilo por la noche. Ninguno de nosotros había oído hablar de piratas, pero la hostilidad declarada del pacha podía hacer que temiéramos lo peor.

Habíamos encendido unas antorchas cuya luz veteaba de rojo el azul oscuro del Nilo. La barca avanzó lentamente. En su proa había un sirviente con turbante que se lanzó en un discurso tan apasionado como florido, cuyo contenido me tranquilizó. Hablaba en nombre de su amo, Mohamed Bey, el gobernador de la provincia, que nos invitaba a cenar en su palacio. Como testimonio de su amistad, nos enviaba esta embarcación llena de víveres.

Palabreé con el enviado del potentado provincial, le ofrecí una caja de vino agradeciendo su invitación que me veía obligado a rehusar.

Contrariado, el hombre insistió. Pero me mostré inflexible, juzgando inadmisibles ceder a mundanerías que retrasarían mi llegada a Tebas.

-Puede que este rechazo sea imprudente -murmuró Solimán.

-No tiene ninguna importancia -contesté-. Nos marcharemos mañana, como estaba previsto.

Al día siguiente, a media tarde, cuando nos disponíamos a alejarnos de la orilla, una columna de jinetes y de infantería, en un gran coro de gritos y de polvo, vino a oponerse a nuestro proyecto. A la cabeza de aquel pequeño ejército, el propio hijo del

bey, de elocución vacilante. Esta vez me traía un montón de carne. Unos músicos que acompañaban a los soldados se lanzaron en una alborada.

Mis compañeros, impresionados por aquellas muestras de respeto, me rogaron que respondiera favorablemente a una invitación formulada en términos tan apremiantes. Pero no cambié de opinión, en perjuicio del hijo del bey. Una larga hora de discusión no cambió en nada mi determinación. Aquel contratiempo sólo me dio una satisfacción: había recobrado toda mi energía.

Di la orden de partir, contando navegar hasta la noche.

El padre Bidant, siempre envuelto en su sotana, corrió hacia mí jadeando.

-¡Espere, Champollion, espere!

-¿Y por qué habría de seguir esperando?

-El profesor Raddi y Néstor l'Hote han desaparecido.

-Su imaginación le engaña, padre.

-¡Compruébelo usted mismo!

Tras haber inspeccionado los camarotes y cada recoveco del barco, tuve que admitir las cosas como eran: L'Hote y Raddi ya no estaban a bordo. Nadie les había visto bajar. Lady Red-grave, aunque distante e inaccesible, parecía preocupada. Rosellini, nervioso, no podía estarse quieto.

-¿Dónde vive ese Mohamed Bey? -pregunté a Solimán.

-Hay una decena de sus gentes en la orilla. Sólo hay que preguntárselo.

-Que me lleven hasta él.

-Le acompaño.

-Iré solo, Solimán, te quedarás aquí para ocuparte de los demás. Si no regreso, Rosellini asegurará la dirección de la expedición.

-¿No está corriendo un riesgo demasiado grande?

Miré fijamente los ojos de mi hermano.

-Soy el jefe de nuestra comunidad, Solimán. Cargo con toda la responsabilidad de los que participan en ella, ya sean aliados o adversarios, tanto si piensan ayudarme como si quieren traicionarme. Nuestros dos compañeros han sido secuestrados por ese bey, estoy seguro. Un apóstol del pacha, sin duda alguna. .. Si es a mí a quien quiere, no le decepcionaré. Siempre que L'Hote y Raddi recobren su libertad.

-A menos que les encarcelen a los tres... o le reserve un trato aún más grave.

-No tengo elección, Solimán. No me volveré cobarde a mis propios ojos.

Mi interlocutor se inclinó respetuosamente.

-Sin duda está escrito que nadie sabrá oponerse a su voluntad...

Los hombres del bey, al cabo de un breve periplo, me llevaron hasta una casa blanca, soberbia en su aislamiento que alegraba un gran jardín lleno de limoneros. Por la puerta principal, abierta, salía un torrente de música lancinante. Unos candelabros altos, formando un pasillo, dispensaban una luz cada vez más viva a medida que se apagaban los últimos resplandores del día.

Una emboscada de lo más atractiva. Todo parecía respirar lujo y voluptuosidad. Pero ¿cómo olvidar que el potentado que reinaba en este remanso de paz mantenía presos como rehenes a dos de mis compañeros?

Mucho más angustiado de lo que aparentaba, rogué a un intendente que me anunciara y me detuve al pie de las escaleras que llevaban a la entrada. Unos segundos después apareció en el umbral un hombre gordo con el rostro colorado, vestido con unas sedas deslumbrantes.

-¡Champollion! -exclamó con voz estruendosa-. ¡Entre rápido!

Sorprendido por este recibimiento, no tuve más remedio que obedecerle. Levanté la cabeza hacia el cielo de Egipto, temiendo no volver a verlo en mucho tiempo.

El imponente personaje me tomó del brazo.

Me puse rígido.

-Exijo que mis dos amigos sean liberados inmediatamente.

-¿Liberados? ¿De quién son prisioneros? ¡Entre!

Me hubiera gustado seguir protestando, obtener primero lo que deseaba... pero mi anfitrión me arrastró vigorosamente al interior de su mansión. Descubrí una inmensa sala de festín donde los invitados, cómodamente tumbados sobre unos cojines, charlaban alegremente. En la penumbra y el humo que salía de las pipas que todos fumaban, reconocí a Néstor l'Hote y al profesor Raddi, el uno junto al otro, saboreando unos pepinillos gigantescos.

-¿Son... libres de movimientos? -pregunté, estupefacto.

-Completamente -contestó Mohamed Bey-. Son mis invitados, lo mismo que usted. Han llegado anunciándome su próxima venida, que me ha alegrado en extremo. Tiene reservada la plaza de honor, a mi lado.

Se trataba efectivamente de una emboscada, pero había sido preparada por mis propios aliados.

-¡General! -exclamo L'Hote viéndome-. ¡Estaba seguro de que no nos abandonaríamos!

Titubeando, vino hacia mí.

-General... no había que ofender a nuestro anfitrión... Solimán me dijo que habría podido impedirnos que continuáramos nuestra expedición... Me he sacrificado... le he atraído hasta aquí... ¡todo va a pedir de boca!

-¿Y el profesor Raddi?

-Me ha seguido. Quise hacerle volver, pero me ha jurado que se moría de ganas de participar en una fiesta musulmana. En Florencia, con su mujer, no se divierte muy a menudo...

El honorable profesor era incapaz de contestar ninguna pregunta. Hecho una uva, se contentaba con pasar a su vecino el gran jarrón lleno de licor que circulaba en la asamblea. Todos bebían a su paso. A pesar de mi aversión por este tipo de alcohol tan dulce como dañino, tuve que mojar mis labios en él. En cuanto el jarrón quedaba vacío, el bey lo hacía llenar de nuevo. Él mismo bebía a grandes tragos y fumaba una pipa larguísima. En un formidable impulso de generosidad, Mohamed Bey pronunció una amnistía para todos los delincuentes y distribuyó monedas a los pobres que se habían reunido delante de su casa.

Nos sirvieron más de veinte platos: cordero presentado de distintas formas, melones, anchoas, ensaladas. Nos limpiamos las manos en unas servilletas con bordados de oro. Dos cantantes fueron la principal atracción artística de la velada. El primero, un griego de setenta años, nos gratificó con unas dulces romanzas. El segundo, un árabe que tenía más de ochenta años, moduló una melopea tradicional. Cuando se calló, la mayoría de los invitados estaban adormecidos. L'Hote se encargó de despertarles entonando *La Marsellesa*, seguida de las odas a la libertad contenidas en una pequeña obra que estaba de moda, *La Murette de Portici*. Aquellas voces inéditas en el palacio del bey no provocaron demasiado entusiasmo.

La fiesta duró toda la noche. Cuando salió el sol, sólo Mohamed Bey y yo estábamos todavía despiertos. A pesar de la enorme cantidad de alcohol que había consumido, el potentado se mantenía dueño de sí mismo. Su mano no temblaba, y en sus ojos había un brillo muy lúcido.

-Me gustaría retenerle varios días junto a mí, Champollion. Su presencia aquí es una bendición de Dios. ¿Por qué no seguir festejando?

-Tengo una misión, su excelencia, y seguiré cumpliéndola.

-Ver viejas piedras, ya sé... Explore entonces la montaña. ¡Tiene muchísimas! Pongo un centenar de sirvientes a su disposición. ¡Le traerán cada día innumerables seras llenas de piedras!

-Se lo agradezco, pero...

-Usted quiere las piedras antiguas cubiertas de signos indescifrables... ¿De qué sirve eso? La felicidad, Champollion, consiste en festejar con amigos, beber y comer juntos, escuchar música, prolongar el recuerdo de los muertos, esperando que llegue nuestra hora para que nuestros amigos celebren a su vez nuestra memoria.

La sinceridad de su acento me conmovió.

-No hay nada mejor que una buena amistad, Champollion. Hay que aprender a saborearla, a disfrutarla en todo momento... quédese aquí y hagámonos viejos amigos. Olvidará sus piedras, su mundo desaparecido para siempre. Deje de correr riesgos inútiles. Elija la verdadera paz, la de mi pequeño reino, la de este sol eternamente semejante a sí mismo, la del Nilo indiferente a las pasiones humanas.

El bey me ponía a ruda prueba. Lo que me proponía era, ciertamente, de un valor inestimable. Sólo tenía que detener el curso del tiempo, renunciar a mis ambiciones, sentarme sobre una piedra, frente al río, y dejarme envejecer con ella.

-Tiene razón, su excelencia, pero creo que no dispongo libremente de mi destino. Mohamed Bey se levantó.

-Venga, Champollion.

Pasamos por encima de los cuerpos dormidos, salimos de la mansión blanca y caminamos hasta la orilla del río. Un viento muy suave borró el cansancio de la noche.

-Habla usted como un predestinado, Champollion. Como un ser que no conoce más que un camino, más que un amor.

-El Egipto de los faraones -dije- es más fuerte que todos los dioses, más tierno que todos los amores, más vivo que todas las amistades. Comparados con sus misterios, ni usted ni yo tenemos la menor importancia.

Una abubilla cenicienta dejó la cumbre de un tamarindo para volar a la luz.

-Márchese entonces, Champollion -profirió el bey con una voz grave llena de emoción-. Pero llévese esto.

Me entregó un magnífico anillo de jaspado rojo¹.

-Ojalá le proteja esta joya. Y no cambie de ruta, hermano.

¹ Conservado en el museo del Louvre.

El destino debía revelarse cruel unas horas más tarde. Yo estaba ilusionado con la idea de descubrir la ciudad santa de Abydos, el reino de Osiris, juez de los muertos y maestro de las transformaciones que permitían a los justos caminar por las rutas del más allá.

La naturaleza había decidido lo contrario. La inundación, este año, es magnífica para los que, como nosotros, observamos el campo para admirarlo. No ocurre lo mismo con los pobres fellahs. El río, al desbordarse, ya ha arruinado varias cosechas. Los campesinos se verán obligados, para no morir de hambre, a comer el trigo que el pacha había dejado con miras a la próxima siembra. Hemos visto pueblos enteros deshechos por el Nilo, al cual no sabrían resistir unas chozas miserables construidas con limo secado al sol; las aguas, en muchos sitios, se extienden de una montaña a otra. Allí donde los cerros más elevados no han quedado sumergidos, vemos a los fellahs, mujeres, hombres y niños, llevando seras llenas de tierra, con objeto de oponer a un río inmenso unos diques de tres a cuatro pulgadas de altura, y salvar así sus casas y las pocas provisiones que les quedan. Es un cuadro desolador que me parte el corazón.

Desde la cúspide del barco, de pie sobre el tejado del camarote, saludé de lejos a la antigua Abydos. La muerte osiria no aceptaba mi presencia. Me rechazaba, como si todavía no hubiera llegado la hora.

Sin embargo, era de aquella localidad sagrada que provenía una de las inscripciones que dieron origen a mis descubrimientos. Abydos ocultaba forzosamente otras tablas jeroglíficas con claves de la lengua sagrada. Una lengua que seguía negándome sus últimos tesoros que poseía un hombre, el Profeta, escondido bajo este sol deslumbrante.

Llegamos a Guirgeh en una mañana fresca. El viento del norte agitaba el Nilo. La ciudad de San Jorge, caída en la decrepitud tras haber conocido cierta gloria bajo los mamelucos, ocupa un recodo del río. Está casi aplastada por un alto acantilado. Numerosos pájaros, garzas, cornejas, gavilanes surcaban el cielo.

Había una aglomeración en el muelle. Discutían en voz alta y fuerte. Moktar, tras haber maltratado a algunos mirones, me avisó que el excavador de Anastasy quería verme.

-¿El excavador de Anastasy? -me extrañé-. ¿En qué emplazamiento trabaja?

-Lo ignoro.

El sirviente de Drovetti tenía un aire obstinado. No apreciaba nada aquella invitación.

-¿Dónde se encuentra ese hombre?

-En el convento de los Hermanos de San Jorge -contestó Moktar.

-L'Hote me acompañará -indiqué.

-Yo también -intervino el padre Bidant-. Ya que por fin podemos encontrarnos con verdaderos creyentes, mi presencia resulta indispensable.

-Como usted quiera -acepté.

El acceso al convento se reveló de lo más incómodo. Para llegar allí había que hacerse izar por una polea que nos subía hasta una altura considerable. Los monjes no

habían encontrado otro modo para sustraerse a los mil males con los que les agobiaban los árabes.

La iglesia y el convento de los coptos de Guirgeh se morían. Su asilo no se distinguía en nada de las demás casas del pueblo. Practicaban el voto de pobreza más allá de toda razón. El bienestar y la alegría estaban desde hacía mucho tiempo desterrados de la existencia de los tres o cuatro supervivientes que se consumían en una iglesia más sombría que una cripta. Llevaban cafetán negro y turbante que no indicaban en absoluto su condición de sacerdotes.

-¡Dios, qué miseria y qué fetidez! -se indignó el padre Bidant.

L'Hote, que compartía la opinión del religioso, prefirió quedarse en la puerta. Yo penetré con paso decidido en el interior del cuchitril, pues había reconocido al hombre que se había levantado para saludarme: el nadador desnudo que tanto había asustado a lady Redgrave.

-Soy el excavador de Anastasy -declaró en copto, lengua que no comprendían ni L'Hote ni Bidant-. Tengo un documento importante que entregarle. Mis hermanos no están al corriente. No le traicionarán. Sólo hablan árabe. Este lugar de culto desaparecerá dentro de poco. Encontrémonos esta noche en Qenah. Pida que le lleven al zar.

Sin añadir más explicaciones, se inclinó de nuevo y se apretujó contra el muro húmedo, junto a los demás monjes, sumidos en un torpor sin fin.

-¿Qué le ha dicho? -preguntó el padre Bidant.

-Que las excavaciones no dieron ningún resultado -contesté-, y que no había ningún modo de proseguir con ellas.

-Miserable país que deja morir a sus religiosos y rechaza la verdadera fe-refunfuñó.

Cada día que pasaba me iba volviendo un poco más egipcio. Entre el país y yo, ya no había ninguna barrera, ninguna cortina. Su cielo era ahora mi cielo, su tierra mi tierra. La magia más dulce deshacía mi carácter de europeo, mis costumbres de francés. Mi pensamiento fluía al compás del Nilo, conservando el surgimiento de los amaneceres y la quietud de los anocheceres.

-¿Está soñando, señor Champollion?

Lady Redgrave se había sentado a mi lado con tanta delicadeza que no había notado su presencia. Vestía una larga túnica blanca, casi transparente. Olía a perfume de jazmín. Al lado uno de otro, en un banquillo de madera, miramos desfilar la orilla por la que caminaba muy lentamente un joven montado en burro.

-¿Concertaremos una tregua?

-¿Acaso está en guerra, señor Champollion?

Pasé la mano por la barba negra que adornaba mi mentón.

-Desde siempre. En guerra contra los imbéciles y los mentirosos. Seguramente haya perdido de antemano, pero persevero. ¿No les ha sobrevivido el Egipto de los faraones?

-¿Por qué le obsesiona tanto Egipto? ¿No cree que existen otras filosofías, otras culturas no menos grandiosas? ¡Debería conocer las doctrinas de la India o de Irán, salir de su ciudadela faraónica!

-Es cosa hecha, lady Redgrave. Hace muchos años estudié las religiones de la India, de Irán y de China. Aprendí la lengua de estas civilizaciones. Incluso empecé a escribir un diccionario de antiguo persa, que dominaba bastante bien. Creí durante mucho tiempo que había una estrecha relación entre China y Egipto, que los jeroglíficos de estas dos grandes naciones provenían de la misma fuente. Me equivoqué. Pero la

India, Irán y China me han atraído profundamente. Incluso me hicieron vacilar, logrando casi disminuir mi amor por Egipto. Pero éste acabó ganando, como siempre. Las comparaciones jugaron a su favor. Los jeroglíficos son la lengua más hermosa del mundo. El pensamiento faraónico es el más completo, el más coherente, el más luminoso. Voy hacia él como un niño hacia su madre. Tengo el deber de servirlo, pero este cometido no me pesa. Es alegría. Aunque tuviera que caminar solitario hasta el final de mi vida para transmitir mi fe, no me arrepentiría.

-¿Tan solo se encuentra en el mundo? -preguntó ella.

-No. Tengo un hermano, Jacques-Joseph. No ha dejado de ayudarme, de animarme, de sacarme de los abismos donde caía. Si hoy estoy aquí, es gracias a él. Cien veces he estado a punto de renunciar, cien veces me ha convencido para que continuara. Hace mucho tiempo que me demuestra que él soy yo. Nunca seremos dos personas. ¡Maldito sea el día que nos separaría! No hay diferencia entre nosotros, ya que eso supondría que soy un ingrato. El presente, el pasado, lo que era, lo que soy, lo que seré, todo impedirá que lo sea.

Las palmeras, cada vez más numerosas, anunciaban la ciudad de Qenah. Su tronco estilizado se dividía en ramas que se desplegaban hasta las hojas en forma de abanico. Estaban cargadas de nueces tan gordas como un huevo de pato. Los fellahs comían su fruto, que sabía a pasta azucarada, y utilizaban las hojas para cubrir sus chozas.

-Y usted, lady Ophelia, ¿está sola en el mundo?

No obtuve respuesta. Se había ido.

Qenah se consagraba a la cerámica. La ciudad, repleta de hileras de vasijas de todos los tamaños, albergaba una multitud de hornos de alfarero. Los tejados de las casas, las palomeras, estaban hechos con vasijas, y muchas eran transportadas hacia otras ciudades por una numerosa flotilla.

Rogué a mis compañeros que se quedaran a bordo, alegando que la ciudad no era segura. Deseaba obtener una entrevista oficial con el potentado local, y sólo necesitaba la asistencia de Solimán.

Nuestra progresión por las calles de Qenah fue de lo más pintoresca. Delante de cada casa había unos montículos de cerámica, algunos de los cuales servían de asiento a unas mujeres sin velo que, sonrientes, nos saludaron con la mano. Descalzas, con vestidos negros, exhibían unos pesados brazaletes de plata. Aquella inmensa riqueza resplandecía en medio de escombros y montones de basura. Aquellas personas encantadoras poseían la fortuna de Qenah y manifestaban así su posición dominante. Fue a una de ellas a quien Solimán preguntó dónde se encontraba el zâr. Provisto de la preciosa información, me llevó a una callejuela estrecha, tortuosa, pasando entre unas casas agrietadas. La pestilencia era casi insoportable.

Ante nosotros se alzó un hombre de edad avanzada, grueso, armado con un alfanje.

-¿Qué están buscando?

-El zâr -respondió Solimán.

El hombre nos dejó pasar, señalando la puerta baja de una casa que parecía estar en ruinas. Tuvimos que apartar cascajos y basura para deslizarnos a cuatro patas por aquella abertura.

Penetramos en una habitación muy oscura donde palpitaban inquietantes presencias. Nos sentamos, acostumbrándonos a la penumbra. El lugar era sórdido. Los muros de tierra rezumaban humedad. Había paja podrida colocada en las cuatro

esquinas. En el fondo se habían instalado cinco mujeres que tocaban pequeños tambores.

Un hombre se levantó bruscamente, giró sobre sí mismo y cayó al suelo, con los labios llenos de baba. Una anciana lo arrastró hacia ella. Allí había más de veinte personas de ambos sexos.

-Son todos enfermos -explicó Solimán-. Han venido al zâr para curarse. Están poseídos por demonios. Sólo la magia puede liberarles de ellos.

Un hombre gordo se introdujo resoplando en la habitación. Se levantó con dificultad después de haber pasado la puerta y se dirigió enseguida hacia nosotros.

-Sean bienvenidos -nos dijo.

Los tambores dejaron de sonar.

-No se muevan -dijo el hombre-. Miren. Si su demonio no ha entrado en su alma, tendrá miedo y huirá.

Obedeciendo a una señal de su mano, la orquesta volvió a tocar. Una gran mujer huesuda, casi descarnada, se colocó en el centro de la habitación y comenzó un baile que pretendía ser lascivo. Abrió una boca desdentada para ofrecer a la asamblea una pobre sonrisa. Los espectadores patalearon. Un enfermo entró bruscamente en trance, revolcándose en el suelo. La orquesta intentó acompañarle en sus estremecimientos. El hombre gordo se arrodilló y tomó el rostro del enfermo entre sus manos. Cantando una melopea cubierta por el sonido de los tambores, magnetizó largamente al infeliz, cuyas convulsiones disminuyeron poco a poco de intensidad. El médico le cubrió entonces la cabeza con un paño húmedo y empezó a girarla hacia todos lados como si tuviera la intención de arrancarla del cuerpo. Cuando quitó el paño, el poseso abrió unos ojos blancos, desorbitados. El médico le sometió a un tratamiento de una violencia inaudita: le retorció las orejas, le golpeó la frente, le desarticuló los miembros. Quise intervenir para interrumpir aquel suplicio, pero Solimán me retuvo. Lo peor estaba aún por venir: el médico colocó al enfermo con la cara contra el suelo, caló su rodilla en medio de la columna vertebral y tiró de la cabeza del poseído hacia él como si estuviera decidido a romperle las vértebras. Horrorizado, cerré los ojos.

Se oyó un grito desgarrador. Apreté el brazo izquierdo de Solimán.

-Todo va bien-murmuró.

Apenas me atrevía a contemplar el penoso espectáculo. Vi al poseso levantarse de nuevo y volver a su sitio. Ayudado por dos mujeres con velo, el médico instaló en el centro de la habitación un pequeño altar de madera cargado de cirios encendidos y de un pebetero de incienso, cuyo olor enseguida deleitó el olfato. Las músicas dejaron de tocar el tambor y vinieron a formar un círculo alrededor del maestro de ceremonias, que pronunció unas letanías incomprensibles donde creí reconocer algunos nombres de divinidades egipcias. La mujer desdentada trajo un cordero negro amordazado que había estado hasta entonces escondido bajo una lona. Los ojos se me llenaron de lágrimas de indignación cuando el médico puso la hoja de un largo cuchillo sobre el cuello del pobre animal. Un momento después, la sangre de la víctima corría por el altar mientras se elevaba un encantamiento destinado a echar los espíritus infernales.

La vista del sacrificio desencadenó un trance colectivo. La mayoría de los enfermos entraron en una zarabanda desenfadada, empujándose, tirándose al suelo, golpeándose. Respaldándome contra el muro de tierra, vi al médico rociarse con la sangre del cordero, arrojar el cadáver por los aires y obligar a los enfermos a arrodillarse. Alzando los brazos, el terapeuta interrogó las fuerzas oscuras, señalando a cada poseso, uno tras otro.

Uno ofrecía un anillo de plata para ser curado, otro un abrigo, otro carne...

Aprovechando la confusión y el ruido, un hombre se había instalado a mi lado.

El monje copto que me había citado.

-Coja esto -dijo en voz muy baja ofreciéndome una tablilla de madera cubierta de jeroglíficos-. De parte del Profeta.

-¿El Profeta? -me sobresalté-. ¿Está aquí?

-Se ha marchado hacia el sur. No se quede aquí. Pueden volverse peligrosos. Hay auténticos locos.

Varios posesos mojaban sus labios en la sangre. Excitándose unos contra otros, empezaron a insultarse. Salimos de la habitación reptando, felices de volver a encontrar el aire libre.

-Deje algunas monedas en esta piedra -recomendó el monje copto-. Es el salario del médico.

De vuelta al barco, miré la tabla que me había dado el monje. Estaba cubierta de polvo. Tuve que limpiarla con cuidado, haciendo aparecer tarjetas que contenían nombres reales. El dibujo me pareció datar de una época remota.

Sentí una emoción muy violenta.

Se trataba de una lista que revelaba los nombres de los reyes de las más antiguas dinastías. Un documento de un valor incalculable que arrojaba una nueva luz sobre los orígenes de la civilización egipcia. Varios signos me eran desconocidos. Tuve la certeza de que el Profeta conocía los elementos que me faltaban. Sin duda le habían sido legados por una tradición oral que moriría con él.

La puerta de mi camarote se abrió con estruendo. Apareció el padre Bidant hecho una furia y con el rostro encarnado.

-¡Es intolerable, Champollion! ¡Me he enterado por el rumor público que ha participado en unos ritos satánicos!

Tenía ante mí a un gran inquisidor dispuesto a llevarme a la hoguera.

-No exageremos, padre... Me he visto obligado a unirme a una ceremonia algo pagana.

-¿Y con qué fin?

-Por este documento extraordinario -dije enseñándole la tablilla.

-¿Qué valor puede tener este odioso fragmento?

-Hace remontar los orígenes de la historia y del pensamiento, padre.

El religioso enrojeció de cólera.

-¡Está profiriendo abominables blasfemias! -gritó-. ¡Sólo hay una historia, la que enseña la Biblia! ¡Lo demás son mentiras! Abandone su falsa ciencia, Champollion, y arrepiéntase.

Mi única repuesta fue una sonrisa que exasperó al religioso.

-¡Otros, antes que usted, intentaron destruir la religión cristiana! ¡Fracasaron, gracias a Dios, y usted también fracasará!

Me levanté y di unos pasos.

-Comprendo sus temores, padre, pero ¿qué ocurre con los documentos?, ¿qué ocurre con esta ciencia que nace... la egiptología?

-¡La egiptología no existe y no puede existir! Egipto está muerto, definitivamente muerto, y usted no lo resucitará. Los jeroglíficos no tienen ningún significado. Son signos paganos, maléficos, que deben permanecer en la nada; destruya esa tabla, Champollion. A los ojos del Señor no tiene ningún valor.

Me encaré con él.

-Déjeme al menos un recuerdo. ¿Tan peligroso le parece este documento para su fe?

Me pareció que había muy poco amor y caridad en la mirada ardiente del padre Bidant. Su frente se cubrió de gotas de sudor.

-No comprende lo que realmente está en juego en su expedición, Champollion - explicó con tono súbitamente tranquilo, casi suave-. La Iglesia sigue de cerca sus trabajos desde que empezó a publicarlos. El Antiguo Egipto no amenaza la existencia del Vaticano, pero sería estúpido correr el menor riesgo. Estamos rodeados de infieles y de paganos. Todo lo que podría servir a su causa debería ser destruido, por mucho valor científico que tengan los documentos. La ciencia es diabólica cuando contradice la fe. Y usted será una encarnación del diablo si desafía al Señor todopoderoso. Observe y estudie todo lo que quiera. Pero guarde silencio. Deje a Egipto y a sus monumentos satánicos bajo la arena. Dios quiso que muriera aquella civilización orgullosa con sus divinidades. No vayamos contra sus designios y consideremos la Biblia como la única ciencia digna de respeto

-He sido educado en su religión, padre, pero a menudo me ha parecido hipócrita y engañosa. Poco me importa. La Providencia, si es que existe, me ha confiado una misión: hacer revivir el Egipto de los faraones del cual somos los herederos. La Biblia sólo es un texto entre otros muchos, que el antiguo Oriente ha sabido generar. La fe en un dios único, manifestado por diversas divinidades, ha existido antes del nacimiento del cristianismo. La historia egipcia se remonta mucho más en el pasado que la historia bíblica. Estas son las verdades que pronto podré demostrar.

El padre Bidant se santiguó. Su palidez era ahora extrema.

-Es usted peor que el diablo, Champollion. Es el Anticristo.

Volví a sonreír.

-Me honra demasiado. Sin duda sólo soy un viejo egipcio que ha regresado a su tierra natal, deseando rendirle homenaje. Vivo la aventura de esta nación como mi historia personal. Es mi sangre. Comparto la fe de los faraones, su deseo de construir, de elevar al hombre, de erigir templos a la gloria de Dios.

El religioso retrocedió espantado.

-¡Hijo mío, está desvariando! ¡Está cayendo en las garras del demonio!

-Cuando el mundo sepa descifrar los jeroglíficos, padre, descubrirá la más alta espiritualidad jamás concebida por una sociedad. Y entonces, ciertamente, nuestras convenciones y nuestras creencias serán cuestionadas.

Con una agilidad inesperada, el religioso se abalanzó sobre la tabla e intentó partirla. Incapaz de controlarme, luché ferozmente con él y logré arrancarle el precioso documento.

-¡Salga de aquí! -le ordené temblando de indignación.

El padre Bidant tendió hacia mí un índice amenazador.

-Ahora, Champollion, ¡es Dios mismo a quien tiene como enemigo!

No esperaba nada más de Qenah y me hubiera gustado dejar la ciudad lo antes posible para seguir las huellas del Profeta, estudiando la tabla con la ayuda de mis apuntes mientras el barco navegaría por el Nilo. Pero Rosellini me avisó que había cerca de allí, en Maabdèh, una catacumba llena de momias de cocodrilos y tal vez de papiros que podríamos adquirir a buen precio. Haciendo que surgiera en mí la insaciable curiosidad del excavador, me forzó a organizar una rápida expedición compuesta por él mismo y Néstor l'Hote.

Maabdèh llamaba la atención del viajante por su siniestra atalaya. Los aldeanos, con gran sorpresa nuestra, no se mostraron nada acogedores. Tenían el rostro cerrado. Algunos hasta se alejaron corriendo cuando nos acercamos, o se encerraron en sus

casas. Fue un adolescente de pelo rubio quien nos indicó el emplazamiento de las catacumbas.

Se penetraba en ellas desde la cima de una colina que L'Hote había escalado con su acostumbrada agilidad. Nos avisó que la bajada al interior de una especie de panteón no presentaba demasiado peligro. Introduciéndonos por una abertura más bien estrecha, llegamos a una sala cálida y polvorienta donde reinaba un olor desagradable, mezcla de resina y de pez. Nuestras antorchas ardían mal.

En el suelo o en agujeros poco profundos había restos de cadáveres de cocodrilos, algunos todavía rodeados de vendas hechas añicos. No había papiros.

-General -advirtió Néstor l'Hote-, es horrible. No avance más.

A sus pies, otro cadáver. El de un hombre con el cráneo aplastado. El monje copto, excavador de Anastasy, que me había ofrecido la tabla del Profeta.

-¿Cómo ha entrado aquí? -me indigné viendo a lady Ophelia Redgrave en mi camarote.

-Con la ayuda de Rosellini, señor Champollion. No puede quedarse encerrado.

-Tengo mis motivos.

-Los conozco. Rosellini y L'Hote me han hablado de su horrible descubrimiento.

-Más horrible de lo que supone. El nadador desnudo que recibió su limosna, ese desdichado monje copto, estaba al servicio de Anastasy. Es la banda rival, la de Drovetti, quien le ha matado.

-No tiene ninguna prueba. Puede tratarse de un ajuste de cuentas local.

-Si estoy en lo cierto, la guerra está declarada. Todos estamos en peligro. No tengo derecho a hacerle correr estos riesgos extremos.

-Ya no somos niños, Champollion. Reunámonos y decidamos juntos. Que cada uno asuma sus responsabilidades.

La dulce y bella inglesa manifestaba una voluntad que no me desagradaba.

-Soy el jefe de esta expedición, lady Ophelia Redgrave, y no tengo intención de compartir mi autoridad con nadie.

-Un jefe que duda de sí mismo -ironizó agitando su abanico-. Un jefe que se retira en la soledad en lugar de ir al frente.

Herido en lo vivo, cogí su muñeca, apartando el abanico que ocultaba su rostro.

-No se equivoque, lady Ophelia. Tuve un momento de debilidad, sin duda... Gracias por animarme de nuevo. Sea mi embajadora, ¿quiere? Pregunte a nuestros compañeros si desean continuar esta aventura sabiendo que nos persiguen los esbirros de Drovetti. Unos esbirros que incluso pueden matarnos. Si uno de ellos desea renunciar, que venga a verme aquí.

-Aprecio esta misión, Jean-François. La cumpliré inmediatamente.

Una hora después salí de mi camarote.

Nadie había renunciado.

Ya era de noche cuando llegamos a Denderah. Una noche olorosa y apacible. Había un magnífico claro de luna y sólo estábamos, según mis cálculos, a una hora de distancia de los templos. ¿Quién habría resistido a la tentación? Cenar y partir en el acto fue cosa de un instante.

Solos y sin guía, la cabeza envuelta en unos albornoces blancos, armados hasta los dientes, partimos campo a través. Caminamos valientemente, cantando las marchas de las óperas más recientes para calmar nuestra impaciencia. Pero no encontramos nada y temimos habernos perdido. Atravesamos un bosquecillo de palmeras, y luego unas hierbas altas, zarzas y malezas.

Una llanura vacía, desierta, sin fin.

¿Había que retroceder? Ni hablar. Los templos se encontraban forzosamente en aquellos parajes. Sentía su presencia amistosa.

Lady Ophelia nos convenció de que gritáramos todos juntos para señalar nuestra presencia. Sólo nos contestaron los ladridos de unos perros vagabundos. L'Hote,

animado por un ardor inagotable y tomándose en serio, nos aconsejó que continuáramos. No temía a los demonios nocturnos.

Fue en un recodo del camino pedregoso donde vimos a un fellah dormido bajo una acacia. Cubierto de harapos negros, auténtica momia ambulante, puso pies en polvorosa. L'Hote le atrapó. Aterrorizado, tembloroso, escuchó nuestras preguntas y aceptó guiarnos hasta los lugares santos. El pobre diablo, flaco y seco, nos había tomado por una tribu de beduinos. Un europeo, sin vacilar, nos habría considerado como un cabildo de cartujos belicosos. El fellah nos puso en el buen camino y acabó caminando de buena gana. Nos guió muy bien y le tratamos de igual modo.

Al cabo de una ruda marcha de dos horas, el templo de Denderah apareció por fin.

¡Allí, ante el inmenso pórtico bañado en claridad celeste, qué extraordinaria sensación! Bien puede medirse, pero dar una idea de él ¡es imposible! Es la gracia y la majestuosidad unidas al grado máximo. Una paz indescriptible y una magia misteriosa reinaba sobre aquellas columnas gigantescas, sumidas en unas espesas tinieblas que contrastaban con el deslumbrante claro de luna.

L'Hote encendió una hoguera de hierbas secas en el interior. Un grito de entusiasmo brotó de todas las gargantas. La fiebre y el entusiasmo se apoderaron de nosotros. Nos abrazamos los unos a los otros, en la exaltación de descubrir un templo admirablemente bien conservado, de revivir las horas de meditación y de oración que habían vivido los sacerdotes egipcios durante milenios. Hasta el padre Bidant parecía subyugado.

Nos quedamos dos horas en éxtasis en el interior del templo de Denderah, corriendo por las grandes salas con nuestro farolillo, intentando leer escenas e inscripciones.

-Deberíamos pasar la noche aquí -sugirió Rosellini.

-No. No tenemos el material necesario para estudiar. Volvamos a los barcos por el buen camino y regresemos lo antes posible.

Con el pensamiento lleno de sueños, mis compañeros formaron en procesión para dirigirse hacia el Nilo. Quise cerrar la marcha, con una antorcha en la mano.

Una sombra se perfiló detrás de mí. Desenvainé mi sable.

-¿No tendrá usted miedo de una mujer, Champollion?

La luz rojiza bailaba en el fino rostro de lady Redgrave.

-No se quede atrás, lady Ophelia. Podría ser peligroso. Probablemente hay merodeadores.

-No les tengo miedo -dijo levantando la cabeza hacia el cielo estrellado-. Ya no temo a nada. Me ha hecho vivir el momento más intenso de mi existencia. En el interior de ese templo, en presencia de las divinidades, he sentido la realidad de otro mundo, mucho más real que el que nos ofrecen nuestros ojos. Es usted quien me ha traído aquí, Jean-François Champollion. Quiquiera que sea realmente, no lo olvidaré nunca.

Me hubiera gustado interrogarla, preguntarle el significado de aquellas extrañas palabras, disipar el equívoco respecto a mí...; pero lady Redgrave estaba ahora en el centro de la procesión.

Volvimos al templo a las siete de la mañana, provistos del equipo necesario para levantar los planos y copiar textos y escenas. Lo que era magnífico a la luz de la luna lo era aún más cuando los rayos del sol nos hicieron distinguir todos los detalles. Vi entonces que el templo era una obra maestra de arquitectura, pero cubierto de esculturas del peor estilo comparadas con la mano divina de los escultores de los tiempos antiguos. Los bajorrelieves de Denderah datan de una época de decadencia. El edificio, que está

dedicado a Hator, la diosa de la alegría, capaz de engendrar la brillantez de las estrellas, fue comenzado, al menos en su forma presente, por los ptolomeos y acabado por los emperadores romanos. Pude incluso determinar, gracias a los nombres reales inscritos en las tarjetas, que los principales constructores se llamaban Cleopatra, Cesarión y Augusto. Si la escultura se había deteriorado, la arquitectura, menos propensa a variar, ya que es un arte cifrado, se ha mantenido digna de los dioses de Egipto y de la admiración de los siglos.

Nos quedamos contemplando las gigantescas columnas del pórtico. En realidad, son unos inmensos instrumentos musicales, unos sistros coronados por cuatro rostros de la diosa Hathor. Agitándolos, los iniciados desencadenaban un zumbido que difundía las vibraciones divinas por todos los confines del mundo. Sospecho que el templo entero es un haz de resonancias que actúa en nuestras almas y nuestros cuerpos. Unos vándalos, entre los cuales hubo cristianos fanáticos, por desgracia han desfigurado varios retratos de la diosa del amor, como si ésta pudiera turbar sus creencias. Como ella es quien se encarga de recibir a los muertos en la orilla del otro mundo, no estoy seguro de que hayan sido muy bien acogidos allí. Estoy convencido de que nuestros actos conocerán su repercusión en lo invisible. Quien haya destruido será destruido.

-¡Que me den una pala y me dejen aquí! -exigió L'Hote-. ¡El templo está medio hundido en la arena! La mitad de las columnas es invisible... ¡Qué perspectiva, cuando todo esto esté despejado!

La arena, ciertamente, ha sido la aliada de Denderah. Ocultando buena parte de sus relieves, los ha protegido de los iconoclastas. Habrá que proponerse quitarla y restituir el edificio en su esplendor original.

En compañía de Rosellini, caminé hasta el fondo del santuario, avanzando paso a paso en el misterio del templo, sin olvidar levantar la mirada hacia el techo donde se despleaban cuadros astrológicos; cartas del cielo, divinidades del cosmos.

-¡Qué inmenso trabajo nos espera, maestro! Se necesitarán decenas de años para copiar y traducir este gigantesco libro.

-Y más aún para comprenderlo, Rosellini. Ahora entiendo el significado de las palabras de Napoleón.

-¿Es que estuvo con él?

-Sí, en Grenoble, cuando regresó de la isla de Elba. Fue mi hermano, del cual había hecho su secretario, quien organizó aquella entrevista. En la recepción de los órganos constitucionales, el emperador me distinguió en la muchedumbre y me prometió hacer imprimir mi diccionario de la lengua copta.

Incluso deseaba que el copto fuera la lengua oficial del Egipto moderno. Napoleón estaba fascinado por Egipto. Llevaba con él un talismán y creía que la magia de las pirámides le protegía. Estaba convencido de que los antiguos egipcios disponían de conocimientos prodigiosos. El conocía Egipto. Yo soñaba con él.

El fellah harapiento, nuestro excelente guía, se acercó a mí y quiso hacerme descubrir otra maravilla. Levantando una losa, dio acceso a un pasillo subterráneo que llevaba a una cripta. En sus muros vi, a la luz de las antorchas, extraordinarias figuras que hablaban de la fabricación del oro espiritual. Tras la astro-logia en el techo del templo, la alquimia en sus cimientos ocultos. Sólo el faraón tenía acceso a estas ciencias sagradas.

El fellah y yo estábamos sentados en el polvo, fascinados por el espectáculo de estos símbolos, vasija, serpiente alzada, cabeza de halcón, que explicaban cómo el hombre se convertía en luz.

-¿Te has cruzado con el que se hace llamar el Profeta? -pregunté.

-No hay más Dios que Dios y Mohammed es su profeta -contestó, ofendido.

-Se trata de un personaje de gran estatura con una barba blanca tallada en punta - insistí-. Camina con un gran bastón de puño de oro. Comprende los signos y las figuras de los antiguos.

El fellah agachó la cabeza, dejándola reposar sobre sus rodillas. Reflexionó largamente.

-Un hombre parecido a ése vino aquí, hace dos lunas... yo no le vi. Pero dicen que se quedó toda una noche sobre el tejado del templo.

-¿Le vieron marcharse?

-Dicen que se embarcó en una falúa y que tomó la dirección de Tebas.

Siguiendo un pasillo ascendente en cuyos muros estaban representados unos sacerdotes formando una procesión inmortal, accedí a mi vez al tejado del templo de Denderah. La belleza del espectáculo me embriagó de inmediato. El campo, el Nilo, las colinas del desierto, formaban un cuadro de una serenidad absoluta cuyo centro ocupaba el templo. Los astrólogos, «los sacerdotes de la hora» como les llamaban los antiguos egipcios, venían aquí a aprender su arte.

Los colores de la puesta del sol ya empezaban a revestir las piedras con una luz cálida y dorada.

Lady Redgrave estaba sentada en una de las esquinas del tejado, con la mirada fija en un palmeral que sobrevolaba un ibis con las alas desplegadas. Se había quitado el sombrero. Su cabello rubio veneciano caía en volutas sobre sus hombros. Su piel, tan blanca cuando llegó a Egipto, estaba ahora morena, dándole un encanto oriental. Vestida con una blusa amarilla y una falda negra, nunca había estado tan hermosa.

Denderah, templo de la diosa del amor... ¿no se encarnaba en esta mujer misteriosa, de rostro perfecto, cuya dulzura ocultaba la pasión? ¿No me ofrecía la visión de una felicidad imposible y sin embargo tan presente, mientras el sol bajaba sobre el horizonte?

Volvió la cabeza con extrema lentitud.

-Sabía que estaba ahí, Jean-François. Venga a sentarse a mi lado.

-Lady Ophelia, me hubiera gustado preguntarle...

-Cállese. Hablaremos un poco más tarde. Déme la mano.

El poniente se abrasó. Las luces del último sol, jugando con el verde de las palmeras, extendieron un manto naranja sobre los campos donde se elevó un aire de flauta.

Una sola jornada dedicada a Denderah... ¡Qué sacrilegio! Pero había que continuar la ruta, llegar a Tebas donde el Profeta sin duda se había refugiado. En mi camarote, sobre mi mesa de trabajo, estaban desplegados los cuadernos donde había hecho constar mis descubrimientos más recientes. Empezaba a leer los jeroglíficos, ciertamente, pero tanteando, como un lector principiante que identifica letras, a veces palabras, raramente frases. Todavía me faltaba una clave de coherencia.

Mi pensamiento caminaba entre la vida y la muerte, que dos cartas me habían igualmente prometido antes de que saliera para Egipto. Una y otra, ciertamente, habían comenzado a revelarse a medida que progresaba hacia el sur. Aunque Abdel-Razuk había desaparecido y Moktar fingía ser un sirviente apagado y obediente, la sombra de Drovetti y de su amo el pacha seguían planeando por encima de nosotros. Pero también estaba la magia bienhechora de los Hermanos de Luxor, el Egipto de los templos, lo sublime de un viaje que me llevaba más allá de toda esperanza... Aquello era la verdadera vida, la vida renovada, el más precioso de los tesoros.

¿Qué iba a reservarme Tebas, la hermana mayor de todas las ciudades, el corazón de todos mis sueños desde la adolescencia?

¿Qué quedaba de la mayor y más famosa capital del antiguo mundo? Llamaron a mi puerta. Abrí.

El profesor Raddi solicitó una entrevista que le concedí en el acto.

-No hemos tenido ocasión de hablar desde el principio de nuestro viaje -empezó diciendo, sentándose en mi cama y sobre algunos papeles que había dejado ahí-. Quiero declarar que estoy muy satisfecho, con las piedras recogidas y con las perspectivas científicas que vislumbro.

-¡Me alegra saberlo, profesor! Es usted tan solitario que no me pareció conveniente molestarle en sus investigaciones.

-Se lo agradezco, Champollion... Efectivamente, me he acostumbrado a no comunicarme demasiado con la humanidad. Me aburre. Las piedras me hablan mucho más, y también me dan el sentido de la observación, añadió con aire sombrío.

-¿Qué quiere usted decir?

El profesor Raddi miraba fijamente delante de él como si yo no existiera.

-A su alrededor no sólo hay amigos...

Su voz era casi apagada.

-¡Revela demasiado o demasiado poco, profesor! ¿A quién acusa de ese modo?

-Simples observaciones científicas. ¿Cree que Rosellini es realmente un discípulo leal?

-Estoy convencido de ello. Es totalmente sincero y adicto. Tiene, es cierto, algunos defectos... sin duda pasa demasiado tiempo negociando y adquiriendo. Pero no me cabe ninguna duda sobre su deseo de descubrir y aprender.

Raddi meneó la cabeza, mientras quitaba el polvo a su traje arrugado.

-Se puede ser genial e ingenuo a la vez -suspiró-. Apuesto a que le traicionará. ¿Y su Néstor l'Hote? ¿Qué meta persigue?

-Expresar su arte de dibujante participando en una aventura fuera de lo común -contesté con firmeza-. ¿No le parece lo bastante noble, como proyecto?

-El discípulo Rosellini sólo piensa en ocupar el lugar del maestro, y el valiente soldado L'Hote en convertirse en general... En cuanto a la encantadora lady Redgrave, sólo Dios sabe de lo que es capaz. Una espía, seguramente... pero también una mujer enamorada. Puede destruir o crear, al capricho del corazón. Espero que la corriente le sea favorable. Yo no tuve esa suerte. La señora Raddi es una tigresa de la peor especie. Debí negarme a casarme con ella, pero no me atreví. Siempre me dio miedo. Siempre tiene razón. En este país perdido, me he divertido por primera vez en veinte años. Casi he olvidado la mineralogía. Es la razón por la cual no volveré a Europa. Allí hay demasiados reglamentos, demasiada disciplina. Aquí me toman por un viejo loco y me dejan en paz. No tengo que rendir cuentas al desierto. Con él, hablo sin reserva mental. Me contesta sobre lo esencial. Sé por qué le fascina este país, Champollion. Es mágico. Es de otro mundo. Usted tampoco regresará.

Guardé silencio durante un largo rato. Raddi fijó su mirada en mi mano derecha.

-Tiene ahí un magnífico anillo de jaspe... ¿podría examinarlo?

-Lo siento, profesor. No debe separarse de mí.

-¡Ah! Usted también cree en los talismanes... ¡Es la magia, se lo aseguro! La ciencia me parece tan ridícula, tan infantil con sus medidas y sus cifras, comparada con el desierto... Protéjase, Champollion. No hay mejor estrategia contra la desgracia.

-¿Por qué no ha hablado del padre Bidant?

El profesor Raddi frunció el entrecejo. Contrariado, se levantó y abrió la puerta del camarote. Cuando iba a salir, se detuvo.

-Es usted el mayor genio que he tenido la suerte de conocer, Champollion. Su destino le guía y no puede hacer nada. Pero no olvide que el hombre, aunque lleve sotana, puede convertirse en la peor de las fieras.

Hace ya dos días que el viento nos contradice y nos cierra la entrada del santuario: Tebas. Este nombre, esta ciudad me obsesionan hasta el punto de volverme odioso con mis compañeros. No dejaba de estudiar los planos una y otra vez, así como los mapas y las descripciones de antiguos viajeros. De pronto, una idea cruzó mi mente. Me abalancé sobre el puente. El que buscaba no se encontraba allí. Estaba en la orilla fumando el narguile debajo de una acacia. Caminé hacia él a grandes zancadas, con una determinación que le asustó.

-Moktar, ¿has estado antes en Tebas?

-No... no, no lo creo...

-Mientes. ¿Cuántas veces has venido aquí con Drovetti?

-Cuando me necesitaba...

-¿Te dio la orden de destruir los monumentos?

-El no... los respeta mucho. Pero todos somos servidores leales del pacha...

Un escalofrío me heló los riñones.

-¿Qué exigió?

-Tebas está llena de viejos monumentos... El pacha pensó que había que derribar unos cuantos para construir refinerías de azúcar y manufacturas de algodón.

Le agarré por los hombros.

-¿Cuántos templos han sido desmontados?;

-Una docena... tal vez más.

-Tal vez más... -repetí, totalmente desquiciado.

Me alejé de Moktar, a quien le importaba un comino la suerte de los monumentos tebanos. Siguió fumando el narguile, observándome de reojo.

Un golpe de viento me azotó la cara.

¡El viento!

El viento que abría por fin la ruta de Tebas.

El cielo del Alto Egipto es el más hermoso que hay. El dios sol reina allí como señor absoluto, pero sabe engendrar un azul de una pureza tan perfecta que la mirada se pierde en él con deleite.

En las orillas, la riqueza depositada por el Nilo, un mantillo negro, graso, ligero. Los vientos del desierto propagan un calor seco cuya impresión es comparable a la que se recibe de la boca de un horno corriente, cuando se retira el pan.

Aquel espectáculo, del cual no me cansaba, no hizo callar mi impaciencia. El barco se acercaba al muelle. Aparecía Tebas.

-Tal vez sería más prudente continuar nuestro camino -dijo Solimán, que estaba a mi lado.

Miré estupefacto al que pretendía ser mi hermano.

-¿Renunciar a Tebas? ¡Te has vuelto loco, Solimán!

-Mire a su izquierda, el gran árbol...

Un sicómoro gigante sombreaba parte de la orilla. Su tejado de hojas bajaba casi hasta el suelo y debía ofrecer un refugio delicioso en los momentos de gran calor.

-El árbol es magnífico, pero...

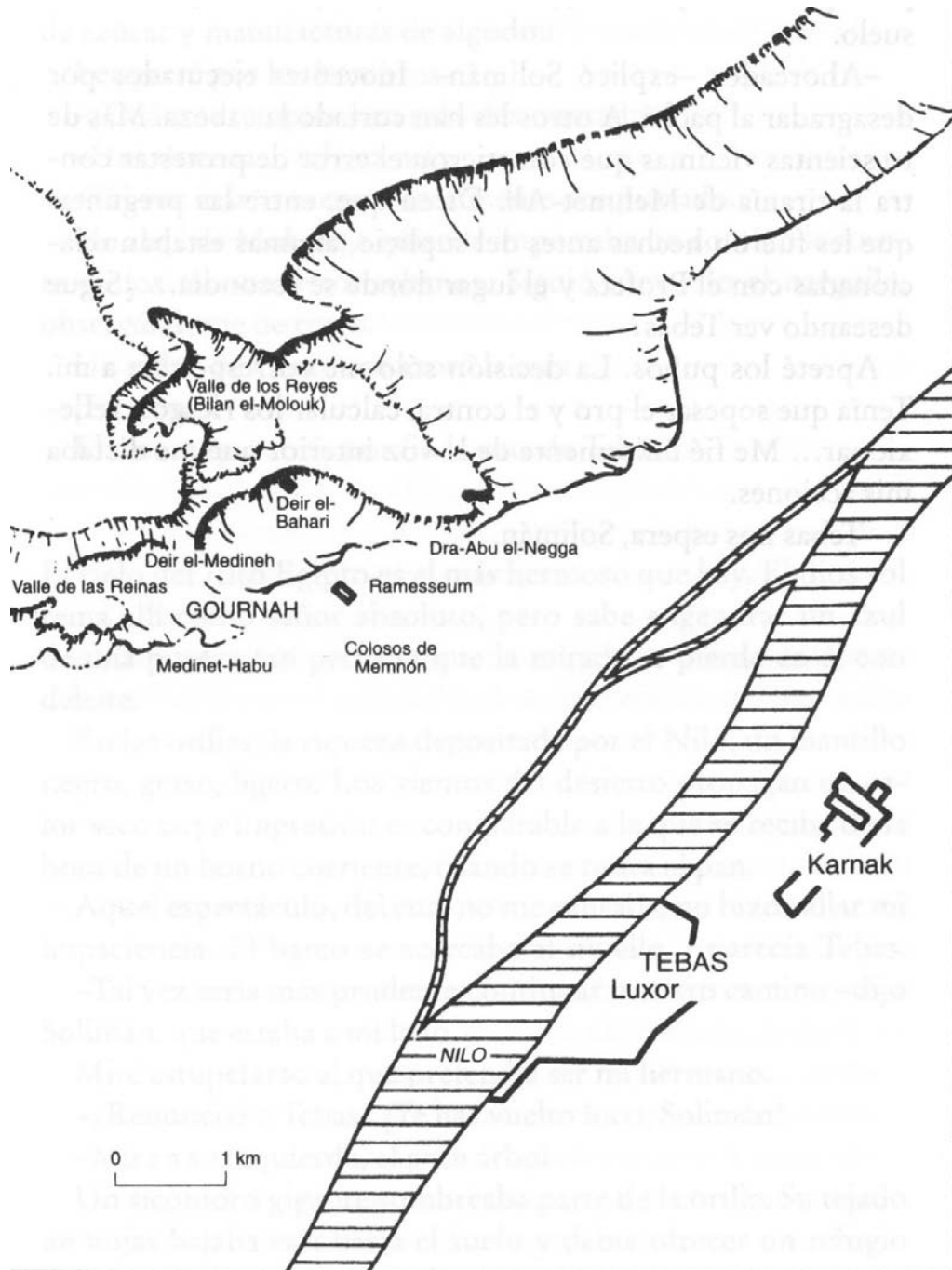
-Mire mejor.

A pesar de la distancia que nos separaba de él, creí ver unos pies que salían por debajo de las hojas, pero no tocaban el suelo.

-Ahorcados -explicó Solimán-. Inocentes ejecutados por desagradar al pacha. A otros les han cortado la cabeza. Más de trescientas víctimas que cometieron el error de protestar contra la tiranía de Mehmet-Alí. Dicen que, entre las preguntas que les fueron hechas antes del suplicio, algunas estaban relacionadas con el Profeta y el lugar donde se escondía... ¿Sigue deseando ver Tebas?

Apreté los puños. La decisión sólo me correspondía a mí. Tenía que sopesar el pro y el contra, calcular los riesgos, reflexionar... Me fié únicamente de la voz interior que me dictaba mis acciones.

-Tebas nos espera, Solimán.



Cartografía C.A.R.T

Los dos barcos anclaron delante del templo de Luxor. Unas golondrinas bailaban en la brisa que acompañaba la salida del sol. A lo lejos, las crestas de la montaña de oriente se tiñeron de rojo. Primero hubo una orla de azafrán, y luego un aura resplandeciente invadió el cielo. Apareció el disco solar, iluminando el Nilo con unos resplandores deslumbrantes que, de reflejo en reflejo, despertaron el campo.

En su inmenso dominio tebano, el dios Amón ha ofrecido un amplio lugar a los seres vivos: campos verdes y bien regados, divididos en pequeños cuadrados, cosechas abundantes, palmeras en bosquecillos. Con el nacimiento del día, los hombres y los animales se preparaban para afrontar su labor cotidiana. Delante de las casas, unos niños desnudos jugaban con unos muñecos de trapo. En la orilla del río, los chirridos de los chadoufs difundían sus primeras quejas. Las mujeres se iban a por agua. Los burros y los camellos se ponían en movimiento con paso tranquilo hacia los cultivos, de donde regresarían cargados de pesados fardos.

El aire era dulce. Lo absorbí como si fuera una auténtica golosina. No hay palabra que pueda describir este clima maravilloso donde la luz penetra cada partícula del cuerpo. Sería una jornada como las demás, habitada por el sol, el Nilo, los templos y los trabajos de los hombres. Una jornada perfecta donde la vida y la muerte aceptarían, una vez más, fraternizar.

Ante mí se alzaba Luxor, inmenso palacio divino, precedido por dos obeliscos tallados con un trabajo perfecto en un solo bloque de granito rosa y acompañados por cuatro colosos hundidos hasta el pecho. Reconocí enseguida el arte de Ramsés el Grande. El Nilo amenaza el edificio; si no se hace algo para protegerlo, pronto será atacado por las aguas y se socavará.

Los indígenas son poco respetuosos con este glorioso pasado. Han levantado unos muros de barro cocido sobre las mismas ruinas para separar sus miserables viviendas instaladas entre los capiteles de las columnas. Los palomos y las gallinas se alborozan al nivel de las flores de loto de piedra, los perros corren entre los bajorrelieves y unas figuras admirables de divinidades están cubiertas de excrementos. La parte derecha del gran pilón de entrada está obstruida por palomares. Ante lo que fue la fachada de un templo de líneas perfectas hay dos camellos echados, esperando a que sus dueños concluyan sus interminables transacciones.

El interior del templo está aún más devastado. Hay hornos de pollo, guarderías infantiles, la casa de un capitán turco, los restos de una iglesia cristiana y hasta de una mezquita que oculta buena parte del monumento. Luxor es el santuario egipcio más profanado y el más maltratado.

Vencido por esta visión desgarradora de una Tebas con la que, equivocadamente, había soñado demasiado, lloré, escondiéndome detrás de una columna manchada de negro por el humo.

Aquella triste meditación duró tal vez varias horas. Fue L'Hote quien logró encontrarme. Le mostré un rostro sereno, consiguiendo disimular mi pena.

-¡Venga rápido, general! Voy a poder despejarle los obeliscos.

-¿Por qué milagro?

-Bastará con derribar las chozas de ladrillos de limo seco que están adosadas a ellos.

Los ojos de L'Hote brillaban de excitación.

-Se lo prohíbo.

-¿Y por qué? -se sorprendió.

-Dejaríamos sin techo a varias familias pobres. No tenemos derecho a hacerlo.

Néstor l'Hote no comprendía mi decisión. Como soldado disciplinado, no se rebeló. Pero me di cuenta de que la amistad que sentía por mí estaba gravemente perjudicada.

-Me conformaré con dibujar -anunció.

-Trabaje sin descanso -recomendé-. La arquitectura y los relieves son del mejor estilo. Al menos hay que salvar eso.

La jornada fue de estudio. Tomé apuntes aquí y allá, imaginando una formidable campaña de excavaciones que liberaría al templo de sus aciagos oropeles sin perjudicar a los pobres. Mi corazón se rebelaba ante la idea de que unos seres humanos fueran tan inconscientes de las maravillas que tenían al alcance de la mano. Un examen superficial me permitió descubrir que Luxor revelaba el misterio del nacimiento divino, el modo en que el faraón fue creado por los dioses para convertirse en el amo de Egipto, el mediador entre Dios y el hombre. ¿Conseguirían renacer aquellas sublimes revelaciones, ahogadas por las basuras de la humanidad?

Fue por la noche cuando Luxor, tan mancillado, me reveló un esplendor que recordaba su belleza de antaño. Un viento ligero me ofreció un nuevo sosiego. Unos colores cálidos cubrieron los muros y las columnas. El velo anaranjado del crepúsculo se extendió sobre el gigante de piedras, borrando las zarzas, los desperdicios y las chabolas.

Los graznidos de las aves de corral desaparecieron. Los indígenas dejaron de circular entre las ruinas y entraron en sus chozas para preparar la comida. Rosellini y L'Hote habían vuelto al barco.

Estaba solo en el santuario, solo con lo que había sido una inmensa sala de fiestas donde dioses y hombres comulgaban en una alegría luminosa. Sin embargo, mis pensamientos no conseguían elevarse más allá de las inquietudes originadas por las confidencias del profesor Raddi. ¿Estaba realmente rodeado sólo de traidores, ineptos y envidiosos? ¿Cuál de ellos estaba al servicio del enemigo? ¿Qué plan había trazado contra mí y cómo pensaba llevarlo a cabo? ¿No era el profesor Raddi un mentiroso redomado, él, que había intentado apoderarse de mi anillo protector?

En el centro del templo, apaciguado por su belleza, evaluaba el camino recorrido desde mi partida de Grenoble. Esta expedición, que sólo tendría que haber sido una aventura arqueológica, había provocado odios y pasiones, obligándome a lanzarme en un combate para el cual no estaba preparado. Ahora soy adversario del omnipotente pacha de Egipto, del despiadado Drovetti, de sus hordas de saqueadores y asesinos, cruzándome en su camino y bien decidido a no retroceder. Estos hombres se han propuesto saquear Egipto, destruirlo antes de que sea descubierto. Y seguramente preparan algo todavía peor. Para ellos, sólo soy una brizna de paja. Pero una brizna oficial enviada por el gobierno francés. Ese gobierno contra el cual he luchado tanto no hace mucho tiempo...

-Es su pasado que le invade, ¿no es así?

Lady Ophelia Redgrave se había acercado silenciosamente. Se quedó de pie detrás de mí.

-Estas piedras volverán a surgir algún día en todo su esplendor -dijo-. Lo presiento.

-Los sabios son demasiado tontos, demasiado cobardes...

-No ha sido muy amable con sus colegas... mi tío le describía como un hombre de carácter desabrido que acusaba a sus rivales de imbéciles y de incompetentes.

-No se equivocaba. Si conociera a los eruditos franceses... los Quatremère de Quincy, Raoul Rochette o Silvestre de Sacy... Son incapaces de comprender la importancia de la civilización egipcia. Son unos viejos burgueses presuntuosos, hundidos en sus costumbres mentales, hostiles a cualquier descubrimiento. Me hubiera gustado ponerles a prueba, hacerles trabajar día y noche en la pequeña biblioteca que me había acondicionado mi hermano, en Grenoble. Sólo teníamos dos habitaciones, llenas de libros. Comprábamos libros continuamente y los devorábamos. Era el alimento más succulento. Jacques-Joseph me enseñó gramática, latín, griego, hebreo... y le completado su enseñanza con el arameo y el copto.

El sol poniente había invadido el templo. La suavidad de la luz, la tibieza del anochecer nos convertían en cómplices hablando en voz baja para no molestar a los dioses.

-Mi tío afirma que usted no ha descubierto nada y que es un impostor.

-¡Young es un mentiroso y un envidioso! -me enfurecí-. Fue el 14 de septiembre de 1822, a mediodía, cuando entreví por primera vez la lectura de los jeroglíficos. «Lo tengo», dije a mi hermano antes de caer en un desvanecimiento que duró tres días. Había tenido tiempo de dictarle algunos principios de desciframiento que queríamos enviar a uno de esos sabios de pacotilla, ese pobre traductor de Sacy. Conseguí que Jacques-Joseph olvidara a ese siniestro personaje y enviara un informe a Dacier, que apreciaba mucho a mi hermano. Desgraciadamente...

-¿Desgraciadamente?

-Nadie comprendió nada de mi descubrimiento. Como era republicano y mostraba demasiado abiertamente mis opiniones, me echaron de mi puesto de profesor de Grenoble. Mi hermano me acogió en París, calle Mazarine, para confiarme la educación de sus hijos. Aquel trabajo no me gustaba nada, lo confieso, pero me permitía continuar mis investigaciones sin preocuparme por el dinero y el alojamiento. El silencio de las noches de Egipto no se puede comparar con nada. La gente se calla, el campo se hunde suavemente en el sueño, los templos adquieren el aspecto de sabios de piedra.

La paz de Luxor atenuaba la curiosidad de recuerdos que se mezclaban en mi memoria. Lady Redgrave me interrogaba y yo no oponía resistencia. Nunca había evocado aquellos períodos difíciles de mi existencia que la suerte no visitó. Mi única fortuna era mi inquebrantable voluntad de hacer hablar a Egipto, de hacer oír esa voz inmensa en el origen de toda civilización.

-¿Nunca le detuvo la policía? -preguntó lady Redgrave, recelosa.

-Detenerme, no; exiliarme, sí... y me siento orgulloso de esa condena.

Fue el Terror blanco quien nos obligó, a mi hermano y a mí, a vivir en Figeac. Allí nos infligieron mil molestias. La justicia, a pesar de su mala fe, no pudo apreciar ningún delito contra nosotros. Todo eso me parece irrisorio ahora... sólo guardo un hermoso recuerdo: el de las noches de trabajo, a escondidas, en el dormitorio del liceo de Grenoble, donde utilizaba una vela para traducir los autores griegos y latinos. Mis compañeros dormían. Estaba solo con unos textos, unos pensamientos, unas palabras arrancadas al silencio y la muerte.

-Venga -dijo-. Tengo ganas de pasearme.

Los bajorrelieves de Luxor, tan finamente grabados, se volvían invisibles. La noche caía deprisa, dejando que una luna brillante iluminara el templo. Cogidos de la

mano, fuimos hasta el santuario donde se guardaba la barca sagrada llevada por los sacerdotes cuando el dios Amón manifestaba su presencia al pueblo.

Ya sólo éramos dos siluetas perdidas en el secreto de un lugar sagrado donde, en presencia del creador, el faraón se unía a la gran esposa real en la boda ritual. Los jeroglíficos inscritos en las paredes volvían ese acto perpetuamente presente, siempre que una mirada se posara sobre ellos para resucitarlos.

Aquella noche me pareció que el templo de Luxor resplandecía de amor.

-¡Despierte! ¡Despierte, se lo ruego!

Sin brutalidad pero con vigor, Solimán me sacudía. Era el único que poseía una copia de la llave de mi camarote. Tardé unos segundos en despejarme. Durante mi corto sueño, había soñado con unas excavaciones grandiosas, con templos liberados de las arenas, bajorrelieves restaurados... Estaba reconstruyendo todo Egipto.

-¿Qué ocurre, Solimán?

-Mehmet-Alí, el todopoderoso pacha de Egipto, acaba de llegar a Tebas.

Di un brinco.

-Solimán, prepárame una entrevista.

Mehmet-Alí había fijado su domicilio en una amplia mansión que tenía la mitad de las ventanas obstruidas. Me recibió a mediodía, rodeado de numerosos cortesanos que fumaban el narguile y bebían té verde. Sentado en un sillón estilo Imperio, Mehmet-Alí alisaba su larga barba blanca recién perfumada por un sirviente.

-Me alegro de volver a verle, Champollion. ¿Le está dando su viaje las alegrías que esperaba?

Manteniéndome a una distancia respetuosa del tronco, me incliné con deferencia.

-Que el cielo le sea favorable, su beatitud, por haberme concedido audiencia.

El pacha ordenó que me ofrecieran pastas de miel y té. Me tomé el tiempo de saborearlos, sin querer precipitar una conversación durante la cual estaba decidido a lanzar el desafío más arriesgado. Pensaba haber encontrado la manera de vencer al tirano sin hacerle perder prestigio. Si el intento fracasaba, sería el final de mi aventura.

-La salud de su beatitud parece floreciente.

-No podría estar mejor, Champollion. Nunca he estado tan decidido a cumplir con mis deberes y a hacer rico y feliz a mi pueblo. La industrialización de mi país es la tarea más urgente. Soy consciente, ciertamente, de la necesidad de preservar algunos monumentos antiguos, pero debo ante todo preocuparme del presente.

La advertencia era clara. Mehmet-Alí me prohibía evocar los edificios que había hecho dismantelar.

-¿Quién podría reprochárselo, su beatitud? He tenido la ocasión, a lo largo de mi viaje, de ver el estado del pueblo egipcio al cual me siento muy unido... Ninguna medida en su favor será demasiado generosa.

El pacha esperaba una protesta que no salió de mi boca. Su perspicacia le hacía vislumbrar un ataque en otro terreno.

-¿Ningún incidente grave durante su periplo, Champollion?

-Algunas muertes violentas, su beatitud, pero ninguna que me ataña directamente... En Egipto, como en otras partes, las pasiones humanas se traducen a veces de la manera más brutal. Conflictos de interés, supongo. Pero soy egiptólogo y no policía. No tengo ni el deseo ni la posibilidad de conocer el intríngulis del asunto. Sólo me interesa la arqueología.

La mirada penetrante del pacha se había vuelto fija. El amo de Egipto pesaba cada una de mis palabras. Sabía que no me dejaba engañar. Apreciaba mi moderación inesperada, tan tranquilizadora para sus intereses. Ni una palabra por mi parte sobre Abdel-Razuk, su chاوز, que había intentado asesinarme. Ni el uno ni el otro teníamos la intención de mencionar ese siniestro personaje.

-Si desea seguir adelante con su expedición, Champollion, ¿en qué podría complacerle? Me gustaría conceder algún favor a un eminente embajador de Francia.

Bebiendo té a pequeños sorbos, reflexioné durante un largo rato, como si no me decidiera a formular un deseo. En realidad, estaba recordando las etapas de mi argumentación para evitar tropezar con las palabras. Con la voz un poco temblorosa, emprendí la conquista del pacha.

-¿Es cierto, su beatitud, que los ingleses se han negado a transportar a su país un obelisco de Alejandría con el pretexto de que habría sido necesario construir una ruta cuyo coste estaba estimado en trescientos mil francos?

Desconcertado, el pacha respondió con un movimiento afirmativo de la cabeza.

-Claro está -continué-, que esta ruta que lleva a un muelle de embarque en el nuevo puerto es indispensable. Pero rechazar el regalo del pacha de Egipto es una falta grave, imperdonable.

Mehmet-Alí intentó permanecer impasible, pero percibí un suspiro de satisfacción muy ligero.

-Por esta cantidad, su beatitud, tengo algo mucho mejor que proponerle. Con la condición, por supuesto, de obtener su apoyo.

-Prosiga -ordenó, intrigado.

-¡Me alegro -dije- de que el sabio ingeniero inglés haya tenido la feliz idea de una calzada de trescientos mil francos para que su gobierno y, por carambola, el nuestro, pierda interés por los pobres obeliscos de Alejandría! Me dan pena desde que he visto los de Tebas. Tengo una idea más fuerte, más grandiosa... ¡lo que Inglaterra desdeña, Francia lo acepta entusiasmada! París necesita un obelisco, su beatitud. No estaría mal poner bajo los ojos de nuestra nación un monumento de ese orden para desligarla de los perifollos y las fruslerías a los que damos el nombre fastuoso de monumentos públicos, auténticas decoraciones de camarín, muy a la altura de nuestros «grandes» arquitectos, meticulosos imitadores de todas las pobrezaas del Bajo Imperio. Por mucho que digan, lo grande siempre estará en lo grande, y en ningún otro sitio. Sólo las masas infunden respeto e impresionan el espíritu y los ojos. Una sola columna de Luxor es más un monumento ella sola que las cuatro fachadas del Louvre. Un coloso egipcio colocado en la explanada del Pont-Neuf diría mucho más que tres regimientos de estatuas ecuestres del tamaño de la de Lomot¹. Nuestra capital está triste. El arte moderno ha matado al arte. París ha entrado en la era de la barbarie. Al ver aquí unos obeliscos erguidos en honor de Ramsés, el mayor conquistador de su época, supe que uno de ellos podría conmemorar magníficamente la amistad indisoluble que une Egipto y Francia.

El pacha ya no disimulaba su sorpresa.

-¿Qué es lo que propone, señor Champollion?

-Por la suma de trescientos mil francos, estoy seguro de poder asegurar el transporte hasta París de uno de los dos obeliscos del templo de Luxor, el que está a la derecha de la entrada. El honor nacional le estará eternamente agradecido, su beatitud.

-Sorprendente demanda y fabulosa empresa -opinó el pacha-. Seguramente habrá que partir en tres ese enorme monolito...

¹ La estatua ecuestre de Enrique IV.